Horizontes *de la* Universidad

(La calidad en la educación superior)



Ana María Burbano
Cristóbal Zapata

homo ACADEMIA

HORIZONTES DE LA UNIVERSIDAD

(LA CALIDAD EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR)

Horizontes de la Universidad celebra el vigésimo aniversario de la acreditación institucional otorgada a la Universidad del Azuay por el Consejo Nacional de Evaluación y Acreditación de la Educación Superior del Ecuador (CONEA) en 2006, que convirtió a la UDA en la primera institución superior acreditada del país.

Horizontes de la Universidad (La calidad en la educación superior)

© Ana María Burbano, 2026
© Cristóbal Zapata, 2026
© de esta edición: Casa Editora Universidad del Azuay
Cuenca – Ecuador, 2026

Dirección editorial: Cristóbal Zapata
Diseño y diagramación: Juan Pablo Ortega
Transcripción de entrevistas: Ángela Báez
Fotografía de entrevistas, entrevistados y campus UDA: Andersson Sanmartín (Departamento de Comunicación, Universidad del Azuay)
Fotografía de entrevista a Mariana Lima-Bandeira: Andrés Abad Merchán
Corrección de textos: Christian Parra
Revisión final: Silvia Ortiz Guerra

Imagen de cubierta: Balcón de la Biblioteca Hernán Malo, Universidad del Azuay
Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

ISBN: 978-9942-54-196-3
e-ISBN: 978-9942-54-197-0
e-PUB: 978-9942-54-198-7

Reservados todos los derechos. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio impreso, digital o audiovisual, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigación

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora



Ana María Burbano
Cristóbal Zapata

HORIZONTES DE LA UNIVERSIDAD

(LA CALIDAD EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR)



PRESENTACIÓN: DIÁLOGOS Y REFLEXIONES SOBRE LA CALIDAD UNIVERSITARIA

Ana María Burbano

La razón e historia de la universidad está estrechamente vinculada a la búsqueda del conocimiento y a la necesidad humana de comprender el mundo para transformarlo. Su identidad se ha configurado mediante tradiciones intelectuales y cambios sociales que han modificado la comprensión del conocimiento y su relación con la vida colectiva. La universidad ha debido responder, en distintas épocas, a las demandas de su entorno sin renunciar a una función intrínseca que la distingue de otras instituciones: constituirse en un espacio donde las ideas puedan ser examinadas críticamente y donde el conocimiento no queda subordinado exclusivamente a la utilidad inmediata de la política, el mercado o del poder. En esta comprensión adquiere particular relevancia el pensamiento de Hernán Malo González, cuya reflexión sobre la universidad como «sede de la razón» constituye una referencia significativa del pensamiento universitario ecuatoriano. La razón, entendida como ejercicio crítico y búsqueda rigurosa del conocimiento, no representa una facultad individual, implica una responsabilidad compartida de la comunidad académica. Una universidad que reconoce la centralidad de la razón, la búsqueda de la verdad y el servicio a su comunidad asume la exigencia de responder a las demandas de su entorno y de cultivar su capacidad de anticiparse a las necesidades de su tiempo. Esta convicción es uno de los puntos de partida de este libro.

◂ Fachada de la Biblioteca Hernán Malo, Universidad del Azuay

«Luego de un profundo ejercicio autorreflexivo que contó con la participación de todos los estamentos y miembros de la comunidad universitaria, la acreditación institucional fue otorgada en el 2006 por el Consejo Nacional de Evaluación y Acreditación de la Educación Superior del Ecuador (CONEA) y convirtió a la Universidad del Azuay en la primera institución superior acreditada del país»

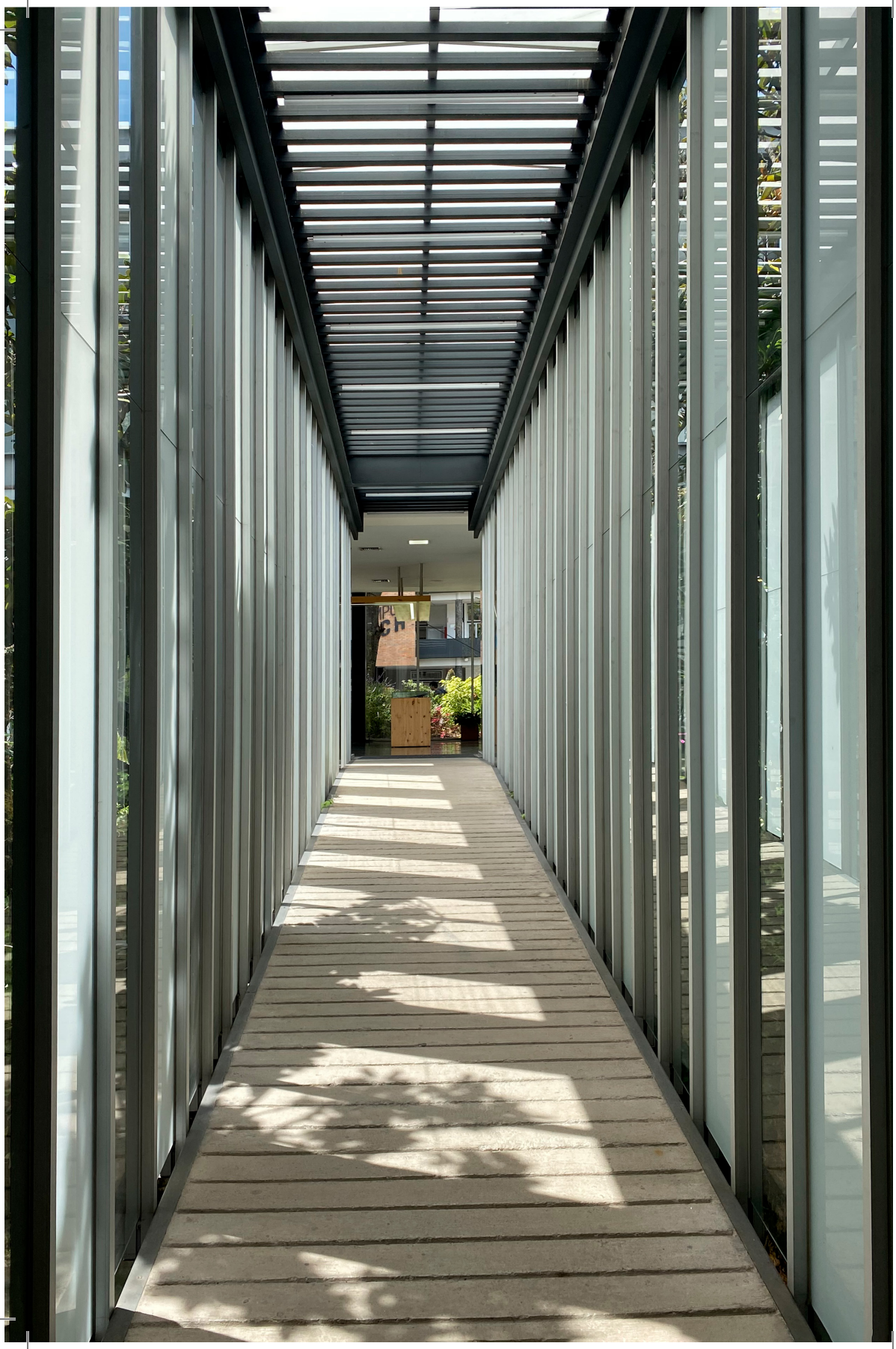
Desde su nacimiento, la Universidad del Azuay fundó y cultivó una identidad propia que ha conservado intacta a lo largo de su trayectoria, y con base en la cual ha sabido proyectar su futuro. Su convicción de servicio y de responsabilidad con la sociedad la llevó a anticiparse a sus tiempos y a emprender voluntariamente, a inicios de este siglo, un proceso de autoevaluación, evaluación externa y acreditación, aun cuando estos procesos no constituían una obligación para las universidades ecuatorianas. Esta decisión institucional expresó una determinada manera de comprender la responsabilidad y la calidad universitaria. Evaluarse suponía asumir la capacidad de pensarse a sí misma, examinar críticamente sus propias prácticas y someter a consideración externa su quehacer académico, más allá de los grandes logros que había alcanzado. Luego de un profundo ejercicio autorreflexivo que contó con la participación de todos los

estamentos y miembros de la comunidad universitaria, la acreditación institucional fue otorgada en el 2006 por el Consejo Nacional de Evaluación y Acreditación de la Educación Superior del Ecuador (CONEA) y convirtió a la Universidad del Azuay en la primera institución superior acreditada del país. Este hecho ocupa un lugar singular en la historia de la educación superior ecuatoriana y la importancia de aquel reconocimiento no reside solamente en haber sido la primera institución en alcanzarlo, su verdadero significado radica en el trabajo conjunto realizado por profesores, estudiantes y personal administrativo bajo la identidad y voluntad que lo precedió: la visión del rectorado de Mario Jaramillo Paredes y el liderazgo académico de Francisco Salgado Arteaga desde el vicerrectorado.

La revista *Coloquio* de nuestra comunidad, en su número 30, correspondiente a julio-septiembre de 2006, conserva testimonios especialmente significativos de aquella visión. Mario Jaramillo Paredes afirmaba: «No basta decir que se tiene calidad. Hay que demostrarlo». La contundencia de estas palabras sintetiza la convicción y política institucional de la época, y marcaron la proyección de futuro para la Universidad del Azuay. En su reflexión, Jaramillo reconocía que la evaluación había permitido identificar fortalezas, rectificar errores y avanzar en el mejoramiento institucional. Pero, sobre todo, destacaba el valor de aquel proceso como una experiencia colectiva de autocrítica y aprendizaje, capaz de renovar las aspiraciones de la comunidad universitaria y dotarla de nuevas herramientas para hacerlas realidad. Así, la acreditación no representaba un punto de llegada, sino el inicio de un compromiso permanente con la calidad, la responsabilidad social y la construcción de la universidad del futuro.

En la misma publicación, hace veinte años atrás, Francisco Salgado Arteaga, entonces vicerrector académico, en su artículo «Confiar en la Universidad» expresaba una comprensión que resulta particularmente reveladora hoy en día:

La acreditación –en su sentido original– es un proceso por el que las personas de una comunidad pueden confiar en la calidad de la universidad y, particularmente, en lo que la universidad hace.



Esta afirmación permite reconocer que certificar una universidad, y lo que ella hace, se fundamenta en la confianza que se construye en la comunidad a través de la correspondencia entre los compromisos asumidos por la universidad, su vida, su práctica diaria y los resultados que la propia comunidad y la sociedad pueden sentir y reconocer. Por lo tanto, la calidad encuentra su sentido más profundo en la posibilidad de aprender de la propia dinámica y práctica universitaria, y de entender plenamente qué universidad aspiramos a construir y al servicio de qué propósitos orientamos su quehacer. Desde esta perspectiva, la calidad y la evaluación poseen una dimensión que trasciende los procedimientos técnicos y no se agota en el reconocimiento de un organismo externo. La evaluación no constituye un fin en sí mismo, sino un mecanismo a través del cual la universidad hace visible su práctica académica y responsabilidad pública, y se dispone a rendir cuentas sobre el cumplimiento de su razón de ser.

La concepción de la universidad como espacio para pensar y *sede de la razón*, que acompañó al nacimiento y camino de la Universidad del Azuay, encuentra una continuidad especialmente significativa en una expresión que ha adquirido relevancia en su identidad actual: *la sede de la razón y del corazón.* La incorporación del corazón invita a reconocer que la producción de conocimiento, la formación profesional y la vida universitaria poseen una dimensión humana que no puede quedar subordinada a las exigencias de eficiencia, productividad o reconocimiento externo. La razón permite comprender, cuestionar y construir conocimiento; el corazón nos recuerda la responsabilidad ética que acompaña su ejercicio y la necesidad de orientar nuestras capacidades hacia el bienestar y el cuidado de todos los miembros de la comunidad universitaria. Enseñar, investigar y aprender son actividades intelectuales, pero también experiencias de encuentro, de cooperación y de profundo respeto. Desde esta perspectiva, el campus deja de ser solamente un conjunto de edificaciones y se convierte en un jardín de conocimiento, en un espacio de convivencia, pensamiento y construcción de comunidad. La atención a sus espacios físicos, a los lugares de encuentro y a la relación con el entorno natural forma parte de una comprensión más amplia de la experiencia universitaria. La

◂ Interior del puente de la Biblioteca Hernán Malo, Universidad del Azuay

belleza, el cuidado y la sostenibilidad son dimensiones necesarias para contribuir a construir ambientes donde el conocimiento y la vida compartida encuentren condiciones propicias para desarrollarse, o como bien señalaría Francisco Salgado: «un campus para florecer en comunidad».

Esta comprensión permite volver al acontecimiento de 2006 con una mirada que trasciende la certificación obtenida. Vista desde el presente, adquiere una significación que supera el reconocimiento histórico. La experiencia de la Universidad del Azuay marcó un hito en su identidad, en la confianza de su labor y su servicio, y dejó una huella imborrable en el corazón, orgullo y memoria de su comunidad. Además, esta decidida y responsable voluntad guio y referenció el camino a seguir para la política pública y de los mecanismos y herramientas que desarrollaría más adelante el CONEA para la evaluación y acreditación de las instituciones de educación superior del Ecuador entre los años 2004 a 2008. Los posteriores procesos de evaluación, categorización y acreditación institucional al amparo de la Constitución de 2008, del Mandato Constituyente N.o 14, de 2008, y de la Ley de Educación Superior de 2010, modificaron de manera importante las relaciones entre las universidades, los organismos públicos y la sociedad. Sus modelos, metodologías y consecuencias suscitaron cuestionamientos y reflexiones sobre el alcance de la intervención estatal, la autonomía universitaria, la pertinencia social y el reconocimiento de la diversidad y de las concepciones de universidad que subyacieron a los criterios e indicadores de evaluación. El debate no ha sido menor. ¿Hasta qué punto los indicadores permiten reconocer la complejidad de una universidad? ¿Cómo distinguir entre las exigencias legítimas de rendición de cuentas y los riesgos de una regulación excesiva? ¿Es posible establecer criterios comunes de calidad sin desconocer las diferencias históricas, territoriales y académicas de las instituciones? ¿Cómo asegurar que la evaluación contribuya a mejorar la educación, en lugar de convertir el cumplimiento de requisitos en un fin en sí mismo? Estas interrogantes han acompañado la evolución del sistema universitario ecuatoriano y hasta el día de hoy permanecen abiertas.

«El valor de estas conversaciones reside en convocar miradas capaces de situar la calidad dentro de preguntas más amplias sobre el sentido, la responsabilidad y el futuro de la universidad»

Por ello, conmemorar veinte años de la primera acreditación universitaria del Ecuador no podía limitarse a reconstruir una secuencia de acontecimientos normativos y modelos técnicos. Era necesario abrir un espacio para escuchar, confrontar perspectivas y volver a pensar el significado de lo ocurrido. De esta inquietud nace este libro. Su propósito es aprovechar la experiencia intelectual, académica e institucional de figuras y actores académicos que han dedicado su intelecto y una parte sustantiva de sus vidas a la enseñanza, investigación, pensamiento y dirección universitaria. No se ha buscado reunir a especialistas en evaluación y acreditación; por el contrario, el valor de estas conversaciones reside en convocar miradas capaces de situar la calidad dentro de preguntas más amplias sobre el sentido, la responsabilidad y el futuro de la universidad. Así, estos diálogos fueron concebidos como espacios de reflexión abierta, dejando de lado tecnicismos asociados a modelos, certificaciones, criterios o indicadores. A partir de una orientación común, cada conversación permitió explorar las experiencias particulares de sus protagonistas, sus interpretaciones de las transformaciones universitarias y sus preocupaciones frente al porvenir de la universidad ecuatoriana.

Abrir esta serie de diálogos con Francisco Salgado, rector de la Universidad del Azuay y protagonista del proceso de acreditación de 2006, posee un significado especialmente cercano a



Pabellón Central Administrativo de la Universidad Central del Ecuador, Quito; diseñado por Gilberto Gatto Sobral entre 1945 y 1950



la historia que motiva esta publicación. Veinte años después de las reflexiones recogidas en *Coloquio*, su liderazgo y trayectoria permite reconocer en su entrevista una disposición innata a emprender caminos nuevos. La relación entre ambas consideraciones resulta especialmente significativa. En 2006, Salgado subrayaba la necesidad de construir confianza en la calidad de la institución; en 2026, su mirada nos devuelve a la razón de ser de la universidad, a pensarla desde el humanismo y a comprender el *campus* como un espacio vivo de encuentro, bienestar y cuidado de la comunidad. Entre la acreditación y el pensamiento, entre la responsabilidad pública y la formación humana, aparece una continuidad en sus pensamientos que refleja una reflexión permanente sobre aquello que justifica la existencia de la universidad.

La perspectiva internacional de Álvaro Rojas, rector de la Universidad de Talca-Chile por cerca de veinte años, exministro de Gobierno y actual director ejecutivo del Centro Interuniversitario de Desarrollo (CINDA), permite introducir una cuestión decisiva: ¿puede una universidad hablar de calidad si esta no forma parte de su propia cultura? Su experiencia en la gestión universitaria y la cooperación iberoamericana invita a mirar más allá de las acreditaciones externas y a interrogar la capacidad de las instituciones para generar, desde su interior, una convicción compartida sobre el valor de su quehacer.

Desde un territorio intelectual diferente, Iván Carvajal, poeta, ensayista y profesor universitario, y quien fuera el director del emblemático proyecto nacional «Misión de la universidad ecuatoriana para el siglo XXI», introduce una inquietud que trasciende los procedimientos de evaluación. Su reflexión sobre las dificultades para pensar un proyecto compartido de país abre preguntas sobre las posibilidades de construir relaciones más significativas entre las universidades y los territorios en los que desarrollan su actividad.

La trayectoria del coronel Mauricio González, académico y gestor universitario de vasta experiencia, y exrector de la Universidad de las Fuerzas Armadas-ESPE, incorpora una perspectiva marcada por la responsabilidad institucional y el servicio al país. Su visión invita a preguntarnos cómo se expresa el compromiso público de la universidad y de qué manera sus

capacidades académicas, científicas y organizativas pueden ponerse al servicio de necesidades que trascienden sus propios límites para contribuir al desarrollo nacional.

Pocas trayectorias permiten aproximarse tan directamente a las tensiones de la evaluación ecuatoriana como la de Arturo Villavicencio, académico e investigador ecuatoriano que presidió el CONEA durante el proceso asociado al Mandato Constituyente N.o 14. Su testimonio posee un interés singular que permite examinar, desde la experiencia de uno de sus protagonistas, un episodio decisivo y controvertido de la historia universitaria reciente del país. Su perspectiva invita a preguntarnos por los límites entre el legítimo ejercicio de la responsabilidad pública del Estado y la preservación de la autonomía universitaria.

La voz de Diego Quiroga, rector de la Universidad San Francisco de Quito, a través de su trayectoria vinculada con la investigación, la cooperación científica internacional y la dirección académica aporta una perspectiva que sitúa a la internacionalización y a la gobernanza universitaria en diálogo con las formas de producir conocimiento y de organizar la vida académica en la actualidad. Además, su conversación abre preguntas sobre el lugar que deben conservar las humanidades y las artes liberales en una época marcada por el desarrollo tecnológico.

Cerramos nuestros diálogos en Quito con Mariana Lima-Bandeira, profesora e investigadora de la Universidad Andina Simón Bolívar, quien formó parte del comité técnico de investigación del CONEA para la evaluación del Mandato Constituyente N.o 14 y fue consejera del Consejo de Evaluación, Acreditación y Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior (CEAACES). Su diálogo incorpora una perspectiva que relaciona la calidad con la pertinencia social, los territorios y las redes académicas latinoamericanas. Su experiencia permite preguntarnos cómo construir formas de cooperación que reconozcan la diversidad de nuestras instituciones y cómo vincular la producción de conocimiento con las necesidades concretas de las sociedades a las que pertenece.

En Guayaquil visitamos a Joaquín Hernández, filósofo, profesor y rector universitario, encontramos una mirada que vincula la formación intelectual con las transformaciones de la educación contemporánea. Su trayectoria invita a examinar las





Campus de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), Quito.
Fuente: página oficial de la PUCE



Facultad de Filosofía de la Universidad de Cuenca vista desde la Casa de los Arcos

nuevas formas de enseñanza, las relaciones entre universidad y empresa, la responsabilidad ética de la formación y el sentido de una educación que no termina en la graduación. Su perspectiva sitúa a la universidad frente a una pregunta ineludible: cómo mantenerse fiel a su misión en un mundo que transforma aceleradamente las maneras de aprender y trabajar.

Sergio Flores, profesor y exrector de la Escuela Superior Politécnica del Litoral, así como antiguo integrante de la dirección del CONEA y expresidente de la Asamblea del Sistema de Educación Superior Ecuatoriano, con su amplia experiencia y crítica visión permite recuperar una discusión fundamental:



¿de qué autonomía hablamos cuando defendemos la autonomía universitaria? Su reflexión distingue dimensiones que suelen quedar reunidas bajo una sola expresión y plantea la necesidad de pensar el futuro del sistema desde una agenda que no se agote en las urgencias regulatorias del presente.

Estas nueve voces no pretenden ofrecer una interpretación única de la historia de la calidad en las universidades ecuatorianas; por el contrario, escucharlas implica reconocer que la universidad es, ante todo, una comunidad de pensamiento y que su porvenir no puede construirse desde una sola perspectiva. Su valor reside, precisamente, en la diversidad de sus trayectorias, sus posiciones y sus preguntas. Algunas miradas convergen, otras se contraponen, pero todas introducen aspectos y reflexiones que resultan necesarias para comprender la complejidad del sistema y que la calidad universitaria es y deberá seguir siendo una construcción académica institucional.

Veinte años después de aquella primera acreditación, la Universidad del Azuay encuentra en su propia historia razones para reconocer lo alcanzado, preservar el sentido de su compromiso y proyectar firmemente su futuro. Este libro nace como un homenaje a su gran trayectoria, pero también aspira a ser una invitación al pensamiento y a contribuir a una conversación que le pertenece a las universidades y a sus académicos: *qué hemos construido, qué hemos aprendido y qué universidad necesita el Ecuador para enfrentar su futuro*

.

Cuenca, octubre de 2026



NOTA DEL EDITOR

Con el propósito de profundizar y multiplicar las perspectivas en el complejo y controvertido tema de la calidad en la educación superior, la presente publicación recoge nueve entrevistas a destacados académicos y rectores universitarios ecuatorianos y extranjeros, realizadas entre febrero y abril de 2026. En todos los casos, Ana María Burbano construyó el cuestionario base, sujeto a las variaciones que imponía cada interlocutor y a las derivas propias del coloquio.

Las conversaciones tuvieron lugar en Cuenca, Quito y Guayaquil; por ese motivo, para su presentación decidimos agruparlas por ciudades, de modo que su lectura reconstruye el viaje que supuso estos encuentros, pero, ante todo, quiere insertar estos diálogos en sus geografías, relacionando los campus visitados y las ciudades, propiciando cierto efecto atmosférico. Como en el cine, aquí, las grandes panorámicas urbanas alternan con planos generales de los campus, hasta llegar al primer plano de los entrevistados, sin olvidar algún *flashback*. Así que estos horizontes están hechos de paisajes interiores y exteriores, y de los retratos de los invitados-anfitriones, cuyas voces y reflexiones fundamentan el libro.

C. Z.

◂ Pasillo del Campus Tech, Universidad del Azuay



CUENCA



Tejados del Centro Histórico de Cuenca desde la terraza de la Catedral. Foto: Juan Carlos Astudillo



«LA FUNCIÓN FUNDAMENTAL DE LA UNIVERSIDAD ES PENSAR, NO OFRECER UNA PROFESIÓN NI UNA CARRERA, SINO ENSEÑARNOS A PENSAR»

(Entrevista con Francisco Salgado, rector de la Universidad del Azuay)

Jueves, 2 de abril de 2026, 11:00
UDA Café, Universidad del Azuay, Cuenca

Francisco Salgado Arteaga. (Cuenca, 1959). Es ingeniero civil por la Universidad de Cuenca. Cuenta con una especialidad en Dirección de Instituciones de Educación Superior por la Universidad de Sevilla, una maestría en Ciencias de la Computación por Ball State University (becario Fulbright), una maestría en Antropología del Desarrollo por la Universidad del Azuay (UDA) y un doctorado en Administración por la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB). Su formación multidisciplinaria combina una visión técnica, social y humana en la gestión política, académica y administrativa. En la Universidad del Azuay ha sido decano general de Investigaciones, director general de Posgrados, vicerrector académico, y rector electo

en dos periodos sucesivos entre 2017 y 2026. Durante su vicerrectorado en 2006, lideró el proceso de evaluación y acreditación de la calidad que convirtió a la UDA en la primera universidad acreditada del Ecuador. En 2009 fue nombrado miembro del Consejo Nacional de Evaluación y Acreditación (CONEA), organismo responsable de concebir y ejecutar la evaluación del sistema universitario bajo el Mandato Constituyente N.º 14.

Cristóbal Zapata (CZ): Muchas gracias por recibirnos, querido Paco. Su trayectoria académica es bastante inusual. Es ingeniero civil, ingeniero en Sistemas, magíster en Antropología y doctor en Administración de Empresas. ¿De qué manera esta diversidad de disciplinas y perspectivas han aportado en su comprensión de la universidad y, concretamente, en su concepción de la Universidad del Azuay?

Francisco Salgado (FS) Esta amplia visión de las disciplinas ha sido fundamental. Me ha permitido conocer y dialogar con personas de otras áreas que, normalmente, no hubiera conocido. Ha sido una gran ventaja.

Yo creo que la mejor función de un administrador universitario es crear el ambiente para que las personas puedan dialogar y desarrollarse a plenitud.

Cuando cumplí dieciocho años tuve la disyuntiva entre seguir ingeniería civil o periodismo en la universidad. Me encantaba la literatura; también me interesaba el periodismo, no tanto para reportar noticias sino para contar historias o paisajes. Me gustaba saber que varios escritores de la época también eran periodistas.

A último momento me decidí a estudiar ingeniería porque mi hermano mayor, Daniel, estaba siguiendo eso y yo me llevaba mucho con él.

CZ: ¿Y era bueno para las matemáticas?

FS: Ah, también, sí, sí. Como digo, no tenía dificultades en ninguna de esas materias. Finalmente, me fui por ese lado. Pero siempre tuve un vínculo muy estrecho con los grupos de la

teología de la liberación. Me inquietaba reflexionar sobre los asuntos sociales, sobre la necesidad de aportar a la comunidad.

Por eso, cuando en la universidad se ofreció la maestría en Antropología del Desarrollo, me llamó mucho la atención y, por supuesto, hice todo lo posible para estudiar. Eran los años de la caída del muro de Berlín, en el 89. Fue una de las maestrías más importantes de aquella época en el Ecuador, un programa que duró casi dos años y medio con clases todos los días de diez de la mañana a una de la tarde. Un programa muy intenso que superaría de largo los doctorados actuales.

La maestría fue dirigida por Bárbara Hess, que es nuestra profesora honoraria. Y tuvo docentes magníficos como Paul Little, que también es nuestro profesor honorario, o Billie DeWalt, un académico norteamericano muy prestigioso de aquella época; el filósofo y sociólogo argentino Ezequiel Ander-Egg, el antropólogo ecuatoriano David Naranjo, el antropólogo peruano Teófilo Altamirano, quien asesoró a HBO para un programa llamado *La razón de ser,* que se hizo en toda Latinoamérica... en definitiva, gente de gran nivel, autores de varios libros y con una importante participación en la enseñanza a nivel internacional.

Nunca he concebido la antropología como una visión de lo exótico. Creo que tiene una manera de comprender el mundo contemporáneo como ninguna otra disciplina, y eso, quizá, es lo más importante. Evidentemente, haber estudiado antropología me ayudó con mi segunda maestría (en Ciencias de la Computación, en Estados Unidos).

Como una anécdota, recuerdo que cuando llegamos allá se trabajaba mucho con *papers*, artículos, ensayos, lo cual, en esa época, no era común en la carrera de Ingeniería. Después de la segunda tarea que nos mandó un profesor, devolvió los ensayos a todos, aleccionándolos por no hacer un buen trabajo, y a mí no me lo entregó. Luego preguntó: «¿Quién es Francisco?». Me daba miedo decir que era yo, todos estábamos con miedo. Y el profesor dijo: «Así es como se debe hacer un artículo». Era sobre máquinas de computadoras, y gracias a todo el trabajo realizado en la maestría sabía cómo escribir un artículo.

CZ: Y, además, lo escribió en inglés.

FS: Porque esa era la lengua de allá. Pero yo aprendí el inglés en mi casa de la calle Borrero, frente a la Zona Militar. Cuando era niño vivió con nosotros una familia inglesa, los Goodman. Me gustaban los Beatles. La primera canción que escuché fue *Obladi Oblada.* El señor Goodman vino para trabajar en Talleres Mejía, era un genio de la mecánica. Me familiaricé con sus hijos a través de esa música y la liga inglesa. Yo sabía del Liverpool, del Manchester, del Arsenal, antes de verlos en la televisión. De ahí viene mi conocimiento del idioma y este deseo de estar siempre en contacto con el mundo, porque cuando se lee la literatura en su idioma original, esa experiencia abre ventanas completamente diferentes e insospechadas.

Gracias a aquella época siempre pensé que podría estudiar en otro país. Cuando surgió la convocatoria de la beca Fulbright, postulé y fue una experiencia muy interesante. Eran los albores de la inteligencia artificial. Mi tesis fue sobre ese tema y tuve la oportunidad de ir a uno de los seminarios organizados por el profesor Jay Bagga; era hindú y tenía la costumbre de invitar a grandes exponentes de la computación a los seminarios a los que asistíamos. Jay Bagga iba a clase con su turbante, como el Al-Juarismi de la portada del *Álgebra* de Baldor. Dicho entre paréntesis, de Al-Juarismi viene la palabra *algoritmo*.

Los hindúes todavía poseen un gran nivel en matemáticas, específicamente en el mundo de la computación, en el que dominan el Premio Turing, en honor a Alan Turing.

En esa época, el abordaje de la inteligencia artificial era muy distinto. Se partía de reglas para ir a los datos, ahora, en cambio, se parte de los datos para realizar inferencias. Al respecto, se obtienen logros impresionantes, pero no al punto —como muchas veces se piensa— de que la inteligencia artificial sustituya al ser humano. Más bien tendremos que desarrollar nuevas capacidades para analizar, discernir, juzgar y evaluar las propuestas de los algoritmos, con el fin de tomar decisiones y, si es posible, decisiones compartidas por un equipo humano que, creo, es lo más importante.

Un amigo, que después llegó a ser presidente de la Universidad de Melbourne, me decía que al principio a él le sirvieron



Conversando con Francisco Salgado en UDA Café, Universidad del Azuay

mucho las matemáticas, pero, a medida que se iba haciendo cargo de los temas de gestión universitaria le sirvió más el inglés, es decir, el lenguaje para poder comunicarse. Claro, al principio las matemáticas son muy buenas para afirmar académicamente, pero la única manera de hacer gestión es a través de la palabra. Eso es clave porque suscita comunidad, proyectos, sueños.

Después, lo del doctorado en Administración fue casi natural, pues esta es una ciencia social que usa instrumentos de la contabilidad o de las matemáticas financieras, pero es una ciencia social. No está en un ámbito específico, toma elementos de varias disciplinas, pero permite organizar —esa es la palabra fundamental—: organizar seres humanos para cumplir un objetivo. Al final, lo que uno hace en la universidad es pensar y organizar.

Ana María Burbano (AMB): Paco, usted ha dedicado gran parte de su vida a la UDA. ¿Cómo recuerda sus primeros años? ¿Hubo algún momento que haya marcado su trayectoria académica?

FS: Es muy curioso cómo llegué a la UDA. Yo era profesor de Matemáticas e Inglés en el Colegio de las Marianitas. Empecé muy joven, a los dieciocho años. Apenas terminé el colegio pasé a ser profesor, porque un tiempo había dado clases, como sustituto, en el Abraham Lincoln, y una de las monjitas que seguía el curso me conoció y me invitó a dar clases en el colegio.

Luego, en la universidad necesitaban traducir unos manuales de computación que estaban en inglés. Dionisio Domínguez, que trabajaba como secretario y profesor, me preguntó si me interesaba hacerlo, y yo acepté. Así fue como entré acá, a través del inglés. Pero como, además de la ingeniería civil, yo había hecho un curso de programación de computadoras, Fernando Balarezo, que ya trabajaba acá, me dijo que sería bueno que también enseñara algún lenguaje computacional. Y así fue como entré a enseñar un lenguaje que en esa época se llamaba *Basic*. Me gustaba mucho. Siempre tuve pasión por enseñar.

Quizá un momento determinante de mi relación con la universidad fue cuando Mario Jaramillo me invitó a ser candidato a decano general de Investigaciones, que, en la práctica, tenía el estatus de vicerrector. En esa época yo trabajaba como director de Informática en ETAPA [Empresa Pública Municipal de Telecomunicaciones, Agua Potable, Alcantarillado y Saneamiento de Cuenca] y para pasar a tiempo completo a la UDA le consulté a Mario. Entonces dejé ETAPA y comencé a trabajar acá. Lo hacía a tiempo parcial o máximo a medio tiempo. La Universidad del Azuay era prácticamente una universidad nocturna: las clases eran de cinco de la tarde en adelante. Incluso algún rector trabajaba en otro lado y se desempeñaba como tal únicamente en la noche.

La maestría de Antropología que yo estudié fue el primer programa que hubo en la mañana; después hubo también Diseño y Derecho. Todo lo demás se dictaba en la noche.

El momento clave fue participar en el Simposio Permanente sobre la Universidad que llevaba a cabo el padre Alfonso Borrero

Cabal. Fue rector de la Universidad Javeriana de Bogotá, de los jesuitas, rector de la Universidad de las Naciones Unidas en Tokio y consultor de la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior, realizada en París en 1998. Era un hombre que comprendía mucho la universidad. Ahí aprendimos qué es y que para hacerla uno debe saber del oficio. Entendí que la universidad es, ante todo, una institución humana.

Conocí también la obra de un autor muy importante, el cardenal John Newman, que por entonces no era santo todavía, lo proclamaron después. Él fue quien, prácticamente, concibió, desde un punto de vista ideal, la universidad británica en su obra clásica *The Idea of a University*, un libro fundamental. Antes de él estaba Wilhelm von Humboldt, hermano de Alexander, que fue quien definió el modelo universitario alemán; el británico está mucho más centrado en la formación de la persona, el alemán en el desarrollo de la ciencia, dos elementos claves en la universidad contemporánea.

En América Latina tenemos, más bien, una tradición napoleónica, que viene de la influencia francesa sobre España, enfocada en el servicio social. Es decir, Napoleón levantó la *École Polytechnique* para formar a los ingenieros que iban a hacer la Gran Francia. Ahí están los modelos claves: la persona, la ciencia y la sociedad, que al final tienen que asentarse en todas las universidades. Algunas pueden tener mayor vocación por uno de esos aspectos, pero no pueden prescindir de ninguno de ellos. Si es solo investigación, podría ser un instituto; pero para tener una universidad, necesito personas a quienes formar.

Yo tenía una visión un poco más amplia: había cursado dos maestrías y vivido en Estados Unidos. Conocía el sistema de créditos académicos que después implementamos. Y, como universidad, empezamos mucho antes que otras con un nuevo sistema, no por matrículas anuales, sino por materias. Lo que se aprobaba eran materias, no años.

Hicimos esa reforma cuando estuve en el vicerrectorado, porque coincidió que, al poco tiempo de ser elegido, Mario Jaramillo fue nombrado ministro de Educación; de modo que el vicerrector, Galo Fajardo, asumió el rectorado, y yo pasé de decano de Investigaciones a vicerrector. La reforma de los créditos académicos implicaba organizar mejor el currículo, que antes estaba solo en la cabeza de los secretarios de cada facultad; no



Campus de la Universidad del Azuay, destacan los paneles solares en las cubiertas



había lo que hoy se llama malla curricular, ni siquiera tablas de materias. Tuvimos que organizar todo eso y se simplificó mucho. La primera simplificación fue pasar de cuarenta horas a veinticinco, un cambio muy fuerte en la universidad. Al principio tuvo muchísima resistencia, sobre todo de los profesores. En aquella época había carreras que duraban hasta seis años.

Aquí me sirvió mi comprensión de la informática, pues hubo que sistematizar todo. Antes todo era en papel, en fichas. Si por cualquier motivo se perdían se acababa toda la historia del estudiante. Esa organización fue clave para lo que vendría después: la autonomía, la capacidad de hacer las cosas por nosotros mismos.

Pienso que la Universidad del Azuay es pionera en muchos sentidos. Por ejemplo, en el Estatuto 90 se estableció la elección de las máximas autoridades de manera universal y directa. Muy distinto de lo que pasaba en las universidades públicas, donde la votación era indirecta: los estudiantes votaban por representantes que luego iban a una asamblea a elegir a las autoridades. La nuestra fue la primera universidad en la cual todos los estudiantes que habían pasado el primer año votaban directamente, sin intermediarios.

En ese momento pudimos haber optado por la vía confesional. Es decir, como es una universidad fundada con el amparo de la Iglesia, se podía haber utilizado la figura del *Modus Vivendi* —el convenio del Estado ecuatoriano con el Vaticano—, como sucede con la PUCE [Pontificia Universidad Católica del Ecuador], la UTPL [Universidad Técnica Particular de Loja] o la Salesiana [Universidad Politécnica Salesiana], que pueden designar directamente a sus máximas autoridades. Cuando se discutía cómo se elegían las autoridades, algunos decían que sería bueno que fuera el obispo quien nombrara o presidiera un Consejo para designar al rector amparado en el *Modus Vivendi*, lo cual era legalmente posible; sin embargo, en esa época, el arzobispo era monseñor Luna Tobar, y nos dijo: «¿Ustedes creen que siempre yo voy a ser el obispo? Más bien hagan algo que tenga total independencia, que haya total autonomía y que el máximo órgano sea siempre el Consejo Universitario, que nadie esté por encima». Y así fue como se creó el Estatuto. De alguna manera nos adelantamos a la época y organizamos nuestra universidad con un modelo mucho más autónomo del que tenían otras universidades en ese momento.

CZ: Así llegamos a fines de los noventa, cuando se discutían los cambios constitucionales y, posteriormente, la Ley de Educación Superior del 2000. La evaluación de la calidad universitaria no era todavía una preocupación generalizada en el país. ¿Cómo surgió en la Universidad del Azuay la convicción de que la acreditación debía ser un principio rector para el sistema universitario ecuatoriano?

FS: Fue muy interesante. En el año 98 tuvimos la posibilidad de contar con la presencia de John Amastae, quien era profesor de la Universidad de Palo Alto y vino como becario Fulbright para asesorar a tres universidades ecuatorianas que habíamos aceptado esta propuesta: la San Francisco, la ESPOL y la Universidad del Azuay. En ese momento hablábamos de un proceso de eficiencia universitaria: hacer bien las cosas con lo que tenemos. John Amastae nos ayudó a comprender la importancia de medir nuestras capacidades para mejorar, porque si no, era una cuestión de percepciones de los administradores de la universidad sobre lo que se debía hacer. De ahí viene la necesidad de medir primero.

Nosotros habíamos implementado hacía pocos años el modelo de evaluación a los profesores, del que también fuimos pioneros. Desde la primera administración de Mario Jaramillo se había consultado a los estudiantes el estado de las clases. Así que también medimos otros aspectos: la investigación, el servicio a la sociedad y la gestión, lo cual nos permitió realizar un proyecto de eficiencia institucional.

Simultáneamente en la Asamblea Constituyente del 98, presidida por Osvaldo Hurtado, varios académicos, entre ellos: Enrique Ayala, Claudio Malo y Guillermo Falconí, propusieron medir la calidad universitaria. Ya se hablaba de la necesidad de un órgano que vigile y evalúe la acreditación de las universidades; pero, en esa época, no se la hizo obligatoria en la Constitución, sino voluntaria.

La recomendación de John Amastae fue que debíamos medirnos con universidades semejantes, que si algo se hacía a nivel internacional sería bueno hacerlo a nivel andino, lo cual tenía mucho sentido; eran universidades más comparables en presupuesto, estilo, tradición cultural, etcétera.

Después de reflexionar vimos que, aunque era voluntario participar, nos haría bien medirnos, evaluarnos, ver nuestro estado actual; y propusimos al CONEA iniciar nuestro proceso para la evaluación. Fue muy interesante porque ni siquiera había reglamentos, se iban construyendo a medida que avanzábamos.

Movidos por ese deseo de mejorar llegamos a convertirnos en la primera universidad acreditada del país. Y eso también es un motivo de orgullo: fuimos pioneros, aun cuando no hubo la obligación de hacerlo. La única manera de mejorar es medir cómo estamos, analizar y, con base en ello, proponer mejoras. Justamente vamos a conmemorar veinte años de aquel proceso de evaluación. Tomó mucho tiempo hasta que se estableció la Ley y funcionó el CONEA, y finalmente en el 2006 se dio la acreditación.

AMB: La Constitución del 2008 marca un nuevo hito que vuelve obligatorio el proceso de evaluación. Usted fue parte de él como representante universitario en el CONEA, junto a Arturo Villavicencio. Desde su mirada, ¿qué lecciones y tensiones tuvieron lugar durante este proceso?

FS: En aquella época, el CONEA se formó con miembros que procedían de varias fuentes. Habían delegados del CONESUP [Consejo Nacional de Educación Superior], de las Cámaras de la Producción, delegados de la Vicepresidencia de la República. Yo había estado ya en FUNDACYT, que era la Fundación para la Ciencia y la Tecnología, un órgano semipúblico en donde había participación del sector privado, sobre todo del sector productivo, de las universidades y del gobierno. Quien presidía el sistema de Ciencia y Tecnología durante aquella época era el vicepresidente de la República, cargo que, en ese momento, ocupaba Alejandro Serrano Aguilar. Él fue quien me propuso ir en representación de las universidades por la vicepresidencia a FUNDACYT. De modo que, a través de su designación, llegué a ser miembro del CONEA.

El proceso fue muy importante porque en esa época se estaban trabajando otros elementos a raíz de la Constituyente del 2008, que ya hizo obligatorio el proceso. Sin embargo, nosotros hicimos una visita a Montecristi y todo lo que sugerimos lo hicieron al revés.

Primero dijimos que el órgano de acreditación, el CONEA, debía ser totalmente autónomo de los poderes de turno para que pueda funcionar como un juez sin ningún tipo de presión, favor ni temor. También sugerimos que quienes evaluaran tuvieran una trayectoria como autoridades universitarias, esto era esencial para la comprensión de lo que significa la universidad.

Estas recomendaciones no fueron tomadas en cuenta. El nuevo organismo pasó a conformarse con seis miembros: tres designados directamente por el presidente de la República y tres mediante concurso de méritos. Todo el modelo anterior, integrado generalmente por autoridades universitarias, se cambió. Llegaron personas que podían haber sido buenos académicos, pero que no necesariamente habían hecho gestión universitaria.

Asimismo, la Constitución de 2008 no fijó los nombres propios, sino la creación de dos entes: uno de planificación y regulación —que mediante la ley pasó a ser el CES— y otro de evaluación y acreditación —que primero se llamó CEAACES y hoy es el CACES.

Para mí, ese era uno de los problemas más graves; pero el más grave de todos fue que nosotros recomendamos que lo obligatorio fuera la acreditación institucional. Es decir, todas las universidades debían cumplir la ley y poseer las condiciones de una comunidad que pudiera realmente formar, que fuera responsable y que hiciera bien las cosas. Eso es lo que creíamos nosotros. Pero ellos dijeron que todo tenía que ser obligatorio, que debían acreditarse todas las carreras y todos los programas: todo lo contrario de lo que habíamos recomendado.

Esa presión de acreditar obligatoriamente las carreras provocó en las universidades un cierto régimen de temor ante el CEAACES; temor a que pudiera acreditar o no una carrera o un posgrado en concreto. En la práctica, yo creo que se burocratizó demasiado este órgano de acreditación; se ha vuelto un agente del isomorfismo. A través de las normas se exige contar con un Departamento de Aseguramiento de la Calidad, una expresión que considero una mala traducción de *assurance* —que en inglés significa *garantía*—, cuando el sentido real debería ser cómo se garantiza la calidad, no cómo se la asegura.

Ese molde existe: hay que generar cierto tipo de evidencias para ser revisadas y, como consecuencia, todas las universidades



Balcón de UDA Café



Parque de la Capilla, Universidad del Azuay



Torre de la Bandera, Facultad de Ciencia y Tecnología, Universidad del Azuay

«Lo que hace florecer la creatividad es la autonomía y la diversidad»

empiezan a parecerse entre sí. Eso no es bueno, porque lo que hace florecer la creatividad es la autonomía y la diversidad. Pienso que ese es uno de los temas pendientes y deseables de cambiar a futuro.

CZ: Y, a propósito de eso —del tratamiento particular de los procesos, la comprensión de la universidad y la defensa de la diferencia—, volvamos al espacio donde nos encontramos. En los últimos años, uno de los rasgos que le ha dado una particular presencia a la UDA es, sin duda, la sustancial ampliación y mejoramiento del campus como espacio de encuentro y aprendizaje. ¿Qué papel cree que juega el espacio físico y la vida universitaria en la formación integral de los estudiantes?

FS: Justamente, el término *campus* se comprende mejor a través del Simposio Permanente sobre la Universidad. Quien primero empleó la palabra *campus* asociada a este ámbito fue John Newman, al pensar en un entorno capaz de inspirar a los jóvenes a lograr grandes cosas. Por eso, a diferencia de las universidades europeas (Bolonia, París, Salamanca, Coímbra), que surgieron en los centros de las ciudades ocupando casonas, la universidad británica se construyó en pueblos pequeños como Oxford y Cambridge, con la idea de generar un lugar en donde hubiera contacto con la naturaleza y propiciara la capacidad de inspirarse y estar en contacto con los otros, buscando grandes cosas. Esa es la razón por la que uno va a la universidad: a aspirar a grandes cosas. Y ese es el modelo que se trasladó, sobre todo a Norteamérica, donde las grandes universidades se encuentran, relativamente, en pueblos pequeños, lugares en los que lo principal es la universidad, o las universidades que confluyen ahí, como es el caso de Cambridge, donde Harvard y el MIT [Massachusetts

«La universidad tiene que ser lo que la academia fue desde el comienzo: un jardín. Ese es el concepto de academia. Un espacio de encuentro y de diálogo»

Institute of Technology] son prácticamente vecinos; Stanford y Yale también tienen ese estilo.

Debemos tener un espacio que nos inspire, y tener mucho respeto por la naturaleza, mucho verde para disfrutar y encontrarnos en comunidad.

Uno de los mayores peligros es pensar que la educación universitaria debe ser en línea. Algunos dicen que ese es el futuro. A mí me parece el error más grave que puede haber. No caímos en la trampa gracias a esa comprensión de la universidad. Muchas universidades compraron pantallas y una serie de equipamientos para ponerlos en los campus y ofrecer clases virtuales, o compraron grandes servidores para almacenar datos. No tiene sentido.

La universidad tiene que ser lo que la academia fue desde el comienzo: un jardín. Ese es el concepto de academia. Un espacio de encuentro y de diálogo.

Cuando éramos completamente nocturnos no nos conocíamos. Cuando ya tuvimos las clases durante el día, terminábamos las clases y salíamos; no había campus, pero sí un parqueadero. Esa transformación es muy importante: bajarnos de la comodidad de los coches para caminar y encontrarnos. Es algo que uno no piensa, pero es lo que permite que la gente se encuentre, se salude, se conozca. Muchas de las mejores ideas y proyectos se gestan allí, en las conversaciones, en el café, en el pasillo, no en las reuniones del Consejo Universitario. Eso no quiere decir que no haya ideas brillantes en el Consejo, pero la mayor parte se las construye en los cafés, caminando por los patios y pasillos del campus.

AMB: ¿Cómo se traduce esa filosofía de que la universidad no es una empresa, y que por ello requiere ser tratada como una institución humana? Es algo que no siempre se comprende.

FS: Ese es uno de los temas claves, y viene también del Simposio Permanente.

La universidad es una institución humana. ¿Qué significa esto? Que es una institución del ser humano. Así como la democracia es una institución humana, como una biblioteca es una institución humana, es decir, de todo el mundo. No es de un lugar, es de la humanidad. Ese es el primer concepto que debemos aprender. Por lo tanto, poseemos una serie de tradiciones, símbolos y actividades que compartimos y que debemos destacar para mantener nuestra autonomía.

La universidad no se debe a un gobierno ni al dinero, se debe a la humanidad. Hay símbolos universales como la graduación, la investidura, el uso de los trajes, que contribuyen a crear la idea de comunidad. El uso de los símbolos ha sido fuerte en esta administración; uno de ellos es el himno del *Gaudeamus igitur*, que se canta en todas partes del mundo, y que ahora también es el himno de la Federación Internacional del Deporte Universitario, porque eso es lo que nos une como institución.

Todos los nombres vienen de ahí: *Facultad* es el grupo de quienes están facultados para enseñar; por eso, en inglés es *faculty*. *Faculty member* es el profesor: es quien está facultado. No es un edificio, no es una estructura; no es la estructura del decanato o subdecanato, sino el cuerpo del profesor. Fíjese en lo importante que es eso. En vez de un sitio o de una jerarquía, hay una comunidad. Esto también es clave para comprender la gestión. De ahí vienen todos los procesos que se realizan para tratar de acercarnos a lo que pasa en el mundo.

Hace un rato yo contaba cómo cambiamos el número de créditos; después cómo simplificamos el número de años de una carrera, ahora la mayoría dura cuatro años. Y algunos, todavía —sobre todo de mi generación o de un poco más atrás—, ven como un crimen el hecho de que se hayan reducido los años de las carreras, lo cual no tiene ningún sentido. Los mejores ingenieros o licenciados del mundo no son necesariamente quienes se

formaron en seis años. No hay ninguna razón para creerlo. Más bien, se ha visto la conveniencia de que la formación universitaria sea corta para que los jóvenes tengan mayores oportunidades. Por eso, otro concepto clave en la universidad es la internacionalización, como se llama ahora, pero que ha estado siempre vigente.

Universidad viene de *universitas*, y tiene precisamente ese sentido: la necesidad que tenemos de estar en el mundo, de salir y conocer otras latitudes. Este tema del intercambio siempre ha estado en la universidad como concepto. Es fundamental que los profesores, los estudiantes y los administrativos tengan oportunidades de ir al mundo y volver con nuevas ideas para crear proyectos en conjunto. Una universidad que solo se hace a través de las mismas prácticas y los mismos graduados es una universidad endogámica que, como en la biología, está destinada a degenerarse.

CZ: Para cerrar, me gustaría hacerle una pregunta inevitable: en el complejo y convulso contexto nacional y mundial a nivel político, social y económico, ¿cuál cree usted que es el papel que debería jugar la universidad?, ¿qué tipo de interlocución debería propiciar en esta coyuntura?

FS: Tiene que ser, justamente, el espacio para encontrarnos, para pensar con quienes no piensan como nosotros. Eso es lo principal, porque vivimos en un mundo en donde nos estamos radicalizando muy fuerte —no en el buen sentido del término de ir hacia la raíz, sino de ir hacia los fundamentalismos—, y eso nos está volviendo enemigos.

Tenemos la obligación de dialogar con quienes no piensan como nosotros, y ese es el espacio de la universidad: propiciar ese encuentro y suscitar pensamiento desde varios puntos de vista. Ese ha sido siempre el papel de la universidad, y por eso ha sobrevivido.

La función esencial de la universidad es pensar. No ofrecer una profesión ni una carrera, sino enseñarnos a pensar. Al final, un joven no se transforma por la carrera que estudia sino por la universidad en la que estudia, y gracias a eso podemos pensar nuevos mundos posibles y crear nuevos encuentros para no quedarnos en los absolutismos.



Francisco Salgado en UDA Café

A mí me gusta mucho destacar una idea de Tomás Moro, de su libro *Utopía*, el credo de los utópicos, donde se dice más o menos que cada uno cree en su religión y en su forma de ser, pero le pide a Dios que lo ilumine y lo haga capaz de ver si hay algo mejor para poder abrazar esa nueva realidad. Para mí eso es magnífico. Hasta puedo cambiar de religión en ese aspecto, a través de esa metáfora. Nada es inamovible. Yo siempre puedo pensar nuevas cosas. Eso es el pensamiento crítico: ¿por qué siempre así?, ¿por qué no de otra manera? Y ese pensamiento es la sede de la razón y del corazón de la universidad. Como institución humana eso nunca se perderá, creo que está más vigente que nunca. ◻


CHICANO



Parque e Iglesia de San Sebastián, Cuenca



«DEBEMOS GENERAR ENDÓGENAMENTE UNA CULTURA DE CALIDAD»

(Entrevista con Álvaro Rojas, director ejecutivo del Centro Interuniversitario de Desarrollo, CINDA)

Martes, 8 de febrero de 2026, 10:00
Biblioteca Hernán Malo, Universidad del Azuay, Cuenca

Álvaro Rojas Marín. (Santiago de Chile, 1953)**.** Ingeniero Agrónomo por la Universidad de Chile. Doctorado y posdoctorado en la Universidad Técnica de Múnich. Posee una amplia trayectoria como profesor y en la gestión académica y gobernanza universitaria, y representa a un actor clave en el fortalecimiento institucional del sistema chileno de educación superior al haber sido reelecto siete veces como rector de la Universidad de Talca entre los periodos de 1991 a 2006 y de 2010 a 2022. Se ha desempeñado también en el sector público como ministro de Agricultura de Chile de 2006 a 2008. En 2022 fue nombrado director ejecutivo del Centro Interuniversitario de Desarrollo (CINDA), que promueve la cooperación académica, el aseguramiento de la calidad y el desarrollo institucional en el sistema de educación superior iberoamericano. En la actualidad impulsa la certificación del Sello Fátima, una iniciativa conjunta entre CINDA y la Red Iberoamericana para el Aseguramiento de la Calidad (RIACES) para acreditar los Sistemas Internos de Aseguramiento de la Calidad (SIAC) de las universidades de América Latina y el Caribe.

Cristóbal Zapata (CZ): Álvaro, muchas gracias por acoger este diálogo. Me permito abrir la conversación tocando el tema que hemos estado hablando informalmente. Resulta muy interesante que, desde el rectorado de la Universidad de Talca, un ingeniero agrónomo de profesión como tú haya desarrollado una serie de iniciativas culturales como la creación del Premio Iberoamericano de Letras José Donoso, que en poco tiempo se ha posicionado como uno de los galardones más importantes del continente. Es bastante excepcional que las universidades se ocupen de los temas culturales; la UDA es, en ese sentido, una excepción también: en los últimos años ha dado un enorme impulso al tema cultural. Cuéntanos un poco: ¿cómo se fueron construyendo estas experiencias e iniciativas?

Álvaro Rojas (AR): Es más bien multicausal mi acercamiento a la cultura. Yo tuve la oportunidad de nacer en un hogar donde se escuchaba música, se leían libros, íbamos a conciertos... En casa no sobraba el dinero, pero nos permitieron cultivarnos bien. Tuve un proceso formativo cercano a la cultura alemana. Mi estudio de posgrado lo hice en Alemania, un país en el que la cultura juega un rol muy relevante, sobre todo el acceso a ella.

Yo llegué a Talca, relativamente joven, a una universidad que estaba recién creada. La reforma de las universidades en Chile en 1981 significó que las sedes regionales de las dos universidades estatales pasaran a convertirse en universidades autónomas. En el caso de la región del Maule —la región agrícola chilena por excelencia, a 200 km de Santiago—, existía una de esas sedes y se formó una universidad que debía buscar su destino. Esto desde el año 82. Yo me incorporé a la universidad en el 83. Producto de su desarrollo se empezó a avanzar y me tocó ser el primer rector elegido por los académicos, hasta el año 90.

Las universidades estuvieron intervenidas por Pinochet, había rectores delegados, y los académicos eligieron a una persona joven: yo tenía 36 años cuando me eligieron. Y tenía siempre presente el tema del centralismo cultural que hay en Chile.

El centralismo limita el crecimiento de las personas y de las oportunidades. Entonces, entre reclamar que nos dieran algo, pensé que era más importante iniciar un movimiento cultural.

«Yo tengo la convicción de que las universidades son proyectos culturales; creo que el estudiante debe formarse en un ambiente cultural. Es tan importante entender la sociedad en la que están viviendo desde la cultura y no solo desde su profesión»

Empezamos con un conservatorio de música de niños, con un coro universitario infantil, con una pequeña orquesta infantil; luego hicimos una galería de arte, una muy buena galería donde invitamos a muchos artistas a exponer.

De ahí fuimos creando toda una cercanía con el mundo del arte y optamos por generar dos temas relevantes en materia cultural: ser el lugar de referencia de la escultura en Chile —creamos un parque de la escultura, y creo que actualmente es el parque de esculturas más importante de Chile y quizá de América Latina, con una colección en pequeño y gran formato; yo digo: «el parque no es de la Universidad, el parque es de los artistas. Los artistas han confiado en la Universidad y les hemos comprado las esculturas al precio de los materiales, algunas las hemos hecho en la misma Universidad... hay un video y todo un diálogo y discusión con ellos»—; y luego, en el campo de la literatura pensamos en honrar a José Donoso —que pertenece a la cultura maulina donde está la Universidad— y creamos este premio. Pensando que, desde Maule, podíamos tener la posibilidad de distinguir a aquellos grandes escritores de la literatura de Iberoamérica. Así hemos recibido personas maravillosas, hemos tenido la oportunidad de hacer estupendas jornadas con ellos.





Campus de la Universidad de Talca, Chile. Fuente: Página oficial de la UTalca

Yo tengo la convicción de que las universidades son proyectos culturales; creo que el estudiante debe formarse en un ambiente cultural. Es tan importante entender la sociedad en la que están viviendo desde la cultura y no solo desde su profesión. Es muy difícil que un ingeniero entienda las complejidades del mundo actual si no tiene una formación sensible.

Bueno, y en nuestro modelo educativo también hay procesos de inducción hacia estos temas de la historia de las ideas, de la historia del pensamiento, donde ellos se confrontan con temas, a veces navegando a contracorriente, porque los estudiantes quieren ser prácticos. Entonces hacemos un curso de poesía y tienen un crédito, cosas así, motivando esa participación. Y creo que se cumplieron las metas: después de casi cuarenta años, la Universidad de Talca es un referente fuera de Santiago.

Se le reconoce una solvencia en eso. Y no es una obra mía: yo soy el iniciador. En ese momento tuve una idea junto a un equipo y armamos una gran editorial donde publicamos a todos los autores premiados con el José Donoso, y literatura de mujeres también, mujeres relevantes de la literatura chilena, cuyos libros editamos y, por supuesto, los libros propios que son más del mundo de la ciencia.

Yo siempre digo que la gente debe tener un *currículum invisible*: escuchar a un pianista, ciclos de piano, ciclos de guitarra... bueno, y ahora tenemos orquestas de todo tipo, de jazz, por ejemplo. La Universidad va creciendo y la mecha que se prende es la que al final se expresa en toda su magnitud cada día. Estoy muy satisfecho de lo logrado, pero entendiendo que es un trabajo de muchas personas.

Ana María Burbano (AMB): En América Latina ocurrieron importantes transiciones que conllevaron debates en torno a la masificación de la matrícula, el sistema educativo, el financiamiento, la autonomía y la calidad. ¿Cómo ha percibido usted estas transformaciones y la consolidación del concepto de cultura de calidad dentro de las universidades?

AR: Me correspondió formarme en una época donde la ideología educativa era lo que se denominaba la *ideología de la academia*:

los académicos estimaban lo que era bueno para nosotros. Por entonces no había muchos libros, no existía la tecnología que hay hoy, y de esa sociedad posindustrial se pasó a una sociedad del conocimiento, donde el músculo ya no es tan importante como el cerebro.

Y esa sociedad del conocimiento empezó a demandar personas que fueran formadas con competencias para desempeños en el mercado o con competencias más específicas. Curiosamente, parte de las competencias con mayor demanda en la actualidad son las denominadas *soft skills* o competencias blandas: la selección en una entrevista no es por lo que sabes, sino por cómo te comportas, cómo miras el mundo, etcétera.

Entonces, en esta sociedad del conocimiento, tener un título profesional o una certificación es fundamental.

Así, esa universidad mía que era más elitista, con una tasa de cobertura de la cohorte de un 10 %, hoy día, según el país [de la región], está en niveles de 30, 40 o 50 %. Hay un ingreso masivo a la universidad. Y en ese juego de dar acceso a la universidad a muchas personas, otros entendieron que era una oportunidad de negocio.

Educar era una oportunidad de negocio. O sea, el Estado, obviamente, nunca podría haber dado respuesta a esa demanda sin desnaturalizar la universidad pública. Se abrió el espacio a la universidad privada, y hay muy buenas universidades privadas y muy malas universidades privadas, como en el mundo estatal hay muy buenas universidades públicas y muy malas. Estados Unidos tiene las mejores universidades del mundo y las peores, y Brasil también. Entonces, en un momento, cuando el *quantum* de estudiantes superó lo imaginable, entró en juego la idea de la excelencia.

Antes de la excelencia, los profesores determinaban la necesidad de velar por la fe pública; o sea, que la educación que estaban recibiendo sus estudiantes fuera compatible con las exigencias mínimas. Era más fácil crear una universidad que crear un jardín infantil: las exigencias para un jardín infantil eran mayores que para una universidad. Se arrendaba una casa, se contrataban profesores, se creaban carreras, se licenciaba, etcétera.

Entonces, en la búsqueda de regular y dar garantía a las familias y a los jóvenes de que lo que se está ofreciendo en términos informativos es adecuado, surgen estos programas de aumento de la calidad, de acreditación de algunas carreras y de acreditación de algunas instituciones, con mayor o menor velocidad en cada país.

Y aquí quiero conectarlo con tu pregunta: lo que se promovía era una *cultura de la acreditación*. Se sabía que venían unas personas de ahí a un año y se acostumbró a hacer como una suerte de operativos de acreditación. Luego de acreditadas, las universidades hacían una pausa de cinco o seis años.

La tendencia actual es que las universidades también sean producto de una cultura de la calidad que esté dentro de ellas: el querer hacer las cosas bien, hacer lo correcto en forma correcta.

Entonces, ya no necesariamente viene gente de fuera a decirme lo que está bien, sino que nosotros, institucionalmente, internamente, tenemos que velar porque ciertos mecanismos que aseguran la calidad —el reglamento de jerarquización de los profesores, el reglamento de evaluación de los estudiantes, el modelo educativo, la política de internacionalización, la de investigación— funcionen, y todos sepan, al menos, cómo operan. Hoy se trata de que todo eso sea un todo coherente, un mecanismo articulado donde cada persona que está haciendo su trabajo sepa qué parte del proceso formativo y de calidad le corresponde.

Lo que está en boga hoy día es que las universidades dispongan de sistemas internos de aseguramiento de la calidad. Son la base de las políticas, el plan estratégico, los planes de mejora y los planes de fortalecimiento para que la universidad sea capaz de garantizar su excelencia a quienes postulan a ella, y que quien estudió en esa universidad, cuando egrese, tenga un plus. No esperar que te vengan a decir cómo se hacen las cosas, sino demostrar que tú las puedes hacer bien.

CZ: Álvaro, si tuvieras que hacer un balance personal de las últimas décadas de reformas universitarias, ¿cuál consideras que ha sido el mayor logro del sistema latinoamericano de educación superior en materia de calidad? ¿Y cuál sería, a su vez, la deuda más profunda que arrastramos?



Dialogando con Álvaro Rojas en la Biblioteca Hernán Malo de la Universidad del Azuay

«La verdadera calidad está en el seno mismo de la entidad, en el *ethos* de la universidad, en la cultura, en la base»

AR: El principal logro de América Latina es la cobertura. Creo que antes la gente no estudiaba, y la educación es un mecanismo fundamental de movilidad social en nuestros países, con título o sin título. Uno se presenta: «¿cuál es su nombre?», «¿qué título tiene?». Es como el apellido: «¿qué estudió?», «¿qué hizo?».

En consecuencia —y creo que lentamente—, se ha iniciado ese proceso de acreditación. Pero si uno mira las cifras del mundo, no hay capacidad para acreditarlo todo, no hay agencias en el mundo para acreditarlo todo.

Entonces, creo que el hecho de que en las universidades se conjugue la palabra *calidad*, cualquiera sea la institución, buena o mala, es un logro. Entender que hoy la cantidad no es el tema, sino la calidad, y que diferentes universidades han desplegado diferentes mecanismos; por ejemplo, para algunas universidades la calidad es demostrar que tienen buenos profesores y se buscan *rostros*.

La verdadera calidad está en el seno mismo de la entidad, en el *ethos* de la universidad, en la cultura, en la base. Pero insisto —volviendo a tu pregunta, Cristóbal— en que la palabra *calidad,* hoy día, es conjugada por todo tipo de universidad, y eso es relevante.

CZ: De acuerdo, Álvaro. ¿Cuál es la deuda como comunidad académica regional?

AR: Bueno, creo que ser mejor es un proceso, y la universidad evoluciona. Ha de ser un proceso endógeno, donde los docentes entiendan que están formando a la generación que va a

determinar el futuro del país, con un acceso mucho mayor de las personas a la cultura, a la salud y a la educación. Entonces, a medida que nosotros podamos avanzar en un proceso más amplio de generar endógenamente una cultura de calidad, podremos estar pagando esa deuda que la universidad contrajo entre la década del noventa y los primeros veinte años de este siglo, que fue más bien un periodo de crecimiento inorgánico.

Creo que Ecuador dio señales muy potentes cuando cerró varias universidades por su inconsistencia. Fue mirado por muchos otros países donde es muy difícil regular porque hay muchos intereses creados en el sistema. Siempre hay intereses creados de todo tipo, y Ecuador fue un país radical en sus decisiones.

Pero, ahora, de la preocupación por la calidad pasamos al desafío de estar *ocupados* por la calidad. No solamente la preocupación: quítenle el *pre-* y ocúpense de ella.

AMB: CINDA [Centro Interuniversitario de Desarrollo] tiene una trayectoria de casi cincuenta años en la región y reúne a cerca de cuarenta universidades actualmente. ¿Cómo CINDA ha logrado articular esta iniciativa entre universidades tan diversas?

AR: Bueno, el CINDA es una gran innovación: es la primera red iberoamericana de educación superior. Es una iniciativa —yo siempre lo cuento— de tres universidades: la Universidad Católica de Perú, la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad de los Andes de Colombia. Originalmente quería ser algo andino, pero se amplió a Europa (España, principalmente), Centroamérica y Brasil.

El gran capital de la red está en su diversidad. En general, las universidades del CINDA tienen cierto nivel de calidad demostrado. El que ingrese al CINDA va con un sello de calidad de su país y aporta su mirada.

Quizás lo distintivo del CINDA —además de haber sido un gran consultor entre los años sesenta y ochenta, cuando América Latina era un área de preocupación del mundo para la UNESCO, el Banco Mundial, etcétera, mientras que ahora el foco está en otras partes— es haber puesto en discusión temas que incumbían al futuro de las universidades.

Y el mundo cambió. El conocimiento exigió que quienes tengan a cargo estas instituciones sean personas con capacidades de gestión, que no sean aparecidos en el mundo académico, sino que realmente tengan una carrera, una trayectoria y la capacidad de impregnar en la universidad ciertos elementos que tienen que ver con la gestión de calidad.

Entonces surgió el tema de los planes estratégicos: cómo se estructuran estrategias en las universidades, un tema que era de la empresa privada o de los bancos, y que se empezó a discutir en las asambleas de rectores de diferentes universidades para tomar ideas. Yo lo llamo un *benchlearning*; o sea, la gente mira: «Esto me sirve, esto no me sirve, esto es lo que yo hago acá, lo reinterpreto, lo sincretizo». Y yo puedo decir que gran parte de lo que hice en materia académica lo tomé prestado del CINDA. No lo copié, lo reinterpreté, porque no se puede copiar.

Y así como hubo gestión del currículum, formación de profesores e internacionalización, ahora estamos con los temas más contemporáneos: transformación digital e inteligencia artificial. Estamos en una red que se va a formalizar en el mes de julio en Cataluña, España, en la UOC (la Universidad Abierta de Cataluña). Hay también una red de vinculación con el medio, que queremos que deje de ser esa cosa histórica de dar conciertos para la comunidad y se transforme en elementos que retroalimenten; o sea, que sea bidireccional: la verdadera vinculación con el medio es bidireccional. ¿Qué demandas hay en la comunidad que yo pueda satisfacer y respondan a su entorno? Las universidades no pueden ser castillos de cristal encerrados, deben tener la sensibilidad de entender que la universidad produce un impacto en su comunidad, que ese impacto tiene diferentes dimensiones, y que los alumnos son los protagonistas a través de la responsabilidad social. Hay que formar esa sensibilidad como parte de las competencias blandas de nuestros estudiantes, que no que sean personas encerradas en su disciplina, cualquiera sea esta, sino capaces de entender los problemas que afectan a la comunidad, ya sean ambientales —identificarse con el manejo de la basura— o de juntas de vecinos, donde pueden hacer un aporte muy relevante con pequeñas cosas. *Small is beautiful* es lo que uno puede decir aquí.

El CINDA ha tenido esa capacidad de proponer temas y discutirlos, y de esa discusión se produce un libro —se puede ver en la página web todo lo que publicamos. A diferencia de otras redes que funcionan y se van, nosotros queríamos funcionar y dejar testimonio para que otras instituciones también puedan acceder a nuestras deliberaciones y apuestas.

CZ: Álvaro, para continuar con el CINDA: el sello Fátima —fruto de una alianza entre RIACES [Red Iberoamericana para el Aseguramiento de la Calidad en la Educación Superior] y el CINDA— ha sido concebido para certificar sistemas internos de calidad más allá de la acreditación tradicional.

AR: Uno se sube a un avión y se siente seguro. Y trae esa seguridad porque siente que hay un suplemento de la calidad, que alguien certifica, verifica y acredita que los tornillos se cambian cada mil kilómetros. Si fuera al estilo universitario de hoy día, les preguntarían a los pilotos cómo están y a los pasajeros qué opinan, qué sé yo.

Entonces, mirando un poco no solamente la aviación, sino muchos otros ámbitos —como las normas ISO, que son más de tipo industrial—, y observando los procesos europeos, se concluye que si usted lo hace bien como sistema, la docencia estará bien y la investigación estará bien.

Viendo esa experiencia —por mi cercanía como formador y rector siempre estuve muy próximo al desarrollo europeo— pensaba que eso debía ocurrir. Y en el CINDA tomamos la iniciativa de incorporar al espacio iberoamericano: le propusimos una alianza a la RIACES, que es una red iberoamericana de agencias de acreditación de la cual somos socios. Yo estoy en el directorio de la RIACES.

Quisimos honrar a Fátima al-Fihri, la fundadora de la primera universidad en Marruecos en el siglo IX —una madraza considerada la primera institución de educación superior del mundo y aún operativa en la actualidad: la Universidad de Qarawiyyin en Fez. Quisimos honrar a esa primera universidad; nosotros pensamos que es la de Bolonia, pero el origen viene más bien del



Álvaro Rojas en la Biblioteca Hernán Malo de la Universidad del Azuay

mundo árabe. En otros países árabes también surgieron centros universitarios muy tempranamente.

En la legislación chilena hay cinco dimensiones de acreditación; en Colombia también. Son los dos países que han instituido la acreditación obligatoria.

Entonces, nos pareció oportuno ofrecerlo. Hicimos un experimento, publicamos un par de artículos en revistas de corriente principal respecto al modelo, lo probamos como piloto en dos universidades chilenas y ya lo instalamos.

CZ: Álvaro, para cerrar —aunque ya has dado un paso hacia donde íbamos—, después de esta visita a la Universidad del Azuay, ¿cuál es tu visión general? Digamos, ¿cuál es tu impresión del paisaje, del estado y de la identidad de nuestra comunidad?

AR: Tengo una mirada de dos días y medio o tres días. Había estado en Ecuador en 2003, en Quito: con la Universidad de Talca fuimos asesores del Código Penal en el Ecuador con nuestro Centro de Estudios Constitucionales, que es un grupo muy fuerte en Chile en la materia.

Después vino un paseo, un viaje que hice con un amigo donde conocí la Sierra ecuatoriana. Y ahora, cuando vine a Cuenca, vi una universidad con calidad humana y mucha libertad, una estética que te hace sentir muy a gusto, y donde destaca la parte cultural y los jardines botánicos, que son aspectos muy importantes.

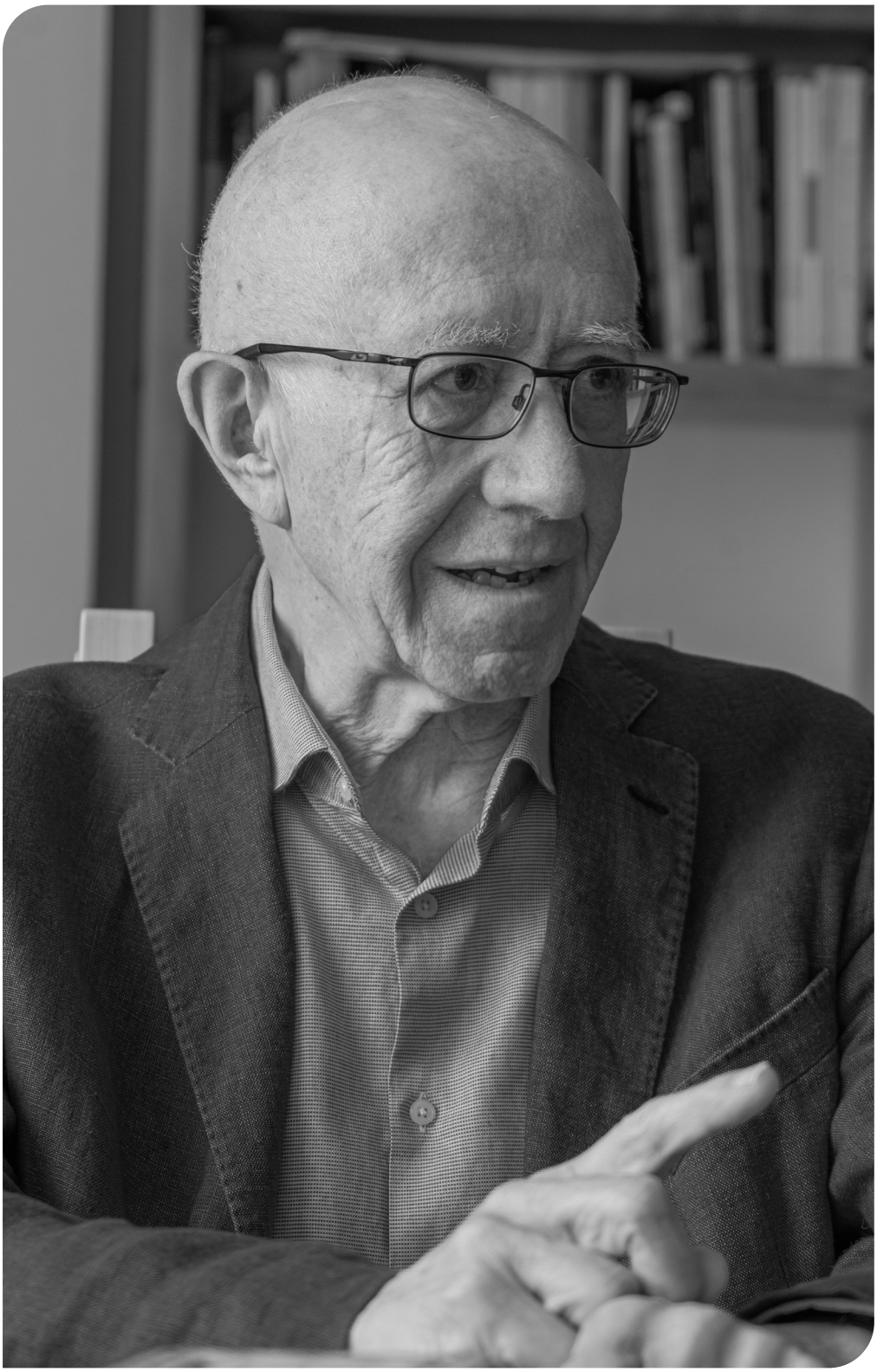
Veo, además, mucha pulcritud y un excelente clima laboral; ojalá nunca pierdan eso. Cuando las universidades crecen más allá de lo recomendado se corren esos riesgos: perder el trato humano, por ejemplo, esa relación cálida del rector con el personal, de la que me he podido percatar.

Las grandes universidades son complejas y terminan siendo *federaciones de facultades* más que universidades. En Chile, la Facultad de Ingeniería está ya en un mundo aparte, y lo que uno quiere es el retorno a la universidad. ◻



El Centro Histórico de Quito desde El Panecillo


QUITO



«TRAER CRITERIOS INTERNACIONALES Y COPIARLOS SIEMPRE ES ABSURDO PORQUE NO TIENE NADA QUE VER CON NUESTRAS REALIDADES»

(Entrevista con el poeta y catedrático Iván Carvajal)

Lunes, 9 de marzo de 2026, 10:00
Residencia del entrevistado, La Floresta, Quito

Iván Carvajal. (San Gabriel, Carchi, 1948-Quito, 2026). Poeta, ensayista y docente. Estudió Filosofía en la Universidad Central del Ecuador y en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), donde se doctoró. Durante cuatro décadas fue catedrático en varias universidades ecuatorianas, entre ellas, la Universidad de Cuenca, la Universidad Central y la PUCE. Fue miembro del Frente Cultural (Quito) y de los consejos de redacción de sus revistas *Pro-Contra* y *La Bufanda del Sol* (1969-1977). Dirigió la revista *País Secreto* y la Corporación Cultural «Orogenia» (2000-2005). Recibió el Premio Nacional de Literatura «Aurelio Espinosa Pólit» por su libro *Parajes* (1983) y

la mención especial del concurso de poesía de la revista *Plural* de México por *Los amantes de Sumpa* (1983). Es, además, autor de los poemarios: *Poemas de un mal tiempo para la lírica*, *Del avatar*, *En los labios / la celada*, *Ópera*, *Inventando a Lennon*, *La ofrenda del cerezo*, *La casa del furor* y *Siempre todavía*; y de los libros de ensayo: *A la zaga del animal imposible. Lecturas de la poesía ecuatoriana del siglo XX* y *Trasiegos.* Junto a Francisco X. Estrella elaboró el libro de cartas *Divagaciones. Correspondencia (2008-2026),* que confió a la Casa Editora de la Universidad del Azuay para su publicación.

Ana María Burbano (AMB): Iván, usted participó en el CONUEP [Consejo Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas del Ecuador], ¿cuáles fueron las premisas, tensiones o dilemas que se vivieron los momentos iniciales de instaurar un proceso de evaluación en el sistema universitario ecuatoriano?

Iván Carvajal (IC): Hay un antecedente que se produce en los años anteriores, ¿no? En la Constitución del 98 se establecía como norma la evaluación y la acreditación de las instituciones de educación superior, y quienes hacen la propuesta —esto es importantísimo— son algunos de los legisladores [o congresistas] que estaban vinculados a las universidades; particularmente Guillermo Falconí, que había sido presidente del CONUEP antes. Destacaría también la presencia de dos presidentes del CONUEP: Guillermo Falconí, primero, que era el rector de la Universidad Nacional de Loja, y luego Teodoro Coello, de la Universidad de Cuenca. Ellos promovieron esto junto con otras figuras muy interesantes del ámbito universitario de ese momento; entre ellas, Gustavo Galindo de la ESPOL [Escuela Superior Politécnica del Litoral]; José Rubén Orellana, histórico rector de la Escuela Politécnica Nacional; Gustavo Noboa Bejarano, de la Universidad Católica Santiago de Guayaquil —luego presidente de la República— y León Roldós —exvicepresidente de la República—, que era delegado en el CONUEP. Ya a fines de los 80 y comienzos de los 90, levemente empieza esta preocupación por la evaluación y la acreditación.

En el año 92 se inicia un proceso durante el gobierno de Rodrigo Borja, con apoyo gubernamental, dentro de un proyecto grande que tenía el Ministerio de Educación, dedicado a una reflexión colectiva de las universidades con auspicio del Banco Mundial. Se hace una serie de seminarios y de encuentros, uno de los cuales está destinado justamente a la evaluación y a la acreditación. Esto culmina entre el 95 y el 96 con un informe grande que se llamó *Misión de la universidad ecuatoriana para el siglo XXI*. Allí ya había —en todo el curso de este proceso— encuentros, seminarios y discusiones sobre el problema de la evaluación y la acreditación, porque ya era una corriente bastante fuerte en América Latina. La UNESCO, a través de la oficina que tenía en Venezuela, impulsaba una reflexión sobre el tema de la calidad universitaria; incluso agencias gubernamentales de Estados Unidos auspiciaban la venida de expertos en evaluación y acreditación de instituciones. Allí comienza esta inquietud, y la respuesta universitaria viene de este grupo adelantado de rectores y autoridades.

En el año 98 se instala este principio en la Constitución, y en la ley del 2000 se crea tanto el Consejo de Educación Superior (CONESUP) como el Consejo Superior de Evaluación y Acreditación (CONEA), que tuvo muchas dificultades para comenzar.

En este sentido, el proceso de la Universidad del Azuay es emblemático, porque es la primera universidad que comienza, ciertamente con un esfuerzo bastante autónomo, a preocuparse por el problema como tal. La experiencia fue muy interesante porque la Universidad del Azuay inicia con un proceso de autoevaluación muy serio, aun cuando todavía no había normas ni criterios del Consejo de Evaluación Nacional. Y cuando avanzaba el proceso para fijar reglas, la Universidad del Azuay resultó ser bastante importante, porque lo que hacía podía contrastarse con lo que se hacía desde el organismo técnico que iba a encargarse del proceso.

Pero luego hubo una serie de incidencias; el histórico problema del Ecuador donde se atropella constantemente la legalidad. De pronto, vino la Asamblea Constituyente y echó abajo lo que se venía haciendo: las evaluaciones y acreditaciones realizadas y las que estaban en curso.



Biblioteca de Iván Carvajal, en su departamento en Quito

Cristóbal Zapata (CZ): La Constitución de 2008, a la que ya hemos aludido, dispuso justamente la evaluación y acreditación obligatoria del sistema de educación superior. Mirando en perspectiva, ¿crees que el Mandato 14 fue un acto de corrección necesaria del sistema o una intervención excesiva del Estado en la vida universitaria?

IC: Considero que fue excesiva; es decir, todo ese proceso después del 2008 lo considero no solo excesivo, sino marcado otra vez por la arbitrariedad, poniendo incluso en manos de individuos y grupos que no tenían el menor conocimiento de lo que es el mundo universitario muchas de las decisiones que vinieron después.

Claro, antes de que se cumpliera el Mandato 14, recuerdo que coincidimos en algún lugar el ingeniero Alfonso Espinoza —entonces rector de la Politécnica Nacional y de quien fui compañero de colegio—, el rector de la Universidad Politécnica del Carchi y algunas personas más. La Universidad Politécnica del Carchi estaba comenzando, y este señor estaba preocupadísimo por lo que se venía con el Mandato 14. Me acuerdo de que Alfonso y yo le dijimos: «¿Por qué se preocupa si es una universidad, primero, pública y, segundo, de una provincia? Si quieren cerrarla, incendian el Carchi». Entonces, es verdad que cerraron universidades, de estas *de garaje*, ¿no? Es verdad.

Pero es verdad también, a la vez, que universidades que tenían muchos problemas de calidad —incluso universidades públicas paralizadas por meses— no tuvieron ningún problema ni condicionamiento para continuar. Y había también numerosas universidades privadas con serios problemas.

Por ejemplo, mencionaré el caso de la Universidad Pérez Guerrero. Era una universidad que comenzaba y que, en ese tramo inicial de dos o tres años, planteaba y desarrollaba una serie de cuestiones interesantes. Destacaba en ese momento en Quito, por ejemplo, por su interés en el tema editorial o por la creación de ciertas condiciones arquitectónicas y urbanísticas valiosas.

Es decir, creo que fue una medida bastante arbitraria. Digamos que ahí también hay dos posiciones, ¿no? Fíjense que la postura clásica en un ambiente como el estadounidense, es que se puede abrir cualquier universidad, cualquier institución de educación superior, más precisamente.

AMB: En América Latina, principalmente, siempre existió la preocupación de una evaluación basada en estándares internacionales ¿Cómo ha mirado esta tensión permanente entre esos modelos e indicadores de calidad internacionales —que se toman muchas veces como referentes— y la falta de compaginación con nuestra pertinencia y realidad?

IC: Uno de los líos que había acá —y que algún momento conversábamos con Arturo Villavicencio, a quien conocí después de este proceso— es el hecho de meter a todas las instituciones en el mismo saco. ¿Con qué criterios evaluar a la Politécnica Nacional o a la ESPOL en comparación con universidades que tienen una diversidad distinta? ¿Son los mismos criterios los que podrían manejarse para universidades con una gran fortaleza en investigación que para aquellas donde lo fundamental es la formación profesional regional? Allí comienzan, claramente, los problemas y las dificultades.

Traer criterios internacionales y copiarlos siempre es absurdo, porque no tienen nada que ver con nuestras realidades. Una universidad en una provincia de la Costa, por ejemplo, no puede tener las mismas características que una institución en la capital. Es un absurdo copiar normas internacionales o de fuera del país y traerlas acá.

CZ: Y un fenómeno vinculado a esto, Iván, es lo que podríamos llamar la *ansiedad de los papers*; estamos inundados de *papers*. Esta es también una de las secuelas discutibles de todos estos procesos. ¿Cómo lo ves tú?

IC: Bueno, depende de los *papers*. Una cosa importante que habría que señalar es que, en el ámbito anglosajón, esta historia de los *papers* —al igual que la historia, en general, de la evaluación y la acreditación en los Estados Unidos— es muy anterior en el ámbito universitario. En el mundo anglosajón, que es donde comienzan a imponerse los *papers*, esto está ligado, sobre todo, a las ciencias como tales: las ciencias naturales, la matemática. Y en principio, obviamente, tiene una función, un criterio capital. Es decir, en el campo científico hay zonas tan complejas donde una

«Si queremos tener publicaciones académicas de rigor se necesitan varias condiciones: recursos para la investigación, para bibliografía, y la correcta distribución del tiempo»

publicación implica un rigor para demostrar que ha habido un trabajo solvente desde el punto de vista del objeto definido, de la problemática, de los métodos.

CZ: Es parte de las herramientas de investigación.

IC: De las herramientas y los resultados. Eso incluso, más allá del campo científico, es fundamental en ámbitos tecnológicos, en la medicina, por ejemplo. Por eso es tan importante la evaluación por pares.

Ahora, hay áreas donde es muy difícil hablar de un *paper* bajo este concepto: las humanidades en general, porque en las humanidades se trata más bien de trabajos ensayísticos; no son trabajos puramente experimentales —sabiendo que incluso en campos como la física teórica no hay experimento, sino métodos deductivos e inductivos combinados y analíticos que están regulados dentro de cada disciplina. En las humanidades no evaluamos con ese criterio de solvencia del conocimiento en torno al problema de la verdad, sino en relación con una cierta coherencia interpretativa y propositiva de tesis. Ahí ya vemos la dificultad de esto.

Pero luego, en la medida en que esto se va ampliando, van surgiendo revistas y revistas, y empresas dedicadas a esas revistas. Hoy tenemos un mundo en el que hay miles de publicaciones que son también empresas. Si al principio lo importante era esta

evaluación para garantizar el conocimiento, hoy lo importante es publicar, y allí comienzan las desviaciones. Ahora se escribe para que el vecino lo cite y yo citarlo a él a su vez. Y eso es un disparate.

Luego está el problema de diferenciar claramente la potencia investigativa en el campo de las ciencias. En un caso como el del Ecuador, ¿qué podemos desarrollar en el trabajo científico como tal? Quizá en el ámbito de la biología; en biología ha habido consistencia en muchos trabajos.

Si queremos tener publicaciones académicas de rigor se necesitan varias condiciones: recursos para la investigación, para bibliografía, y la correcta distribución del tiempo. Si un profesor quiere investigar, debe tener una carga horaria para la investigación bastante significativa, ¿no? No puede tratarse la investigación como algo marginal. Hay también una sobrecarga de asignaturas que impide dedicar a la investigación el tiempo adecuado.

CZ: Iván, para terminar, en este complejo contexto social y político que vive hoy el país y el mundo a todo nivel, ¿cuál debería ser el rol de la universidad ecuatoriana para garantizar un cierto aseguramiento de la calidad de la educación en los próximos diez o quince años?

IC: Ahí vamos. Primero, me hiciste recordar una observación que hizo un especialista chileno en educación superior, José Joaquín Brunner, cuando vino acá, a este proyecto que se llamaba *Misión de la universidad ecuatoriana para el siglo XXI*. La primera observación que hizo fue: «¿Qué es eso de *universidad ecuatoriana*? Hay la Universidad Central del Ecuador, hay las otras, pero ¿qué es eso de *universidad ecuatoriana*?».

Claro, es una frase que siempre se ha utilizado y que, entre otras cosas, oculta la diversidad dentro de lo que es la educación superior como tal. Hay instituciones que son realmente universidades y otras que se llaman universidades sin serlo; son de educación superior, eso sí.

Entonces, para comenzar, el primer problema que veo con fuerza y seriedad, como lo sostuve en un ensayo del 2006, es que existe un debilitamiento del Estado nación en todo el mundo.



Conversando con Iván Carvajal en su departamento

La idea de nación misma es una idea que tiene que ver más bien con una serie de mitos, de sistemas de creencias organizadas social y políticamente, y que es lo que el historiador Benedict Anderson llama *una comunidad imaginada*, igual que una religión. Es lo que nos da unidad, y eso se ha ido debilitando.

Yo creo que en el Ecuador el debilitamiento es doble. Por un lado, como resultado del proceso global de la mundialización actual —esa mundialización que comienza a fines del XV con los viajes europeos de descubrimiento, donde se forma realmente la idea del planeta—, pero hoy estamos en otra fase. No es casual que se reúnan, hace tres, cuatro días, bajo el mando del presidente de los Estados Unidos, una serie de presidentes de América Latina para acatar sin cuestionamiento ninguno al jefe. Es un nuevo contexto de reparto del mundo. Eso, por una parte; pero internamente también existe una gran fragmentación.

A María Augusta [Vintimilla] siempre le critico que, como buena cuencana, nos echa la culpa del centralismo a los quiteños. Pero Quito no tiene nada; Quito tiene una élite económica totalmente separada de lo que es la ciudad. ¿Dónde vivirá? No tengo la menor idea. No les importa Quito. Quito es una ciudad que viene hundiéndose y destruyéndose por más de un cuarto de siglo, sin dirección.

Cuenca tiene una serie de condiciones muy específicas. Viven periodos de aislamiento, pero, por ejemplo, es el único lugar donde se ve que hay instituciones que funcionan en relación con el campo cultural de manera bastante consistente y prolongada. En Quito funcionan unas pocas instituciones culturales con alguna eficacia, pero la mayoría no. Las universidades han perdido su presencia: la Universidad Central no tiene ningún eco; la de Guayaquil perdió todo eco. Pero en Cuenca, las universidades tienen todavía una solvencia que les hace participar de la vida ciudadana. En ese sentido, creo que es muy complejo hablar de algo que se pueda esperar.

Tenemos fantasmas que vienen del pasado. Piensen en Yachay: una inversión impresionante. ¡Comprar más de cuatro mil hectáreas supuestamente para una universidad! ¿En qué parte del mundo existe un disparate así? Y tierras productivas, además, porque supuestamente se iban a dedicar

«La central hidroeléctrica de Paute se hizo con técnicos ecuatorianos muy bien formados. Cuando hubo el problema de La Josefina se resolvió con técnicos ecuatorianos. Existía el INER y tenía alguna fortaleza el Instituto Izquieta Pérez, entre otros establecimientos públicos. Todo eso se vino abajo, y no se ha podido restituir porque no hay interés ni en los grupos políticos dominantes, y menos todavía en el poder económico»

a la nanotecnología. Se dilapidaron recursos que podían ir hacia institutos de investigación, a fortalecer los institutos de investigación que ya existían en el Ecuador.

La central hidroeléctrica de Paute se hizo con técnicos ecuatorianos muy bien formados. Cuando hubo el problema de La Josefina se resolvió con técnicos ecuatorianos. Existía el INER [Instituto Nacional de Eficiencia Energética y Energías Renovables del Ecuador] y tenía alguna fortaleza el Instituto Izquieta Pérez, entre otros establecimientos públicos. Todo eso se vino abajo, y no se ha podido restituir porque no hay interés ni en los grupos políticos dominantes, y menos todavía en el poder económico.



Iván Carvajal en su casa

Tenemos un problema sumamente grave desde ese punto de vista; además, en un contexto de cambios profundos, no solamente en el orden político, sino en todo lo que tiene que ver con las transformaciones tecnológicas actuales. Un problema central para abordar en este momento es la incidencia de la inteligencia artificial que ya funciona en traducciones, en la elaboración de artículos, en la corrección de textos, en la realización de guiones cinematográficos... en fin. Entonces, ¿cómo abordamos el problema pedagógico con los estudiantes? ¿Cómo se trabaja?

Con internet ya se podía detectar una copia de un ensayo, por ejemplo; pero con inteligencia artificial eso se vuelve una cuestión más compleja de manejar, porque, además, muchos profesores tienen retraso con respecto a los jóvenes estudiantes.

Entonces, otra vez hay un problema de falta de sentido: ¿qué es esto?, ¿qué es el Ecuador? Estamos aquí atrapados, en medio de mafias políticas, mafias de delincuentes y grandes oligarcas que les interesa un comino el Ecuador, sino sus negocios privados, y para eso controlan el Estado. Antes que falta de recursos, lo que hay es falta de criterios sobre dónde invertirlos. ◻



Calle Venezuela en el Centro Histórico de Quito; al fondo, la Basílica del Voto Nacional




GONZALEZ M.

«TIENE QUE HABER UNA REINVERSIÓN A TRAVÉS DE LAS EMPRESAS PÚBLICAS UNIVERSITARIAS HACIA LA SOCIEDAD»

(Entrevista al coronel Mauricio González, exrector de la Universidad de las Fuerzas Armadas-ESPE)

Lunes, 9 de marzo de 2026, 16:00
Rectorado de la Universidad de las Fuerzas Armadas (ESPE), Sangolquí, Pichincha

Coronel Mauricio González Mosquera. Ingeniero Civil y máster en Ingeniería de la Construcción por la Universidad de las Fuerzas Armadas de Ecuador ESPE. Doctorado en Ciencias e Ingeniería en Australia en Griffith University, siendo sus áreas de especialidad investigativas: la ingeniería civil, los materiales no convencionales, el diseño bioestructural y la bioarquitectura. En el sector público nacional se ha desempeñado como director de Análisis y Prospectiva Estratégica en el Ministerio de Defensa Nacional, subdirector de Transformación del Ejército Ecuatoriano y director de Investigaciones y Desarrollo Tecnológico de las Fuerzas Armadas. Adicionalmente, cuenta con una amplia experiencia académica dentro de la Universidad de las Fuerzas Armadas de Ecuador (ESPE), en la cual se ha

desempeñado como profesor, director del Centro de Estudios de Posgrados, vicerrector de Investigación, Innovación y Transferencia de Tecnología, y rector entre enero y agosto de 2026.

Ana María Burbano (AMB): Gracias por acogernos, coronel.

Mauricio González (MG): Para mí es especial recibir la visita de ustedes por dos motivos realmente fundamentales. El primero, porque como oficial del Ejército ecuatoriano, hace un año, aproximadamente, tuve la oportunidad de visitar a Francisco Salgado; estuve con una comisión de la Dirección de Transformación del Ejército. Como director de Transformación del Ejército regresé a ver en primera instancia a la UDA, como modelo de universidad que en estos últimos años ha venido haciendo un trabajo espectacular en los ámbitos de investigación. Nosotros, como Fuerzas Armadas y como Ejército tenemos muchos requerimientos y necesidades, y vimos que la UDA, a través de sus líneas de investigación, los está desarrollando muy bien.

Y también porque la vida nos permitió compartir con Francisco, el señor rector de la UDA, un curso de formación de rectores entre febrero y marzo del año 2020, antes de pandemia. Fuimos a la India y estuvimos en Bangalore. Coincidentemente, muchos de los que hoy por hoy somos rectores de las IES (Instituciones de Educación Superior) estuvimos en ese curso de formación y perfeccionamiento de los rectores de las universidades del país. En esa ocasión tuvimos la oportunidad de conocernos con Francisco y desarrollamos una gran amistad.

Cristóbal Zapata (CZ): Sin duda, hay un antes y un después de Paco Salgado en la UDA. Ya para ir entrando en materia, cuéntenos un poco de su doctorado en Australia. ¿De qué trató esa experiencia académica?

MG: Bueno, les comento. En el primero o segundo llamamiento que hubo para formación de doctorados en 2010 apliqué y salí favorecido con una beca de la SENESCYT [Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación] para hacer un doctorado en Griffith University. Viajé a inicios del 2011. Yo

apliqué para estudiar estructuras de la construcción, estructuras sísmicas; en eso he desarrollado mi *expertise* como ingeniero civil, e hice unos estudios también en la Universidad de Missouri entre 2007 y 2008. Luego apliqué para irme a un doctorado en estructuras, pero estando allá me cambió el panorama.

Después de algunos exámenes y evaluaciones, me propusieron estudiar biomecánica y biomimética, un área del conocimiento entonces naciente en el mundo: había surgido unos cinco años atrás en Alemania, pero en ese momento estaba empezando en Australia. Me propusieron investigar en biomateriales. Es una cadena: bioinspiración, luego decanta en la biomecánica, viene la biomimética y luego va a la bioingeniería. Se trata de estudiar las estructuras de construcción en relación con la estructura de seres vivos, todo lo que es biomateriales. Inicié con las aletas de tiburón, replicando sus principios de funcionamiento, porque tienen coeficiente de rozamiento cero en aguas turbulentas. Empecé a conocer a los seres vivos.

Luego investigué el comportamiento biomecánico de las palmas de coco ante huracanes de gran intensidad, pues son las únicas estructuras que quedan en pie por su alta resiliencia, flexibilidad y gran resistencia a estímulos exógenos. Así que en mi tesis desarrollé lo que es biomecánica, ingeniería biomecánica y biomimética aplicada. Estuve en Australia desde el 2011 hasta el 2016. Retorné al país y vine acá a la Universidad, primero como director del Centro de Estudios de Posgrado. Bajo mi dirección se crearon los primeros doctorados aquí en la universidad. Luego pasé a ser vicerrector de Investigaciones.

Por requerimientos institucionales salí de la universidad en 2020 a ocupar puestos que me permitieron conocer la institución a fondo. Estuve como director de Investigación y Desarrollo Tecnológico de las Fuerzas Armadas en el Comando Conjunto. Después pasé a ser director de Transformación del Ejército. Y luego, antes de venir acá nuevamente como rector, estuve como director de Análisis Prospectivo de la Defensa. Todo eso me permitió conocer la Universidad de las Fuerzas Armadas [ESPE] en sus necesidades y requerimientos, antes de asumir la rectoría.

CZ: Fantástica el área de la biomecánica y la biomimética...

MG: La biomimética es algo fabuloso, porque tiene un campo de aplicación vasto y permite desarrollar propuestas desde la generación científica que son muy innovadoras. Ahora, por ejemplo, está en auge el estudio de nuestro quinde, de nuestro colibrí, porque rompe todas las reglas aerodinámicas. Ustedes han visto que el colibrí vuela como él quiere. Entonces es espectacular que hasta el día de hoy se busca desarrollar los principios de funcionamiento de este animal para replicarlos en aeronaves, en los mismos drones y otros productos de bioingeniería.

CZ: Es como pasar de un modelo antropomórfico a un modelo zoomórfico.

MG: Correcto, correcto. Sí, así mismo, hasta cierto punto.

AMB: Universidades vinculadas a las Fuerzas Armadas existen varias en América Latina, pero aquí hay una esencia especial. ¿qué rasgos considera que distinguen en este momento a la ESPE dentro de la región latinoamericana?

MG: Conozco muy de cerca, por ejemplo, la Universidad Militar Nueva Granada en Zipaquirá, en Colombia. He estado ahí dos veces y realmente el concepto es muy parecido. Sin embargo, pienso que lo que nos destaca a nosotros son dos cosas. La primera, la historia: tenemos 103 años de existencia en la historia del Ecuador. Nacimos como Escuela Técnica de Ingenieros hace 103 años. Pero, ¿por qué nacimos? Por la necesidad que tenía en ese tiempo nuestro país —y la tiene hasta ahora, de hecho— de modernizar, actualizar y acoplar tecnológicamente el equipamiento y el armamento militar para que estuviera en óptimas condiciones de empleo.

Recordarán ustedes que en ese tiempo teníamos la amenaza latente con nuestro hoy hermano vecino del sur. Necesitábamos que ese armamento y ese equipo dejaran de estar obsoletos o, si habían perdido vigencia, volvieran a tenerla. ¿Y cómo lo podíamos hacer? Justamente a través de ingenieros militares capacitados para hacerlo. Entonces se crea la Escuela Técnica



Entrevistando al coronel Mauricio González en el rectorado de la ESPE

de Ingenieros con tres áreas específicas: la primera, de Ingeniería Civil; la segunda, la parte de Electrónica en Telecomunicaciones; y la tercera, que corresponde a la Ingeniería Geográfica, todas con un enfoque directo al área militar. Esa es una de las razones que nos diferencia de otras universidades militares de la región. Y la otra es porque, según encuestas y estudios estadísticos, las Fuerzas Armadas se mantienen como una de las instituciones con mayor credibilidad en la sociedad ecuatoriana.

CZ: Entiendo que la ESPE tiene sus orígenes en la Escuela Politécnica del Ejército. Haciendo un poquito de memoria, fue una institución creada para la formación técnica y científica en el ámbito militar. En 2013, en el marco de la reorganización del sistema de educación superior, se produjo la fusión de la ESPE con la Universidad Naval «Comandante Rafael Morán Valverde» y la Universidad Tecnológica de la Fuerza Aérea (ESPEA), dando origen a la actual ESPE. ¿Cómo mira retrospectivamente ese momento?, ¿qué tan complejo fue llegar a ese acuerdo de fusión?

MG: Hubo una oposición muy fuerte, porque cada uno quería mantener su identidad y peleaba por su espacio... Nosotros fuimos politécnicos; yo fui un politécnico formado en ciencias duras, y pasar a la universalidad del pensamiento implicaba, primero cambiar, de cierta manera, la visión para la cual nacimos como Escuela Técnica de Ingenieros, y luego como Escuela Politécnica del Ejército. Ahora manejamos un solo dominio institucional, algo que hemos mantenido y ha sido algo estratégico: nuestro dominio institucional es el de seguridad, defensa y sociedad, totalmente alineado con las Fuerzas Armadas.

AMB: La Constitución de 2008 dispuso la evaluación y acreditación obligatoria del sistema de educación superior. Mirando en perspectiva, ¿cree que el Mandato 14 fue un acto de corrección necesaria del sistema o una intervención excesiva del Estado en la vida universitaria?

«Cuando se instaura la obligación de este proceso a partir del 2009, siguiendo los articulados de la Constitución del 2008, desaparecen varias universidades en el país, las famosas *universidades de garaje*. A mi criterio, esto hizo que, por primera vez en el Estado ecuatoriano, el nivel de calidad —ya no de cantidad— estuviera acorde a los estándares internacionales»

MG: Yo creo que esto —hablando de ese punto en la historia académica del país— fue muy positivo porque, acuérdese, en la década pasada, empezaron a proliferar las universidades como negocios, las llamadas *universidades de garaje*. Cuando se instaura la obligación de este proceso a partir del 2009, siguiendo los articulados de la Constitución del 2008, desaparecen varias universidades en el país, las famosas *universidades de garaje*. A mi criterio, esto hizo que, por primera vez en el Estado ecuatoriano, el nivel de calidad —ya no de cantidad— estuviera acorde a los estándares internacionales.

AMB: ¿Cómo ha vivido su universidad los procesos de evaluación? ¿Cuáles son las tensiones latentes o explicitas ante un modelo evaluativo de estandarización nacional frente al reconocimiento de la diversidad institucional?



▲ ► Campus de la Universidad de las Fuerzas Armadas-ESPE, Sangolquí


ESPE
ESPE

MG: Nuestra primera acreditación por el CACES [Consejo de Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior] fue en 2019. Estuve acá y hubo muchos aspectos positivos y negativos. Negativos, ya que había indicadores que cumplir que no estaban resueltos y que había que solucionar en un cortísimo tiempo, lo que nos obligaba a ir a paso muy acelerado mejorando como institución. Entonces, en ese sentido sí fue complicado cumplir con ciertos indicadores. Estamos próximos a otra acreditación en septiembre de este año por parte del CACES.

En cierta forma, eso se ha vuelto un negocio: ahora tenemos acreditadoras internacionales, consultores... Pero enfoquémonos en la acreditación oficial, que es la del CACES. Ahí nosotros tenemos ciertos bemoles o cierta problemática, porque los indicadores no han dejado de ser cualitativos y cuantitativos. Y cuando hablamos de los indicadores cualitativos, hablamos de cierto grado de subjetividad. Esa subjetividad, de alguna manera, nos ha afectado: hace un momento decía que las Fuerzas Armadas tienen una aceptación muy alta en el país, pero también hay una percepción contraria. Alguna vez nos pasó que un evaluador de acreditación o algo similar, con cierta ideología política no muy compatible con el quehacer de las Fuerzas Armadas, nos calificó de manera sesgada, no muy objetiva, por el simple hecho de ser la Universidad de las Fuerzas Armadas.

En ese sentido, pienso que los indicadores de acreditación de aseguramiento de la calidad deberían ser totalmente cuantitativos, objetivos; eliminar al máximo, al menos en un 99 %, esa subjetividad que los acreditadores pueden tener y que, de algún modo, podría afectar a los intereses no del rector, de los vicerrectores o del mando militar, sino de la comunidad universitaria. Hablamos de la esencia de nuestra universidad: los estudiantes y nuestros docentes.

CZ: Una inquietud que me asalta: los estudiantes de esta universidad, en el momento en que ingresan, ¿automáticamente están optando por una carrera militar? Es decir, ¿están vinculados al ámbito militar?

MG: Tenemos una planta de 26 000 alumnos en total. De ellos, 22 000 son civiles y solo 4000 son estudiantes militares. Estos

estudiantes militares, en un cierto número, son oficiales o militares profesionales parte del personal de tropa: aerotripulantes, aerotécnicos, tripulantes que están becados por las Fuerzas Armadas y cursando estudios, unos aquí en el campus matriz, y otros en las sedes.

Por nuestra naturaleza, nosotros tenemos algo *sui géneris* que no tiene el resto de las universidades: las llamadas unidades académicas especiales. ¿Cuáles son esas unidades académicas especiales? La Escuela Militar, donde se forman los oficiales del Ejército; la ESMIL «Eloy Alfaro» [Escuela Superior Militar], la ESUNA [Escuela Superior Naval «Comandante Rafael Morán Valverde»], donde se forman los oficiales de la Armada; el COSME [Centro de Operaciones y Socialización de Misiones Especiales] y la Escuela de Aviación, donde se forman los oficiales de la Fuerza Aérea. Asimismo, las escuelas de formación de tropa de las tres fuerzas y las academias de guerra, donde los oficiales realizan cursos de perfeccionamiento. Ahí también tenemos personal militar profesional que está haciendo sus cursos de formación, de perfeccionamiento y de capacitación. Están dentro de unidades especiales de las Fuerzas Armadas, pero los títulos que obtienen ahí son reconocidos por la Universidad de las Fuerzas Armadas. Los estudiantes militares que están en estos cursos, obviamente, están cumpliendo requisitos dentro del ámbito militar. Pero el resto del universo, digamos, de estudiantes civiles está en carreras donde se sigue una malla curricular acorde a los requerimientos de la sociedad y salen graduados para aportar a la sociedad ecuatoriana.

AMB: Desde la aprobación de la Ley Orgánica de Educación Superior [LOES] de 2010, se impulsó fuertemente en el país la investigación, la publicación de *papers* y la generación de patentes. ¿Cómo impactó este periodo en el desarrollo de la ESPE?

CMG: Es muy buena esta pregunta. Según mi análisis, ahí hay dos fases; la primera, a raíz de la emisión de la primera Ley Orgánica de Educación Superior, y la segunda, que fue en 2018, me parece. Yo veo que hay dos periodos que han propiciado o han tratado de potenciar la producción científica, pero dos diferencias, para mí, sustanciales.

«Hubo un pico en las publicaciones a través de los «Prometeo» en el país. Pero, ¿cuál fue el problema? Que nuestros investigadores aprendieron a publicar, pero no necesariamente enfocados u orientados a los requerimientos y necesidades del país, y se quedaban en las puras publicaciones»

La que está en el primer periodo, de 2013 a 2018. Acordémonos de que el nivel político trajo a los famosos «Prometeo». ¿Para qué? Para que fueran quienes enseñen y den un *feedback* importante a nuestros investigadores, que venían también formándose; teníamos los primeros doctores, en realidad los primeros PhD. Entonces, hubo un pico en las publicaciones a través de los «Prometeo» en el país. Pero, ¿cuál fue el problema? Que nuestros investigadores aprendieron a publicar, pero no necesariamente enfocados u orientados a los requerimientos y necesidades del país, y se quedaban en las puras publicaciones. Es decir, yo soy profesor de Metodología de la Investigación, y existe un ciclo de Diseño de la Producción Científica que no se estaba cumpliendo: no empezábamos con investigaciones básicas, que son la primera fase, sino directamente con investigaciones aplicadas. De esas investigaciones aplicadas salían los artículos científicos, los productos, los prototipos, pero ahí se quedaba todo. Empezó a haber una especie de competencia de publicaciones entre las

universidades. Se veía a las publicaciones como un medio para que los docentes pudieran mejorar su escalafón, y hasta ahí llegaba; la brecha científica exógena seguía siendo exactamente la misma: mayor producción científica, pero seguíamos siendo consumistas.

Pienso que ahí jugó un papel preponderante la comisión que reformó la LOES en 2018, porque a partir de ella tenemos investigadores más maduros y existen lineamientos más claros sobre hacia dónde tenemos que llegar con los procesos de investigación, desarrollo tecnológico y producción para el fortalecimiento de la industria e innovación. Pienso que, ahora, este ciclo está mucho más entendido. Es mucho más pragmático y está orientado hacia lo que queremos. Hoy ya vemos que en las universidades públicas —y ni se diga en las privadas— se aspira a que esas investigaciones y escritos pasen a una fase de patentes, de propiedad intelectual; eso tiene que llevar a que todos los prototipos pasen a un desarrollo tecnológico, y ese desarrollo tecnológico tiene que pasar a una fase de transferencia tecnológica y de difusión tecnológica. Y tiene que haber una reinversión a través de las empresas públicas universitarias, de los parques tecnológicos, de los centros de investigación, hacia la misma universidad y hacia la sociedad. Es complejo porque involucra recursos, involucra un cambio de mentalidad de los mismos investigadores, un involucramiento de los estudiantes, de quienes administran y gestionan las universidades. Pero pienso que se ha avanzado mucho en eso.

AMB: La universidad y también sus autoridades están pasando por un proceso de cambio, de renovación. Como nuevo rector, nos parecía muy importante conocer su visión a futuro: ¿cómo mirar a la universidad ecuatoriana y a la ESPE de aquí a diez o quince años?

CMG: Esa pregunta es la más bonita que me pueden hacer, porque, como les dije, vengo de ser director de Análisis Prospectivo de la Defensa en el nivel político estratégico del sector Defensa de Fuerzas Armadas. Vengo trabajando y aprendiendo mucho de eso.



Oficina del rectorado en la ESPE

Yo pienso que una universidad, si no tiene una visión a largo plazo de hacia dónde quiere llegar, padece de una miopía estratégica. No podemos seguir trabajando con planificaciones para periodos de gobierno, es decir, al mediano plazo. Tampoco podemos seguir hablando solo de planificación estratégica. Para mí, la planificación estratégica está totalmente vigente, pero no es lo único, no nos permite ver a largo plazo. La teoría me dice que si hablo de diez años en adelante, estoy hablando ya de largo plazo. Y para poder proyectarme a eso necesito una planificación prospectiva, un plan estratégico a largo plazo.



Entonces es muy importante que las instituciones de educación superior fundamenten su visión estratégica basándose en una gobernanza anticipatoria. Hemos escuchado hablar de la gobernanza anticipatoria, que se basa en variables clave, en factores de cambio que permitan avizorar cómo estamos y cómo queremos estar, pero basados en estos factores que nos permitan establecer líneas de tendencia que nos transporten a otros escenarios.

Esta universidad tiene levantados dos escenarios: un escenario tendencial y un escenario-apuesta. Pero nosotros necesitamos al menos cinco escenarios prospectivos. El escenario tendencial creo que está de más, porque ustedes saben que el escenario tendencial es aquel al que yo llego de aquí a diez años sin haber cambiado en lo absoluto. El escenario-apuesta busca ponernos de aquí a diez años, por lo menos, a la par de las tres universidades mejor *rankeadas* en el país, entre las que están ustedes. Y les felicito de todo corazón, porque es el resultado del trabajo prospectivo, analítico, con visión estratégica que han tenido.

Pero, ¿cómo veo a mi universidad a futuro? La veo como una universidad que siga atendiendo las necesidades de nuestra sociedad, con prioridad en las Fuerzas Armadas. La veo como una universidad con una oferta académica atractiva para la época. Tenemos tecnologías emergentes y disruptivas: hablamos de inteligencia artificial todos los días, hablamos de transformación digital, de internet, pero reviso mis mallas curriculares y veo que no están acordes a los cambios que estamos viviendo como sociedad. Entonces pienso que, si veo a mi universidad hacia el futuro, la veo con una oferta académica acorde a la época. Y también la veo plasmando dos proyectos emblemáticos que me propuse al iniciar mi gestión: que mi universidad camine a ser una *smart university* y una *green university*. Tenemos un campus que es privilegiado, pero no lo estamos aprovechando. Lo mío es bio, y quiero ver a mi universidad verde.





Esculturas alegóricas en el antiguo edificio del Banco Central del Ecuador en Quito —calles García Moreno y Sucre, hoy sede del Museo Numismático—, diseñado por Francisco Durini en 1924



«LA TECNOLOGÍA Y LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL VAN A CAMBIAR EL MUNDO, NADIE LO PUEDE NEGAR. PERO NO PODEMOS OLVIDAR LOS ESPACIOS PARA LAS HUMANIDADES Y EL ARTE»

(Entrevista con Diego Quiroga, rector de la Universidad San Francisco de Quito)

Martes, 10 de marzo de 2026, 9:00
Universidad San Francisco de Quito, Cumbayá

Diego Quiroga Ferri. Doctor en Filosofía con especialización en Antropología por la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, Estados Unidos. Su investigación científica se enfoca en la Ecología Urbana, la Ecología Política, la Antropología Médica y la vulnerabilidad en ecosistemas de alta biodiversidad. Es profesor adjunto en el Departamento de Geografía de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill.



Campus de la Universidad San Francisco de Quito (USFQ) en Cumbayá.
Fuente: Página oficial de la USFQ

Entre su experiencia de gestión académica y científica resalta su rol como decano de Investigación y Programas Internacionales de la Universidad San Francisco de Quito (USFQ), codirector del Instituto de Artes y Ciencias en Galápagos (GAIAS) y miembro impulsor del Galápagos Science Center, una alianza científica estratégica establecida entre la USFQ y la Universidad de Carolina del Norte para promover la conservación de los ecosistemas frágiles de las islas. En 2021 fue designado rector de la Universidad San Francisco de Quito, cargo que desempeña en la actualidad.

Cristóbal Zapata (CZ): Diego, muchas gracias por recibirnos. No podía haber mejor locación para este diálogo que esta hermosa terraza con vista a Cumbayá. La Universidad San Francisco de Quito nació como un proyecto innovador para el país en el ámbito de la educación superior, inspirado en el modelo de artes



liberales. ¿Qué elementos de ese proyecto fundacional siguen siendo centrales en la identidad de la universidad?

Diego Quiroga (DQ): Creo que nosotros fuimos pioneros en algunos asuntos de la educación superior. Sin duda, nuestra filosofía son las artes liberales. La verdad es que yo no estudié aquí, sino en Estados Unidos, donde obtuve todos mis títulos universitarios. De manera que no puedo decirles cómo era la universidad aquí en los años setenta y ochenta. No les puedo decir cómo era exactamente antes de que aparecieran la San Francisco y demás universidades privadas. Pero lo que tengo entendido es que las universidades no tenían la idea de estar al servicio del estudiante.

En los años setenta y ochenta no había profesores permanentes ni a tiempo completo; venían, daban clase y se iban. Tampoco tenían PhD. En el país, creo que nadie sabía qué era eso. No existía la investigación en las universidades. Era un mundo mucho más provinciano, menos internacional y profesional.

Nosotros, como Universidad San Francisco, somos muy importantes en este cambio. Primero, planteamos tener profesores y estudiantes a tiempo completo, profesores bien pagados y que empiecen a investigar, estudiantes que paguen por su educación, así conformamos una comunidad académica estable y comprometida.

Una buena parte de los cambios que hoy consideramos esenciales los propuso la USFQ a través de sus fundadores, Santiago Gangotena y Carlos Montúfar. Propusimos un modelo de universidad al estilo norteamericano: ese siempre ha sido nuestro modelo. No podemos ni tenemos por qué negarlo. Es allí donde nosotros nos educamos.

Y siempre estuvimos con los estudiantes. Fuimos de los primeros en decirles: «No vayas a trabajar, no trabajes». Yo me acuerdo de que Santiago Gangotena siempre les decía: «No trabajes, no puedes trabajar, tienes que estar estudiando si eres estudiante». Y ahí viene lo de las artes liberales, cuando empezamos a dar todas estas materias que aparentemente son inútiles: por ejemplo, Filosofía. Después vinieron los cursos socráticos y todos estos contenidos que tenemos ahora.

CZ: De hecho, usted proviene de la antropología.

DQ: Yo soy antropólogo. Estudié Antropología y Psicología en pregrado en California, y luego Antropología y Medicina. Soy antropólogo médico. Después me involucré en temas sobre evolución. Últimamente he escrito mucho sobre ello.

Ana María Burbano (AMB): Usted nos comenta sobre el modelo implementado por la San Francisco: jornadas a tiempo completo y profesores llevando a cabo labor investigativa. Estos fueron temas pioneros en el país y tuvieron una repercusión directa en los procesos de evaluación que comenzaron en 2009 y se extendieron hasta 2012, encontrándose su Universidad entre aquellas instituciones que pudieron posicionarse en la categoría A. ¿Cómo vivieron ese proceso?

DQ: Nosotros siempre creíamos que había cierta dedicatoria en esa ley, porque cuando nuestro exprofesor Rafael Correa sale de aquí, no lo hace en buenos términos.

Rafael sentía que las universidades privadas eran un problema. Que no cumplían con objetivos sociales, que no estaban ahí para la gente pobre, que lo único que querían sus promotores era hacerse ricos.

Tal vez exagerábamos y lo veíamos de manera muy personal, pero es una ley con muchos mecanismos de control para evitar que las universidades se salgan de ciertas normas: es punitiva, súper regulatoria, impositiva. Una cosa es regular, pero otra, es decir: «No puedes hacer esto». Tenías que pedir permiso para todo. No permitía el crecimiento abierto, libre.

Antes de la regulación de 2009, nosotros inventábamos programas y lanzábamos maestrías; todo era muy abierto, elaborábamos nuevas carreras. Después, para todo teníamos que pedir autorización. No podíamos ni cambiar el contenido de una malla sin autorización. Todo resultaba una burocracia, un proceso lento y muy regulado.

Pero, a pesar de esa animadversión, al principio fuimos la única universidad ubicada en categoría A. Después hubo otras ubicadas en A, pero al principio fuimos la única.



Campus de la Universidad San Francisco de Quito (USFQ)

CZ: Entiendo perfectamente. La internacionalización ha sido uno de los ejes distintivos de esta universidad. Desde su punto de vista, ¿qué aprendizajes ha dejado esta experiencia sobre la inserción de las universidades latinoamericanas en estos procesos?

DQ: No puedo hablar en general de la universidad latinoamericana. Yo sé de otras universidades muy buenas en la región que también son internacionales: la [Pontificia] Universidad Católica de Chile, la Universidad de los Andes [de Colombia], también hay algunas en Argentina.

Para nosotros no existe calidad sin internacionalización. Inicialmente, el proceso se realizaba a través de universidades

estadounidenses. Por ejemplo, yo obtuve mi doctorado en la Universidad de Illinois. Uno de mis profesores, que era antropólogo, estudiaba en Ecuador, y fue quien nos puso en contacto con esta institución. Empezamos a recibir y a enviar alumnos, y a gente para que pudiera estudiar su PhD. Incluso, apoyamos a Rafael Correa para ello.

Asimismo, primero Santiago, y después otro profesor, Carlos Mena, salieron de Chapel Hill, Carolina del Norte. Tuvimos una muy buena relación. En conjunto, hicimos un campus en Galápagos: un centro de ciencia e investigación.

Al ser nuestro modelo, sigue habiendo mucho énfasis en las universidades norteamericanas, pero también nos estamos abriendo a otras latitudes. Por ejemplo, instalamos un campus en Valencia (España) y enviamos alumnos, lo cual nos ha ayudado a establecer contacto con la Universidad de Valencia. Recientemente nos visitaron del Politécnico de esa ciudad, de la EDEM (Escuela de Empresarios) y de otras universidades de Valencia y de Europa, en general. Queremos tener más apertura con ellos.

También estamos tratando de establecer contacto con Asia. Somos parte de una red de universidades asiáticas donde casi no existen instituciones de Latinoamérica. Por ejemplo, acabamos de recibir a un grupo de chicos brillantes de Singapur. Nuestro Instituto Confucio tiene relación con la Universidad China del Petróleo y con otros centros de educación superior.

En Oceanía existen universidades australianas que hoy forman parte del consorcio de Galápagos. Tenemos acuerdos con muchas universidades: recibimos y enviamos alumnos, ayudamos a las personas a estudiar su PhD y realizamos investigación en conjunto. Poseemos alrededor de mil quinientos proyectos con universidades en América, cerca de mil doscientos o mil trescientos en Europa y Asia, y alrededor de cuatrocientos en África.

Es un mapa muy rico de relaciones. De modo que, por un lado, hay investigación, y por otro, intercambio de alumnos y profesores. Casi todos nuestros docentes han estudiado fuera del país, alrededor del 80 % el PhD, la maestría, incluso el pregrado.

Asimismo, recibimos alrededor de mil estudiantes de Estados Unidos al año. A los nuestros los llevamos de viaje a Galápagos. Tenemos una estación en Tiputini. Anhelamos conseguir la presencia de gente de otros países en Ecuador.



Conversando con Diego Quiroga en la terraza de la Universidad San Francisco de Quito

Eso sí, somos un poquito débiles —y estamos tratando de fortalecernos— en Latinoamérica. Poseemos consorcios con Brasil y Chile. Trabajamos fuerte y ya tenemos más proyectos de investigación. La idea es abrir puertas a la cooperación e interacción entre diferentes culturas. Creo que, como ecuatorianos, debemos empezar a hacerlo.

CZ: ¿Cómo ve usted el rol de los *papers* como instrumento de conocimiento, de circulación de pensamiento e información?

DQ: Yo era deportista, nadador. Participé en competencias y no se podía decir que uno era nadador si no participaba en mundiales u olimpiadas. Con los *papers* es igual. Uno puede decir: «Yo soy el mejor científico del mundo», pero si no publica en revistas indexadas no lo es. Uno puede jurar que es el mejor físico, pero se debe preguntar antes: «¿Dónde has publicado?», «¿qué has hecho?».

Queramos o no, con todos los problemas que tienen los *papers* científicos internacionales, hasta el momento son el mejor sistema que se ha inventado al respecto. Es como decía Winston Churchill sobre la democracia, que es un pésimo sistema, pero es lo mejor que tenemos. Un poquito así es esto, porque permite ciertas medidas objetivas: medir el impacto obtenido, ver con quién te relacionas o revisar la indexación. El proceso fundamental para avanzar en la ciencia es el de *peer review* (revisión por pares). No se puede evitar, y si las universidades ecuatorianas quieren jugar en las grandes ligas, tienen que jugar ese juego con todos los defectos que tiene.

CZ: Y, entre paréntesis, ustedes tienen numerosas publicaciones, ¿no?

DQ: Sí, de todo tipo, entre seiscientas y setecientas al año. Generalmente somos quienes lideramos. A veces, también está la Escuela Superior Politécnica del Litoral y la Escuela Politécnica Nacional.

Hemos hecho un proceso interno y externo para calificar la producción académica y la producción creativa, así que tenemos nuestros estándares. Contamos, por ejemplo, con un fantástico colegio de música, de jazz, por el cual tenemos una muy buena relación con Berklee College of Music, en Boston, la universidad privada de música contemporánea más grande del mundo.

Son más fáciles los *rankings* para las politécnicas que para las universidades de artes liberales. ¿Cómo se califica una presentación en nuestro teatro o en la Casa de Jazz? Para el proceso tenemos varios criterios: si es una presentación aquí o una presentación internacional, si es un artista con fama local o con fama en Latinoamérica. De manera que se ha inventado un esquema para tratar de dar crédito y peso a disciplinas que no pueden seguir —o no deben seguir— el proceso de *paper review* de *Scopus*, el que más se usa con las revistas indexadas.

CZ: En definitiva, frente a directrices burocráticas y tecnocráticas, son una universidad que ha procurado preservar su identidad institucional, aunque haya significado múltiples tensiones.

DQ: Siempre ha habido tensiones con nosotros. Pero seré muy sincero, creo que es justo decir que fue mucho más en el pasado que en el presente. En la actualidad hay un ambiente mucho más abierto y adecuado. Antes sí era un infierno. Ahora se conversa con el Consejo de Educación Superior [CES], enviamos programas de maestrías, nos hacen un par de observaciones, las acogemos, nos devuelven, y ya.

Asimismo, nuestro sistema medio gringo nos lleva, en muchas áreas, a buscar acreditaciones americanas. No solo por la reputación, sino por normas más sensibles que las del CES o las del CACES [Consejo de Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior]. Por ejemplo, en ingeniería hay una asociación de universidades americanas llamada ABET [*Accreditation Board for Engineering and Technology*]. Algunas instituciones ya han buscado su acreditación. Nosotros tenemos siete u ocho carreras de ingeniería acreditadas por ABET. En ese sentido, el tema no es tan punitivo, sino, más bien, un acompañamiento académico. Todavía hay cosas que el sistema nacional puede aprender. Tampoco ABET ni otros sistemas son perfectos, pero se nota que hay una preocupación realmente académica: cómo mejorar el programa, cómo los estudiantes pueden aprender.

ABET es un sistema muy orientado hacia el proceso educativo del alumno. El interés se encuentra en la transmisión del conocimiento al alumno, en cómo aprende y realiza sus prácticas. De modo que tenemos procesos en medicina, en veterinaria, y estamos avanzando en otras áreas. En algún momento esperamos acreditar a la universidad a través de un sistema norteamericano. Va mucho más encaminado con nuestra filosofía.

CZ: Algo que ha sido recurrente a lo largo del diálogo es que la Universidad San Francisco tiene como modelo la universidad americana. ¿Cuáles serían esos aspectos que ustedes recogen?

DQ: Primero se encuentran las artes liberales. Para nosotros empiezan en Grecia, en la Roma clásica, pasan por la Edad Media y se expanden por Europa. Sin embargo, la universidad y el sistema europeo se olvidan un poco de eso. Lo he hablado con académicos europeos y muchos dicen que es verdad. Un poco de esta

«Un tema muy importante que tomamos de las artes liberales —y que hemos tratado de adaptar dentro de lo posible al sistema nacional— es la gobernanza. No hay elecciones generales en las universidades americanas ni en muchas europeas que conozco. El sistema de gobierno se produce a través del *board of trustees*, el consejo de administración o patronato»

tradición se recoge en Inglaterra; pero en Francia, España, Italia o Alemania lo olvidan por concentrarse en especialidades técnicas o científicas.

En las universidades de Estados Unidos hay una gama muy variada sobre artes liberales y, en general, un modelo en todo el país: la interdisciplinariedad, la formación del pensamiento crítico del estudiante y la posibilidad de permitirle cuestionarse, ser capaz de escribir y comunicarse, sin dogmas.

Un tema muy importante que tomamos de las artes liberales —y que hemos tratado de adaptar dentro de lo posible al sistema nacional— es la gobernanza. No hay elecciones generales en las universidades americanas ni en muchas europeas que conozco. El sistema de gobierno se produce a través del *board of trustees*, el consejo de administración o patronato. Nos parece un horror que todo el mundo vote y que haya política universitaria. En algunas universidades, incluso, votan para elegir decanos,



Jardín en el campus de la Universidad San Francisco de Quito (USFQ), Cumbayá; al fondo el Obelisco

como pasa en la Universidad de Santiago de Chile o en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Cambian decanos y se vuelve un rollo político. Nos parece mejor un sistema donde haya un grupo de regentes que piensen la universidad a largo plazo para darle estabilidad.

También hay otros aspectos como el sistema de créditos y la posibilidad de combinar carreras. Por ejemplo, si ustedes preguntan a nuestros graduados, muchos tienen doble especialidad, lo que los gringos llaman *double major*. Pueden salir de la

universidad con títulos con combinaciones como Administración de Empresas y Leyes, Finanzas y Física, Música y Física. Parece una locura, pero los estudiantes salen felices con su doble especialidad o con una especialidad y un *minor*. Todo eso les abre muchas posibilidades para desarrollar proyectos creativos.

Nos gusta este sistema, da apertura a los alumnos para que se encuentren y descubran su propio camino. Entonces, son varios los elementos que tomamos del sistema norteamericano, desde la gobernanza hasta la estructura académica y la filosofía.

Otra cosa que hacemos es decirles a los alumnos que no usen títulos. A veces se hace en universidades pequeñas, en las grandes no tanto. Parece una tontería, ¿no es cierto?, decirle a alguien que no puede llamarme doctor, que no puede llamarme ingeniero, que no pueden usarse títulos aquí. Lo decimos de verdad e insistimos hasta que lo entienden.

CZ: Se ve un poco anacrónico eso de lucir los títulos.

DQ: «Me tienes que decir doctor, yo soy doctor». Odiamos eso aquí. Nos cuesta con los médicos, nos cuesta con los abogados también. Los abogados empiezan a cambiar. Los médicos, imposible. Es una batalla perdida.

AMB: Bajo el complejo contexto social y político actual —no solo en Ecuador sino en el mundo—, todo está transformándose y, justamente, la universidad no deja de ser una base sólida para esas transformaciones. ¿Cómo ve usted a la universidad a largo plazo? ¿A diez o quince años?

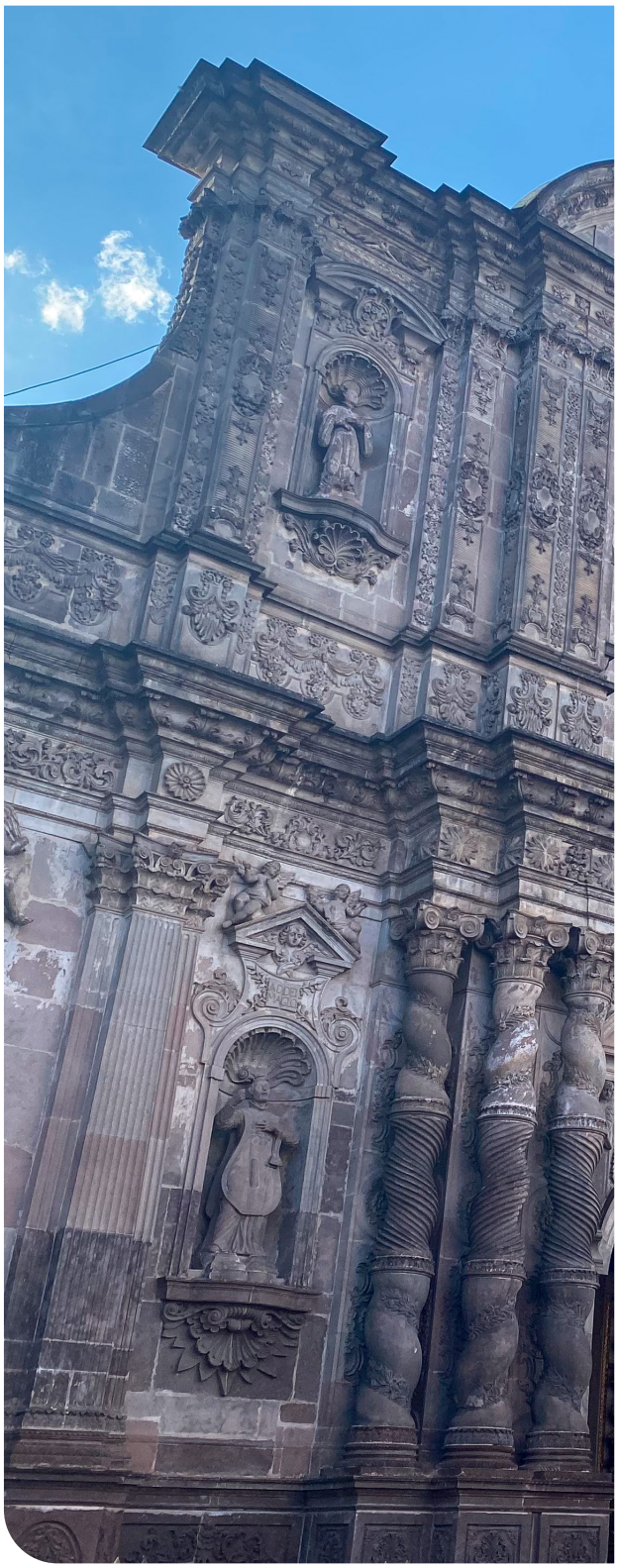
DQ: Desde el inicio hemos creído firmemente en el sector privado. Tiene que ser fuerte y dinámico para cambiar el país. Y nosotros debemos tener una respuesta acorde a las necesidades de información y de formación del sector privado. Por eso se peleaban tanto Santiago Gangotena y Carlos Montúfar con Rafael Correa, porque apostamos y creemos en eso.

Felipe Burbano de Lara maneja parte de esa relación con el sector privado, y también otras personas. Una de las cosas que me encantaría, a mí personalmente —y creo que a muchos de nosotros—, es ver un sector privado más dinámico, profesional y

«No queremos ser solo una politécnica, pero tampoco queremos ser solo una universidad de ciencias sociales. Queremos mezclar esas dos áreas: la parte técnica y tecnológica con la parte humana y humanista»

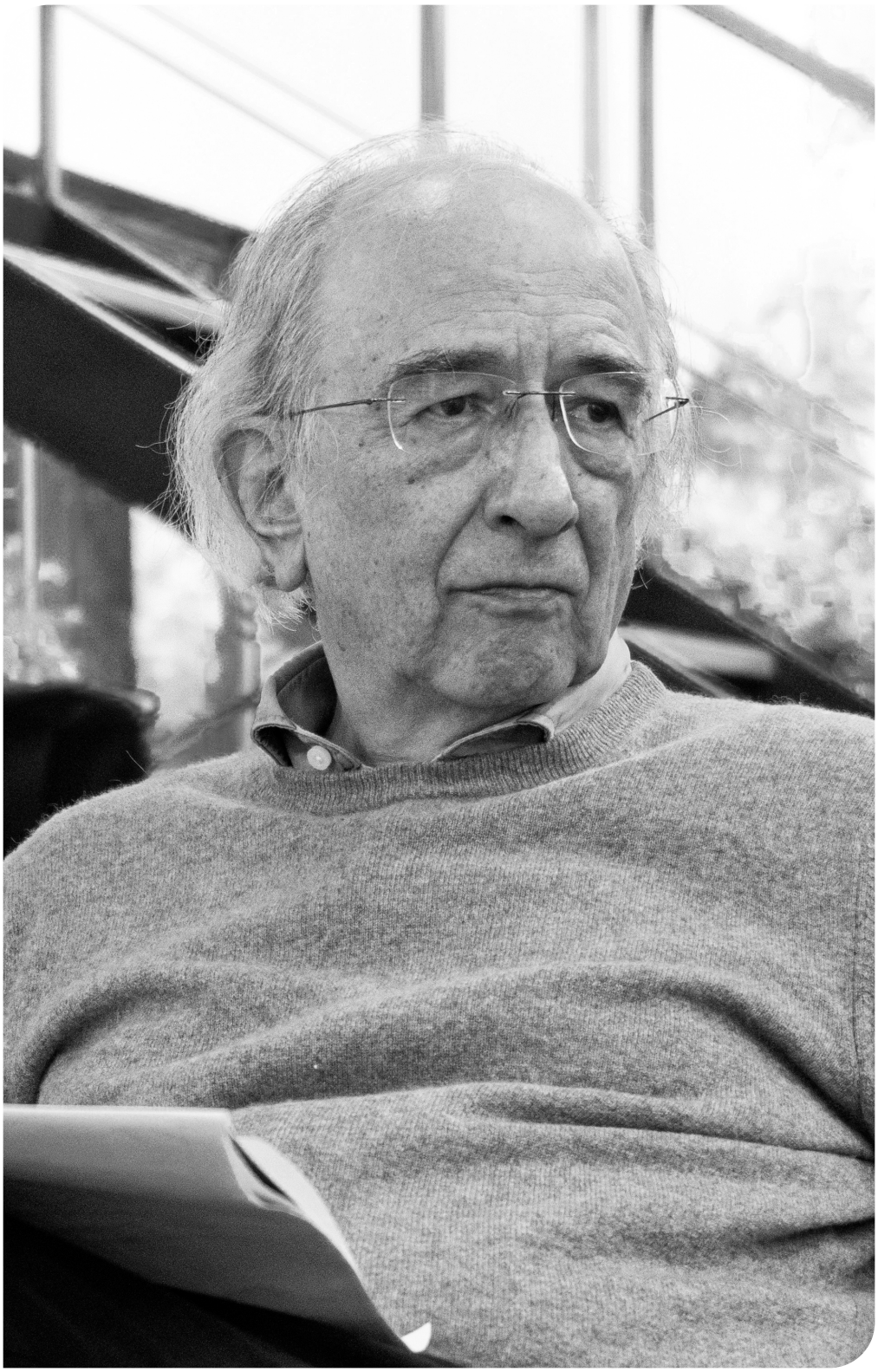
que apueste por la tecnología. Actualmente llevamos a cabo una charla con gente de Google sobre inteligencia artificial. Creemos que por ahí tiene que ir el país y queremos apostar a eso. No significa abandonar las bases humanistas. Necesitamos gente que comprenda la complejidad del país, que entienda la parte social.

No podemos descuidar eso. No queremos ser solo una politécnica, pero tampoco queremos ser solo una universidad de ciencias sociales. Queremos mezclar esas dos áreas: la parte técnica y tecnológica con la parte humana y humanista. Ahí hay un gran espacio para crecer: la tecnología y la inteligencia artificial van a cambiar el mundo, nadie lo puede negar. Pero no podemos olvidar los espacios para las humanidades y el arte. Las ciencias sociales deben tener una parte importante en ese desarrollo. Por ahí nos vamos a mover nosotros: con tecnología fuerte. Nos gusta mucho y tenemos muchas carreras en esa área. Nuestro colegio más grande aquí es el Politécnico, con diez ingenierías y dos carreras de ciencias, además de Biotecnología, Medicina y Microbiología. Pero también creo que nunca vamos a dejar de tener ese corazón de artes liberales, de filosofía y de pensamiento humanista que queremos proteger. ◻



Fachada de la Compañía de Jesús, en el Centro Histórico de Quito, obra cumbre del barroco andino, construida entre 1605 y 1765





«LOS TRES PRINCIPIOS BÁSICOS SOBRE LOS QUE SE ASIENTA LA UNIVERSIDAD SON LA AUTONOMÍA, EL COGOBIERNO Y LA LIBERTAD DE CÁTEDRA»

(Entrevista con Arturo Villavicencio, académico e investigador)

Martes, 10 de marzo de 2026, 16:00
Residencia del entrevistado, San Rafael, Quito

Arturo Villavicencio Vivar. (Loja, 1951). Ingeniero Eléctrico por la Escuela Politécnica Nacional (EPN) en Ecuador. Continuó su formación académica en Rusia, en la Universidad de Moscú, donde obtuvo su maestría en Ciencias en Física y Matemáticas, y posteriormente el posgrado en Economía Energética en la Universidad de Grenoble. Desarrolló su labor científica en el prestigioso Laboratorio Nacional Riso de Dinamarca dentro del campo del cambio climático y la planificación de recursos. En 1990 fue nominado por Dinamarca para integrar el Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC), a través del cual participó de manera directa en la redacción de los reportes mundiales de evaluación ambiental de 1996, 2001 y

2007; esta labor colectiva de la comunidad científica fue condecorada globalmente con el Premio Nobel de la Paz en 2007. En 2008 asumió la presidencia del Consejo Nacional de Evaluación y Acreditación (CONEA), marcando un hito histórico para el país al llevar adelante la evaluación y categorización de las instituciones de educación superior de Ecuador bajo el Mandato Constituyente N.o 14. Fue rector del Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN) de 2011 a 2102. Es profesor e investigador de la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB), Sede Ecuador.

Cristóbal Zapata (CZ): Arturo, empezamos reiterándole nuestra gratitud por acogernos.

Arturo Villavicencio (AV): No, gracias por la visita y por esta deferencia.

CZ: Para empezar, usted participó en las redes científicas internacionales vinculadas al Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático, un organismo que recibió el Nobel de la Paz en 2007. ¿Cómo cree usted que ha influido esa experiencia en su manera de comprender la relación entre ciencia, universidad, política pública y toma de decisiones globales?

AV: Bueno, en lo personal fue una gran experiencia, una experiencia única. El cambio climático es un tema que abarca muchísimas áreas del conocimiento, muchas disciplinas. Eso me abrió bastante la comprensión y el entendimiento de los problemas; incursioné en algunas áreas en las que no habría incursionado en otras circunstancias. Yo estaba en ese equipo, en el Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático, y era más o menos conocido ahí. No éramos muchos, pero me había dado a conocer un poco en ese espacio. Yo estaba en representación de Dinamarca, no del Ecuador.

Cuando había decidido venir al Ecuador, un colega argentino, que era presidente de la Fundación Bariloche, con quien hice muy buena amistad, me dijo: «Tienes un buen puesto aquí en Dinamarca, eres investigador, ¿por qué te regresas?». Hasta ahora es una pregunta que me hago. Le respondí: «Me voy al Ecuador

a trabajar, voy a tener algunas oportunidades para trabajar». Y él me dijo una cosa que me quedó grabada: «Ten en cuenta una cosa: nadie es profeta en su tierra». Un problema de las universidades es lo que yo llamo *feudalismo académico*: una persona que dirige una maestría o un departamento es el amo y señor absoluto, el que decide quién da clases, quién no, qué materias se deben dictar y cuáles no, eso es algo que me molestó mucho desde el principio.

Para mí, el cambio climático es uno de los problemas más graves que confronta la humanidad; pero yo creo que este problema se lo ha enfocado de una manera errónea, digamos, y esa es una de las causas porque estamos totalmente empantanados. Además, ahora, con todos los problemas que hay, ya ni se habla de cambio climático.

Por otro lado, la situación en Europa cambió mucho. Yo fui a Europa en 1990 y regresé en 2005, y vi un cambio radical allá: hasta finales del siglo pasado, los problemas eran otros; a partir de comienzos de este siglo, el problema de la migración es bastante grande. A pesar de que los daneses eran muy abiertos y receptivos... Uno es receptivo cuando tiene cien migrantes, pero cuando ya tiene cien mil, es otra cosa, ¿no? Entonces eso cambió radicalmente la sociedad.

Ana María Burbano (AMB): Arturo, como presidente del CONEA [Consejo Nacional de Evaluación y Acreditación en Ecuador], usted lideró el proceso de evaluación, acreditación y categorización del sistema universitario ecuatoriano en el marco del Mandato Constituyente N.o 14 de 2009. Este proceso se produjo en un contexto de cuestionamiento y generó cierta polémica, sin duda. Por primera vez, de manera sistemática, esta evaluación de la calidad institucional de las universidades del país creó un debate profundo sobre el rol del Estado, la autonomía universitaria y los mecanismos de evaluación de la calidad. Ello derivó en la categorización de las universidades y en la clausura de catorce de ellas y decenas de institutos superiores, en 2011. Mirándolo en retrospectiva, ¿cómo ve ese proceso, quince años después?

AV: Bueno, yo le diría que con el informe del CONEA que se presentó a la Asamblea Nacional, indudablemente, se abrió una nueva etapa en la vida universitaria del país. El informe del CONEA fue muy claro y tajante. Se hizo un diagnóstico de cuál era la situación de la universidad ecuatoriana. Era un clamor de la ciudadanía, porque me parece que se habían traspasado, de lejos, ciertos límites. Había un descontento general de la ciudadanía con respecto a la universidad y, sobre todo, los abusos que se estaban cometiendo eran flagrantes y evidentes. Cuando hablo de la universidad me refiero a todas las universidades, con las excepciones del caso, que fueron pocas.

Teníamos una comercialización de los títulos universitarios, una precarización de la docencia. Los profesores, prácticamente, trabajaban *ad honorem*, con cargas académicas muy grandes y salarios que ni siquiera cubrían la movilización, a veces en taxi. Investigación, por supuesto, nula, y una infraestructura realmente deplorable. De ahí la terminología que se usó y que estaba en boga en ese tiempo: *universidades de garaje*. No fue mía la frase.

Frente a todo esto fue necesario un Mandato Constituyente, el Mandato 14, que disponía al CONEA que hiciera una evaluación de las universidades. Pero lo interesante es que decía: «una evaluación para la depuración del sistema». ¿Qué significa depuración? Fue un término bastante debatido. Probablemente, depurar significa eliminar, limpiar. Entonces se hizo esta evaluación.

Yo había regresado al país después de vivir muchos años fuera y realmente me sentía un poco extraño a la situación nacional, y más aún a la situación universitaria. Cuando un grupo de amigos me propuso postularme como vocal del CONEA, yo les dije: «No conozco la situación universitaria, no estoy empapado. He estado ausente del país por más de quince años, incluso antes, porque trabajaba como consultor internacional». Estaba desligado no solo de la situación académica y del problema universitario, sino de los problemas del país. Pero me convencieron. Propusieron mi nombre y fui elegido por la Asamblea Nacional Universitaria; es decir, todos los rectores que se reunían de vez en cuando me eligieron delegado al CONEA.



Conversación en la residencia de Arturo Villavicencio, San Rafael, Valle de los Chillos

Luego, en la víspera de que se reúna el CONEA, me dijeron que me iban a nombrar presidente. Les dije: «No, no. Muchas gracias». Tenía un mal presentimiento. Después me arrepentí un poco por los problemas que tuve, pero me insistieron. Dijeron que si había regresado al país era para servirlo, así que por qué no aprovechar la oportunidad. Y bueno, fui elegido presidente del CONEA, y claro, la primera tarea era realizar esta evaluación, que era un mandato constituyente.

Entonces dije: «Voy a emprender esa tarea, la termino y me retiro». Y así fue, porque, además, tenía unos compromisos fuera del país que ya había adquirido antes.

Tuve muchos problemas, especialmente con las universidades. Creo que una de las suertes fue contar con el apoyo del equipo: no de todo el Consejo, porque había dos o tres personas que realmente estaban ahí para velar por los intereses de sus *universidades de garaje*. Pero, en cambio, estaban ahí Sergio Flores, Paco Salgado, Gabriel Pazmiño, gente que tenía peso en el sistema educativo universitario. Ellos sí me apoyaron.

El segundo factor para que esa evaluación tuviera éxito fue que introduje métodos y modelos nuevos para que fuera lo más transparente y vertical posible. Evidentemente, en una evaluación siempre hay juicios de valor, es inevitable.

El informe que realizó el CONEA indicaba que se debía clausurar o suspender a 26 universidades que no cumplían, ni de lejos, los estándares y las normas de lo que podría llamarse una universidad. Fue un impacto muy grande en la sociedad, porque no se esperaba un informe de ese tipo. Tuve muchísimos problemas. Presenté el informe a la Asamblea y ahí entraron en juego factores políticos muy serios. La resolución de la Asamblea fue que a esas 26 universidades se les haga una nueva evaluación en el plazo de un año.

Se hizo una nueva evaluación. Yo ya no estaba en el CONEA. Quienes tomaron la posta en ese momento me pidieron apoyo para los modelos de evaluación; querían usar los mismos. Y la resolución fue que se suspendiera a catorce universidades. Se suspendieron; pero, con sorpresa, veo que algunas siguen funcionando o reaparecieron.

Regresando a su pregunta sobre cómo veo ese proceso después de quince o dieciséis años, me parece que la reforma

«La idea de que la universidad debía ser un centro de emprendimiento, de innovación, de desarrollo de patentes y de formación de profesionales altamente calificados que iban a ser el soporte de la industria nacional, me parecía una especie de capitalismo académico»

universitaria a la que se suponía que daba inicio el informe del CONEA iba a tener una trascendencia mucho más amplia. Sí hubo una reforma, pero al poco tiempo me di cuenta de que el proceso quedaba algo trunco. Cuando el gobierno empieza a dictar la nueva Ley [Orgánica] de Educación Superior y todos los reglamentos, realmente no era esa la idea; primero, el Gobierno, con un desconocimiento absoluto de la historia de la universidad y de su aporte al país, ignora todo eso y dice: «Aquí hay que empezar desde cero; la universidad ecuatoriana no sirve para nada». Entonces comienza la idea de crear algo totalmente nuevo. De ahí la iniciativa de las cuatro universidades emblemáticas: la Universidad de Investigación de Tecnología Experimental Yachay en Imbabura, la Universidad Regional Amazónica Ikiam en Napo, la Universidad de las Artes en Guayaquil y la Universidad Nacional de Educación (UNAE) en Cañar.

Bueno, desde el momento que se decidió eso, intervine públicamente. Lo primero que dije: «Eso debilita totalmente a la universidad ecuatoriana». Por ejemplo, prácticamente, se suprimían las facultades de Ciencias de la Educación que habían sido uno de los pilares de las universidades en el país, de las universidades públicas y de las universidades grandes —la Universidad

de Cuenca, la Universidad Central, la Universidad de Guayaquil—; las facultades de Educación ya no tenían razón de ser porque eso iba a estar centralizado en la UNAE.

Después, digamos, estaba esa idea del entonces presidente Correa, de que lo que aquí había no servía para nada y de que había que adoptar modelos de universidades exitosas del exterior. Sus referentes eran la Universidad de Stanford, las universidades alrededor de un polo tecnológico como la de Silicon Valley y la de Incheon, en Corea. Es decir, universidades dedicadas a la tecnología de punta, porque, teóricamente, la tecnología de punta era la que iba a salvar el país, lo que me pareció nefasto. A eso yo lo llamé, sencillamente, un colonialismo académico.

La idea de que la universidad debía ser un centro de emprendimiento, de innovación, de desarrollo de patentes y de formación de profesionales altamente calificados que iban a ser el soporte de la industria nacional, me parecía una especie de capitalismo académico. Eso tuvo una repercusión muy grande en las universidades, tanto públicas como privadas, porque les cambió un poco la mentalidad.

Ahora, en las universidades, los centros que pasan a tener una supremacía académica, administrativa y de recursos en cuanto a asignación de presupuestos son los centros de emprendimiento e innovación —no me acuerdo cómo los llamaban—; se crean oficinas para la tramitación de las patentes que, supuestamente, iban a producir las universidades. Es decir, se altera la lógica y la esencia del espacio universitario. Y, paralelamente a todo eso, empieza un proceso de burocratización y control.

En las universidades, otro espacio que pasa a tener cierta supremacía son los centros de evaluación y acreditación. Tenían varios nombres según la institución. En ese tiempo ya no había el CONEA; crearon el CEAACES [Consejo de Evaluación, Acreditación y Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior] para los procesos de evaluación que iban a continuar. Entonces —y esto la universidad no lo entendió pronto—, la evaluación se convirtió en un mecanismo de control por parte del Gobierno sobre las universidades. Ya no importaban los reglamentos; el Gobierno se dio cuenta de que era una pérdida de tiempo hacer cumplir tal o cual disposición, así que el mecanismo directo fue la evaluación. Y como todas las universidades querían estar en el

tope, se implementaron esos procesos de manera coyuntural; en las universidades que estaban bien no existía ese tipo de preocupaciones antes. Por ejemplo, en la Universidad del Azuay, en la Universidad San Francisco, en las politécnicas, estos departamentos de evaluación adquirieron una importancia permanente.

Pero lo que me parece lamentable es que todo este proceso de evaluación y de mejoramiento de la calidad haya desembocado en eso. Es decir, la idea cuando dejamos el CONEA era que esa fase de evaluación puntual había terminado. Eso tenía que entenderse como un momento único que vivió la universidad ecuatoriana por la disposición del Mandato Constituyente N.o 14; luego debía empezarse un proceso no de evaluación propiamente, sino de acompañamiento y mejoramiento de la calidad de la enseñanza. Desgraciadamente, se siguió con una mentalidad evaluatoria, con una lógica de control que no era la idea original.

Otra de las políticas que se adoptaron —y que para mí también fue nefasta, no sé si se mantiene en la Ley Orgánica de Educación Superior— fue la creación de tipologías de universidades, lo cual fragmentaba el sistema de una forma asombrosa al clasificar a las instituciones como: universidad de investigación, universidad de docencia o universidad de educación continua.

¿Qué era eso? No estaba bien especificado ni definido; pero, si hubiera estado bien definido, significaba fragmentar la universidad ecuatoriana. La docencia nunca puede estar desligada de la investigación. Yo, como docente de una universidad, tengo que investigar continuamente para la materia que imparto, actualizar los planes de estudio, la malla curricular... todo eso requiere mucha investigación. Es decir, ¿qué es lo que está pasando?, ¿cómo se están desarrollando las nuevas disciplinas?, ¿qué orientación están tomando?

Uno de los mayores problemas o desafíos que enfrenta la universidad ecuatoriana es un déficit de tres principios básicos sobre los que se asienta la institución —o, por lo menos, la idea de universidad que algunos tenemos—: la autonomía universitaria, el cogobierno y la libertad de cátedra.

La autonomía universitaria es nula, porque los dos organismos que rigen la vida de las universidades —el Consejo de Educación Superior y el Consejo de Evaluación, o como se llamen— dependen del Estado, dependen del Gobierno.



Ana María Burbano y Arturo Villavicencio



Son instituciones prácticamente gubernamentales, porque el Gobierno tiene mayoría, y al tener mayoría, maneja esas instituciones como le place. Por eso digo: las universidades han perdido totalmente la autonomía.

Respecto al cogobierno, las universidades tienen derecho a administrarse internamente de acuerdo a lo que disponga cada institución —aunque debían hacerse ajustes para evitar la lógica de la universidad tipo gerente-propietario, ¿no?—; pero lo que pasa es que con la Ley Orgánica de Educación Superior es el rector el que elige los decanos.

El último desafío es la libertad de cátedra, que también se ha visto afectada. Eso lo sentí en la universidad donde daba clases, porque se quería aplicar, al pie de la letra, disposiciones totalmente burocráticas sobre el contenido de las asignaturas, la modalidad de enseñanza, los modelos pedagógicos que deben seguirse, etcétera.

Me parece que esos son tres problemas de la universidad que tienen que resolverse.

Pero, para mí, uno de los principales problemas es que la universidad no se ha pensado a sí misma: no se piensa la universidad, no reflexiona la universidad, no hay eso. La mayoría de instituciones no trasciende, no hay ningún debate, no hay ninguna reflexión ni discusión. Empezando por una cuestión tan elemental como el papel de la universidad en la sociedad. Todas hablan de calidad, y yo he dicho: «A mí no me nombren ese término, porque es totalmente ambiguo, vago, difuso, y no se puede aplicar a la universidad». La universidad tiene que regirse por el principio de pertinencia: qué pertinente es la universidad para el medio social que, en la práctica, la sostiene. Pero esos temas no se han discutido.

Y peor aún: hace unos años se le dio un golpe de gracia a la universidad. Cuando algunos reclamábamos la necesidad de rescatar la idea de universidad, vino este presidente Moreno —nefasto, por lo menos para la educación superior—, que ofreció crear cuarenta universidades, ¡Cuarenta universidades! Yo no quería creerlo, hasta que vi en los periódicos y en videos... Entonces promovieron reformas para que los institutos técnicos y tecnológicos pudieran optar por el estatus de universidad. Así, el concepto de universidad se diluye totalmente, se acabó. Es más,

ya no solo entregan títulos de ingeniería, sino que esos institutos técnicos y tecnológicos pueden otorgar maestrías técnicas o tecnológicas. Ahí dije: «Se acabó, me voy a dedicar a Netflix». Se convirtió en un horror, y la universidad no dijo absolutamente nada.

AMB: Y en este sentido, también tengo una preocupación frente a la política de permitir nuevamente el ingreso de universidades extranjeras y reconocer títulos de universidades virtuales.

AV: Ese es un problema bastante grave para la universidad: todo eso de las universidades a distancia, de las universidades virtuales, especialmente de las universidades de afuera. No se ha normado ni se ha regulado eso; de alguna manera tenía que regularse, porque es una estafa absoluta. Puede haber universidades que, efectivamente, tienen programas a distancia. Usted tiene, por ejemplo, la universidad de La Rioja (UNIR). ¿Qué tan buena es esa universidad? Me parece que es una universidad creada para el mercado latinoamericano o ecuatoriano. El problema es que, a falta de reglamentación, de regulaciones que rijan el funcionamiento de ese tipo de establecimientos, la universidad ecuatoriana se ha puesto a competir con eso. El otro día escuché en una radio a una universidad que ofrecía maestrías en combo: dos por una. Todo eso me da una idea de lo mal que está el sistema ecuatoriano.

AMB: ¿Cómo desarrollar pensamiento crítico y democracia en este contexto social y político nacional e internacional tan complicado?

AV: Yo me acuerdo cuando estaba en la universidad—porque hice unos años de universidad aquí—, cuando había algún problema grave o serio en el país, cuando las cosas estaban un poco candentes, usted leía en *El Comercio* o en *El Universo* toda una página con el planteamiento de la Universidad Central frente a tal problema, porque tenía un peso bien grande. Ahora ni de chiste; estamos ausentes.

AMB: ¿Cómo mira la presión y la exigencia de las publicaciones internacionales y los *rankings* de publicación?

AV: Yo escribí sobre esa cuestión tratando de decirles: «Por favor, no caigamos en eso». Lo de las publicaciones, los *rankings* de publicaciones, las revistas indexadas y las categorías de publicaciones... Detrás de todo eso hay un interés comercial de grandes editoriales y empresas a nivel mundial. Hice un poco de investigación sobre el tema para mirar de qué se trata, qué hay detrás, cómo influye en las universidades, en la producción de los profesores y toda esa cuestión.

El problema es que, nuevamente, todo eso se diluye porque, ahora, con las facilidades de la inteligencia artificial, usted puede escribir cualquier artículo en un día. Yo, simplemente, le doy el tema. Si usted es cuidadosa, puede entrar, corregir un poco la sintaxis, acomodar alguna cosa y ya tiene un artículo.

CZ: A propósito, ¿cuáles considera usted que son las ventajas y los riesgos de la IA en el ámbito académico? Creo que este es uno de los desafíos latentes para la universidad en la actualidad.

AV: En general, yo creo que la inteligencia artificial es un elemento muy importante y positivo para el desarrollo de la universidad y para la enseñanza universitaria. Brinda la posibilidad de un aprendizaje personalizado para los estudiantes, tutorías automatizadas, asistencia virtual cuando el estudiante lo necesita y, en cuanto a la creación de contenidos, ayuda a formular exámenes, asignaturas o nuevo material audiovisual. Ahora, los estudiantes pueden interactuar con tantas plataformas y recursos... Me parece que es una herramienta muy importante.

¿Cuál puede ser el lado negativo? Uno de los aspectos en los que la inteligencia artificial puede afectar —ya no a las universidades, sino a los docentes— es que muchos puestos en la universidad se vuelven redundantes; por ejemplo: los asistentes de cátedra o ayudantes en general, porque con la inteligencia artificial, su trabajo lo puede realizar el profesor mismo. A la docencia también le puede afectar, la carga de trabajo para los profesores puede disminuir. Entonces, un profesor que antes





«Ese es un problema del que debería estarse ocupando la universidad: la relación entre la inteligencia artificial y la supresión del empleo en general. Eso me parece gravísimo. Hay problemas sociales tan grandes porque estamos en un cambio del modelo de acumulación capitalista»

cubría dos o tres materias, ahora, en algunos casos, puede cubrir cuatro o cinco, y eso va a desplazar puestos de trabajo. Ese es el principal problema de la inteligencia artificial.

Y ese es un problema del que debería estarse ocupando la universidad: la relación entre la inteligencia artificial y la supresión del empleo en general. Eso me parece gravísimo. Hay problemas sociales tan grandes porque estamos en un cambio del modelo de acumulación capitalista. No es el capitalismo con el que hemos venido conviviendo el que va a continuar, sino que hay una concentración inmensa de riqueza. Estamos ante una tecnoligarquía, en pleno tecnofeudalismo. ◻


REDIEGO



Teatro Nacional Sucre, en Quito, uno de los teatros de ópera más antiguos de Sudamérica, inaugurado en 1886



«LA CALIDAD DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR NO PUEDE SER VALORADA SOLO POR PUBLICACIONES O POR LA VINCULACIÓN, SINO POR SU RELACIÓN CON LAS NECESIDADES SOCIALES»

(Entrevista con Mariana Lima-Bandeira, coordinadora académica de la Universidad Andina Simón Bolívar)

Jueves, 16 de abril de 2026, 10:00
Biblioteca de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Quito

Mariana Lima-Bandeira. Nació en Río de Janeiro, Brasil. Se graduó de economista en 1992 por la Universidad del Estado de Río de Janeiro. En sus estudios de posgrado cuenta con una maestría *strictu sensu* en Administración con mención en Gestión de Recursos Humanos por la Universidad Federal de Minas Gerais y el título de doctora en Administración por la Escuela Brasileña de Administración Pública y de Empresas de la Fundación Getulio Vargas en Río de Janeiro. Ha sido profesora de posgrado e investigadora invitada en reconocidas instituciones de la región como la Universidad Nacional Mayor

de San Marcos, la Universidad de Lima, la Universidad de Trujillo y la Universidad de Binghamton. Se incorporó formalmente a la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB), Sede Ecuador, en 2007, institución en la cual ha desarrollado su labor académica e investigativa más reciente. Entre 2009 y 2010 formó parte activa del grupo de investigadores y del comité técnico del Consejo Nacional de Evaluación y Acreditación de la Educación Superior (CONEA) dentro del proceso de evaluación de las universidades ejecutadas bajo el Mandato Constitucional N.o 14. Entre 2011 y 2016 se incorporó como consejera al extinto Consejo de Evaluación, Acreditación y Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior (CEAACES), tras ser seleccionada mediante concurso público de méritos y oposición. Actualmente se desempeña como coordinadora del Doctorado en Administración y lidera los programas de Especialización Superior y Maestría Profesional en Gestión del Talento Humano en la UASB.

Ana María Burbano (AMB): Marianita, podría comentarnos ¿cómo llegó a Ecuador?

Mariana Lima-Bandeira (MLB): Siempre hay una historia de amor. Te puedo decir que soy graduada en Economía, que soy economista. Mucha gente piensa que soy psicóloga, pero no; tengo un vínculo muy fuerte con lo social y lo humano. Siempre he buscado el bienestar de las personas a las que pueda influenciar. Entonces, soy economista con ese enfoque más social, y mi carrera académica inició cuando empecé la maestría, a la que me metí sin saber bien lo que era. En la década de los noventa empezaron los procesos de evaluación y acreditación, y de fomento al desarrollo de ciencia y tecnología en Brasil. Yo participé en todo, no como actor o agente, sino más bien como alumna. Cursé la maestría en Administración con énfasis en Recursos Humanos, pero este énfasis lo elegíamos durante el proceso.

Mi proyecto de investigación estaba enfocado en el marketing, en el comportamiento del consumidor. Nosotros, como alumnos de maestría, no solo teníamos beca, sino ayuda para publicar e ir a congresos.

Yo participé en una época de oro (ahora hay recortes de esto también en Brasil) y me gustó tanto que, al salir de la

maestría, ingresé a la universidad como profesora júnior, nivel menos cinco. Empecé a manejar grupos de ochenta alumnos.

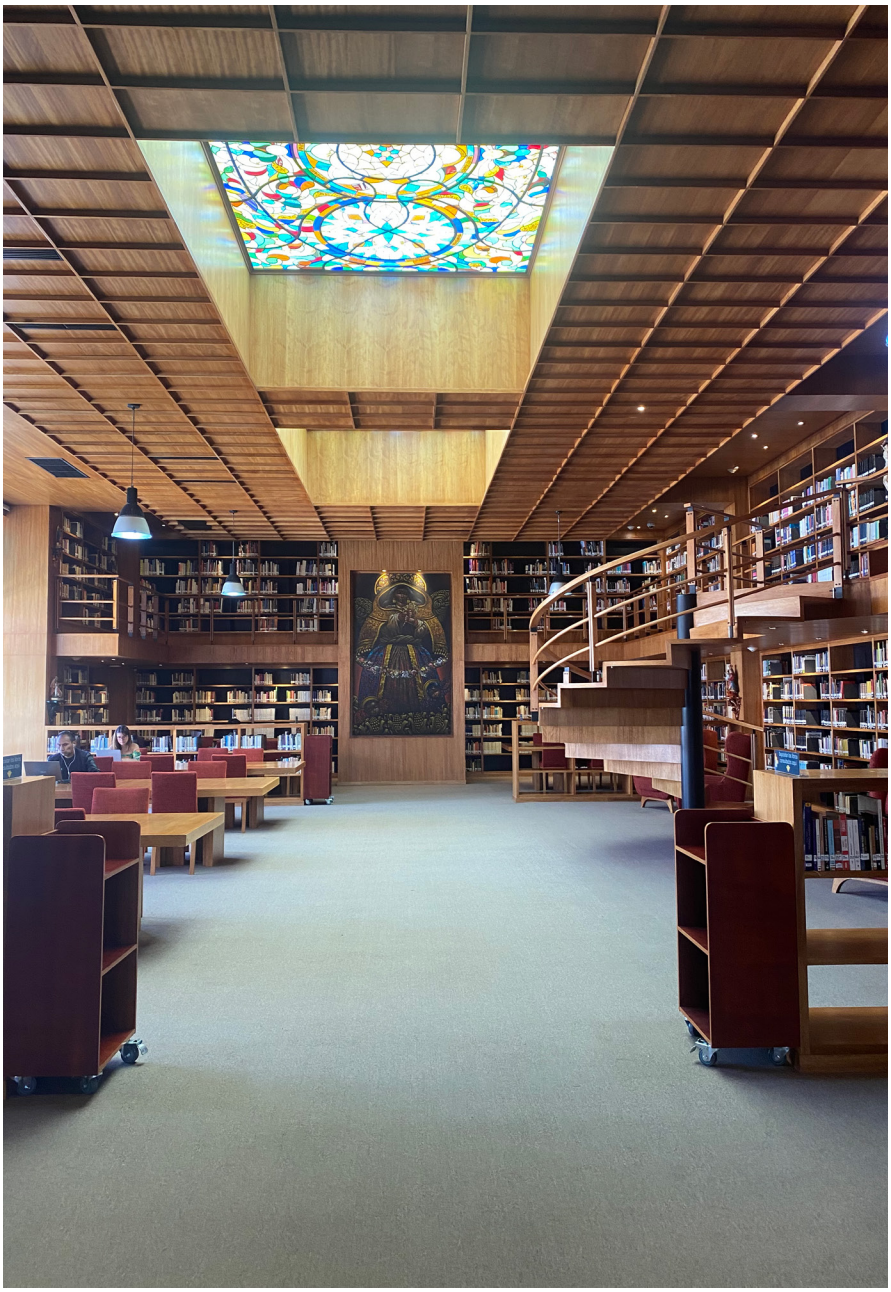
Recuerdo que un día compré un micrófono con mis propios recursos. Yo quería, de verdad, que todos me escucharan, porque solo los que estaban adelante (el 10 % de la clase) me podían oír. Lo compré y la gente se quedó feliz con esas innovaciones: me ponía en la mitad del aula, hacía trabajo en grupo... Me fui inventando y me gustó tanto que quise ingresar al doctorado en la Fundación Getulio Vargas; no quería cualquier doctorado, me metí eso en la cabeza. Y así fue: postulé a la fundación y fui aprobada también con beca. Era una época en que había presupuesto, nos financiaban viajes, por ejemplo, y empecé a ir a congresos internacionales.

Después de graduarme como doctora, salí de Brasil. Estuve viviendo en Perú, después vine a Ecuador y luego regresé a Brasil a hacer mi posdoctorado. Aún estoy muy cercana a la academia brasileña, no solo a la de Administración, sino también a la parte crítica de Estudios organizacionales y de desarrollo. Fue ahí que se conjugó todo. En Administración trabajo mucho con las cuestiones de grupo, participación y motivación grupal; no me refiero a un tema solamente individual. Quise ingresar a la psicosocial, pero todavía me faltan conocimientos para eso, así que me mantengo en la visión sociológica de las organizaciones.

En el doctorado conocí a mi esposo, un ecuatoriano, y me enamoré porque me recitaba pasillos, canciones de Julio Jaramillo. Me los recitaba como poemas porque no sabe cantar, pese a que tiene muy buen oído para la música e identifica los ritmos increíblemente bien. Me enamoré y empezamos un romance.

A él lo invitaron a Perú para hacer un trabajo y yo me fui con él; terminé allí mi tesis de doctorado sobre el sistema de educación superior de Perú y cómo se deben institucionalizar esas normas —que hasta ahora no se institucionalizan, por si acaso.

En ese momento había también un intento de hacer una evaluación del sistema de educación superior, un inicio de esos procesos voluntarios de acreditación y evaluación que no ocurrieron, que no fueron asimilados por las autoridades de las universidades. Mi tesis era justamente sobre el vacío institucional en un momento de transformación. Lo que yo conseguí «probar»



Biblioteca de la Universidad Andina Simón Bolívar, (UASB), Sede Ecuador, Quito

—entre comillas *probar*, porque mi tesis era más cualitativa— fue que, en verdad, en ese proceso de transformación no existía un vacío institucional como decía la teoría, sino una mezcla, un desorden institucional: entonces podías usar la ley a tu conveniencia. Así eran las universidades desde la perspectiva de los profesores que fueron entrevistados en mi tesis. Trabajé con análisis del discurso, que fue un ejercicio muy, muy interesante.

Cuando llegué a Ecuador empecé a trabajar en el diseño de la Maestría en Gestión del Talento Humano para la Universidad Andina, porque Fernando, mi esposo, ya conocía la institución y me presentó al director del área. En verdad empecé a trabajar todavía viviendo en Perú. Estaba feliz de la vida diseñando un programa de maestría por primera vez. Tuve que investigar formatos y otros modelos; en esta época, la internet no era tan accesible como ahora.

Ahora diseñas un programa de maestría con inteligencia artificial, le pides este modelo y te sale. En ese entonces duró más de un año porque tenía que intercambiar muchos correos con Alfonso —el director del área de Gestión en la Andina—, un hombre con una visión y un corazón inmensos. Él leía, revisaba, y me regresaba los textos, porque quería una maestría en Administración de Recursos Humanos enfocada desde la gestión, no desde la psicología organizacional. Creo que encajé bien.

Cuando regresamos a Ecuador, en 2007, fui contratada como coordinadora de este programa. En la misma época, mi esposo diseñó el Doctorado en Administración, que fue aprobado por los organismos de la época y desarrollado tanto con Alfonso Troya como con Enrique Ayala, quien entonces era el rector.

Tuvimos la primera cohorte en 2007. Fue ahí que conocí a un actor principal en este proceso que me llevó al CONEA para ser parte del equipo del Mandato 14, en 2008: Eduardo Morán, un exalumno de doctorado que infelizmente falleció. Él conocía a Arturo Villavicencio y a Nelson Subía, y me invitó a ser parte de un equipo de investigación al que luego se unió Arturo.

AMB: El proceso del Mandato 14 contó con una estricta fase de investigación y de diseño metodológico para la evaluación. ¿Qué hechos o experiencias marcaría usted como los principales hitos del proceso?

MLB: Para mí, Arturo es una de las estrellas de todo el proceso de transformación de este país, porque sembró ideas que socavaban el engranaje de la costumbre, dominado por la autocomplacencia. Él puso sobre la mesa cómo están las universidades, los criterios y todo lo demás.

En segundo lugar, impulsó una metodología fantástica que, a mi juicio, funciona hasta hoy: la metodología de múltiples criterios, porque entendimos que una decisión de esa magnitud no puede ser tomada por una sola persona o bajo una sola mirada. Es decir, la calidad de la educación superior no puede ser valorada solo por las publicaciones o por la vinculación, sino por su relación con las necesidades sociales.

La sociedad tiene que definir el peso de cada una de las variables que necesita. Ahora bien, para que la sociedad defina eso tiene que estar educada, entender el sistema y comprender cuál es el verdadero valor de la educación superior, porque los ciudadanos solemos ser muy susceptibles a lo que dicen los presidentes, las autoridades o las figuras públicas.

Fue una experiencia bellísima. Pude aprender mucho con Arturo durante la construcción de este modelo, incluso sobre docencia. Por ejemplo, hoy en día utilizo modelos multicriterios para evaluar mis clases. Me pareció fabuloso entender eso como metodología tanto para la docencia como para la investigación.

Para construir este modelo hubo un equipo en el que nos dividimos por grupos responsables de investigar un tema específico, por ejemplo, para conceptualizar la vinculación con la sociedad. Con el informe del Mandato 14 nos dimos cuenta de que existía una diversidad increíble en las prácticas organizacionales y académicas de las universidades; incluso lo que se entendía por *calidad académica* variaba enormemente. Tanto es así que la clasificación en A, B, C y D no buscaba estigmatizar a ninguna institución. En principio, como grupo jamás pensamos que eso fuera a pasar; se trataba de ofrecer una retroalimentación para que las universidades pudieran entender qué tipo de institución necesitábamos como país.

AMB: A partir de la Constitución de 2008 y del Informe del Mandato 14, el Estado asumió, por primera vez, un rol protagónico como ente garante de la calidad de la



Conversando con Mariana Lima-Bandeira en la Biblioteca de la Universidad Andina Simón Bolívar

educación superior. ¿Considera que se produjo una redefinición del concepto de autonomía universitaria a partir de esta intervención estatal?

MLB: Creo que sí hubo una redefinición del concepto de autonomía universitaria debido a la intervención del Estado en esa época, pero considero que ya regresó a lo que había antes porque no fue un proceso sostenible. No se pudo sostener debido a las presiones institucionales del propio sistema.

De lo que recuerdo, por ejemplo, a mí me llamó mucho la atención que en una de las instituciones que visité durante la ejecución del Mandato 14, las autoridades estaban convencidas de que estaban haciendo un buen trabajo. No creo que todas las universidades que en esa época sufrieron el cierre actuaron por mala fe.

«Yo creo que el empresariado y las industrias ecuatorianas, si contaran con profesionales provenientes de universidades un poco más críticas y con una formación más consciente del desarrollo científico, serían más productivos. Esto no es un gasto, es una inversión»

AMB: ¿Cómo impactó la presión de la evaluación y la acreditación en el desarrollo de la investigación universitaria y de la publicación científica dentro de las universidades?

MLB: Mi opinión es que desde el inicio no se entendió bien la diferencia entre investigar y publicar los resultados de una investigación. Hay mucha producción de artículos sin una investigación real por detrás. Y ahora, con el uso de la inteligencia artificial, lo veo aún más.

Como editora de revista, recibo algunos *papers* elaborados con IA (ahora menos, porque estamos ya con políticas claras al respecto). Pero creo que esa confusión entre publicación e investigación ha estado presente desde el comienzo, y no hay decreto presidencial que pueda cambiar eso, porque es parte de la formación. Bueno, Ecuador terminó saliendo como uno de los que más pagan por publicar.

Para evaluar los programas también se necesita a académicos que entiendan la lógica universitaria y sepan cómo valorar las publicaciones de distintas áreas.

Y otra cosa que me preocupa: un Estado, para realizar este tipo de intervenciones, debería pensar también en incentivos, becas y fomento a la investigación.

El Estado en esa época —y me imagino que ahora sigue igual— le transfirió a la universidad el rol de fomento a la investigación. El Estado tiene que pensar, o debería pensar, en invertir en ciencia; por ejemplo, abriendo convocatorias a fondos concursables. En el continente, Brasil y México son los países que más han fomentado la investigación. Chile también tiene fondos, al igual que Colombia, a pesar de todas las dificultades. Son los países que más publican, pero no lo hacen solo por publicar: publican investigaciones que están marcando una diferencia en la ciencia. Yo creo que el empresariado y las industrias ecuatorianas, si contaran con profesionales provenientes de universidades un poco más críticas y con una formación más consciente del desarrollo científico, serían más productivos. Esto no es un gasto, es una inversión.

AMB: ¿Cómo articular mejor la labor investigativa de las universidades de la región a las necesidades de su entorno social?

MLB: Este es un tema muy complejo. En Brasil hay pocas universidades que logran esta conexión entre investigación, vinculación con la sociedad y docencia. Muy pocas.

Primero tenemos que combinar las competencias de los docentes, el fomento estatal y el apoyo de la universidad al integrar esta política institucional; pero también se necesita dinero para este desarrollo: si no es el Gobierno, tienen que ser fondos internacionales o la propia universidad la que asuma esa misión. No es algo fácil. Creo que existen algunas iniciativas —que he observado también desde lejos— que están funcionando; pero son puntuales, porque demandan una articulación estrecha con el sector público y con las personas. Al final, tenemos que ser capaces de justificar que las investigaciones van a producir una verdadera transformación social.

El sistema latinoamericano de educación superior se fortaleció bastante en los últimos años. Es más protagónico porque salió de su propia región para dialogar con otras academias.

Además poseemos recursos naturales que interesan a Europa y a los países del Norte. Más allá de una mirada colonial sobre estos procesos de investigación, me parece que sí se han



Colores sinuosos, vitral de Patricio León en la Universidad Andina Simón Bolívar



«La gran deuda sigue siendo invertir más en ciencia para generar un mayor impacto social y territorial»

comenzado a valorar, por ejemplo, los saberes ancestrales y las biotecnologías que estamos produciendo aquí. Las publicaciones nos ayudan a ganar esa visibilidad, y creo que hoy, Latinoamérica forma parte de los intereses globales. Se nota, por ejemplo, en el movimiento europeo interesado en la conservación de la Amazonía.

La gran deuda sigue siendo invertir más en ciencia para generar un mayor impacto social y territorial. No podemos pensar que nuestra ciencia es para un mundo ajeno: nuestra ciencia tiene que ser para nuestro propio entorno y, por supuesto, servir también a un desarrollo metodológico y conceptual más amplio.

AMB: Se ha insistido mucho en la necesidad de integrar redes académicas que permitan fortalecer la identidad y la pertenencia de la educación superior. Como especialista en desarrollo organizacional, ¿cuáles considera que son las dinámicas de diálogo, cooperación y reflexión que aún faltan por desplegar?

MLB: Hace un tiempo leí un texto de Michel Fiol, el académico francés, donde analizaba los procesos de toma de decisiones de los directivos latinoamericanos. Él planteaba algo muy interesante: uno de los rasgos de la gestión regional es postergar las decisiones mediante la creación de comités. Se crean comités y el asunto se dilata para no asumir la postura.

Por eso veo que trabajar en red implica tres elementos clave: decisión, autonomía y acción. Fomentar estas tres características en nuestra cultura es imprescindible. Uno no puede integrarse a una red de manera pasiva o esperando que la otra persona le diga qué hacer. Es necesario tener algo que aportar

y saber cómo contribuir. Trabajar de forma colaborativa exige intención, autonomía e iniciativa.

AMB: Ello genera un beneficio mutuo, además de un acuerdo.

MLB: Sí; y también iniciativa, acción y colaboración: «Yo voy a colaborar». La red tiene una horizontalidad en su concepto, no es una jerarquía. Por eso, uno no puede entrar en una red pensando que es la base de la pirámide o el mando medio. Me parece que antes deberíamos discutir qué es una red desde su concepción para saber si esa estructura nos sirve o no.

AMB: En el actual contexto social y político: ¿cómo imagina a la universidad ecuatoriana en los próximos años y qué tipo de interlocución debería propiciar en este entorno?

MLB: Veo que la universidad ecuatoriana está muy pasiva y receptiva ante las presiones por generar ingresos —lo cual, obviamente, es necesario para sostenerse y pagar sus sueldos—, por eso, muchas instituciones están ajustando sus planes de estudio, para adaptarse a esa lógica de mercado. Lo que estamos fomentando hoy generará, en diez o quince años, una población con una visión a muy corto plazo de lo que significa formarse.

Pero también se necesita solidaridad: algunas universidades van a tener que apoyar a otras, porque si no... Mira, hay universidades que están pagando el sueldo básico a sus docentes y los hacen trabajar cuarenta horas semanales; es decir, regresamos a la situación del año 2000.

Veo a Cuenca —y no lo digo solo porque ustedes estén aquí— mucho más comprometida con la calidad de la educación, junto con una que otra universidad de la Costa y algunas de Quito, entre ellas la Universidad Andina.

Si la universidad ecuatoriana, realmente, quiere transformar su entorno y el país, esa interlocución debería buscar, en primer lugar, cómo financiar la investigación (sin pretender abarcarlo todo, porque ese afán de *todólogo* también me parece peligroso).

Hay que buscar el fomento a la investigación y, sobre la base de esa legitimidad, dialogar con el Gobierno para impulsar transformaciones. ◻



Calle Pichincha, en el centro de Guayaquil. En primer plano, la Universidad de las Artes (antiguo Palacio de la Gobernación), al lado, el Palacio Municipal


GUAYAQUIL
FRENESÍ PICTÓRICO
Sueña



«LA UNIVERSIDAD NO SOLAMENTE TIENE QUE PREOCUPARSE DEL ESTUDIANTE HASTA GRADUARSE, SINO TAMBIÉN DESPUÉS»

(Entrevista con Joaquín Hernández, rector de la Universidad Tecnológica ECOTEC)

Miércoles, 11 de marzo de 2026, 15:00
Rectorado de la Universidad Tecnológica ECOTEC, Samborondón

Joaquín Hernández Alvarado. (San Salvador, El Salvador, 1948). Inició sus estudios en la Universidad de San Salvador (El Salvador) y los continuó en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), donde obtuvo una licenciatura en Filosofía y una maestría en Filosofía Contemporánea. Además, es doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha escrito numerosos artículos de opinión y libros especializados en filosofía, pensamiento crítico y corrientes continentales. Cuenta con una trayectoria de más de 45 años en la educación superior en Ecuador. Durante varias décadas ejerció como profesor principal en la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica Santiago de Guayaquil (UCSG), y se ha desempeñado en puestos directivos y estratégicos universitarios, tales como vicerrector, y luego rector de la Universidad de Especialidades Espíritu Santo (UEES) entre 2014 y 2024. En 2024 fue nominado al Premio Nacional Eugenio Espejo. Actualmente es el rector de la Universidad Tecnológica ECOTEC.

Cristóbal Zapata (CZ): Joaquín, me imagino que esto lo habrá contado muchas veces y sé que la respuesta merecería muchas páginas, pero quisiera que intente un resumen autobiográfico. Usted es salvadoreño, y a mucha honra por lo que veo en su oficina. ¿Cómo llegó al Ecuador?

Joaquín Hernández (JH): Bueno, la historia está contada en un libro que deseo obsequiarles. Me encantaría que lo tuvieran en la biblioteca de su universidad, porque, en parte, las discusiones que dieron origen a ese libro fueron los encuentros de filosofía en Cuenca, cuando asistíamos a las dos universidades, tanto a la Universidad del Azuay como a la Universidad de Cuenca. En esos cafés inolvidables discutíamos sobre filosofía latinoamericana, y esas fueron, como quien dice, las bases de lo que después sería mi tesis doctoral —que presentó la Pontificia Universidad Católica del Perú—, precisamente sobre filosofía latinoamericana.

Respondiendo a la pregunta, yo ingresé a la Compañía de Jesús, en Centroamérica. Cuando terminé mi etapa de noviciado, dentro del pensum de la Compañía de aquel tiempo había estudios de humanidades clásicas y de filosofía. Luego venía la etapa del magisterio. Estábamos en los tiempos del Concilio Vaticano II, una época de muchos cambios. Hubo un cambio en las asignaturas, en las visiones, sobre todo en torno al pensum, y había algunos lugares para estudiar, uno era Quito. ¿Por qué? Por la herencia de Aurelio Espinosa Pólit, que había formado generaciones enteras de jesuitas centroamericanos. Su huella había quedado marcada de manera indeleble, de tal forma que muchos se acordaban más de la formación de Aurelio Espinosa que de los años de filosofía en la San Gregorio [la antigua universidad jesuita en Quito].

Entonces hubo una discusión: que si nos íbamos a México, que si nos quedábamos en San Salvador, que si íbamos a Quito. Éramos tres en ese momento, y al final se tomó la decisión de ir a estudiar a Quito; eso fue el 10 de agosto de 1968, cuando el doctor Velasco Ibarra iniciaba su quinto periodo de gobierno.

CZ: Es decir, la suya ya es una estadía larga en el país.

JH: Pues sí, porque desde esa época hasta la actualidad —aunque he ido a El Salvador—, todo mi tiempo ha transcurrido aquí. Los primeros cinco años en Quito fueron muy importantes. Me permitieron entender la complejidad de los ecuatorianos. Además, era un Quito muy memorable, ¿no? Un Quito previo al descubrimiento petrolero, una ciudad donde estaban grandes figuras. Pude trabajar como secretario de Hernán Malo, que en esa época se desempeñaba como rector de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Posteriormente se me ofreció venir a Guayaquil. No sé si se van a reír: se me ofreció el cargo de gerente de ventas de Automotores y Anexos, cuyo gerente regional era Rodrigo Malo González, hermano de Hernán. Le había parecido interesante mi forma de trabajo por un asunto que le resolví, de libros, básicamente. Dijo: «Si este es bueno en eso, seguramente será bueno para esto». Entonces vine a trabajar. Rodrigo me consiguió el puesto de profesor titular de la [Universidad] Católica de Guayaquil, que en ese momento llevaba a cabo una transformación. Acababa de romper relaciones con la Iglesia. Había todo un movimiento de gente que estaba queriendo *hacer universidad*, gente joven, que después marcaría la escena política de los años setenta, ochenta, noventa...

Fue muy interesante. No había carrera de Filosofía, pero había carrera de Psicología. A mí me tocó impartir Filosofía, materia que yo introduje. Cada cierto tiempo me ponía en contacto con Quito, con todas sus novedades. Por supuesto, también con los encuentros internacionales en Cuenca. Ahí estaban Enzo Mella, el propio Arturo Roig (quien es el tema de mi libro), Horacio Cerruti (que estuvo en Cuenca mucho tiempo), además Claudio Malo (fundador de la Universidad del Azuay) y Mario Jaramillo (rector de la Universidad del Azuay).

Ana María Burbano (AMB): En esa época que nos comenta se produjo una expansión del sistema universitario en la región y también en el Ecuador; y posteriormente, desde las propias universidades, se planteó la necesidad de cuidar la calidad. Con la suficiente distancia temporal, ¿cómo interpreta la evolución del sistema de educación superior ecuatoriano y de la evaluación de su calidad?





Interior del Edifico Administrativo de la Universidad Tecnológica ECOTEC, Samborondón



Campus de la Universidad Tecnológica ECOTEC

JH: Hay varios temas ahí. La expansión de las instituciones de educación superior que aumenta el número de estudiantes responde a una corriente en toda América Latina, y esa corriente responde, en parte, al crecimiento económico y, también, al crecimiento familiar de la época.

Quizá, lo que en aquel momento se tomó como una señal de que la justicia y la equidad se estaban enraizando, realmente no era sino un imperativo de la realidad. Si hiciésemos una historia rapidísima, las universidades públicas en América Latina surgen en el siglo XIX, simultáneamente o un poco después de los procesos de independencia; sobre todo, en las constituciones de los estados nacionales.

Posteriormente, se llevó a cabo la Reforma de Córdoba, que produjo un cambio en la universidad latinoamericana; pero fue en los años sesenta cuando empezó, en América Latina en general, el surgimiento de universidades particulares. Universidades que pertenecen, en buena parte, a la Iglesia católica, y que pretenden educar a su manera, procurando hacer uso de otros modelos. Todas las pontificias —las que dependen de Roma— y las católicas surgieron en los años sesenta y setenta.

Ahora, ante la pregunta: ¿qué ha sucedido? Evidentemente, como una primera respuesta a esta demanda de estudiantes surge una mayor cantidad de universidades. No había un sistema de educación superior, no había normas ni formas. Y surgen muchas universidades con muchas fallas, que tienen problemas institucionales, etcétera, etcétera; algunas de las cuales, no todas, sufrieron con el bendito Mandato 14.

Pero, en todo caso, creo que fue una etapa final del siglo XX en la que había mucha demanda de estudiantes y se sostenía la tesis —vigente hasta hoy— de que un título universitario representa un ascenso social. Creo que esa tesis, actualmente, se encuentra bastante debilitada, quizás no en teoría, pero sí en la práctica; por eso voy a hablar sobre la acreditación en algún momento.

De modo que la ejecución del Mandato 14 significó muchas cosas. Primero, se intentó darle sistematicidad a todo lo que tenía que ver con la educación superior. En segundo lugar, se hizo desde un modelo basado en la universidad pública al estilo de los Estados Unidos y de Europa, que no se podía trasplantar tan

fácilmente a nuestro medio. Por ejemplo, un número exagerado de doctores o PhD, profesores a tiempo completo, exigencias, leyes, etcétera. Se quiso hacer un modelo único de universidad justo cuando comenzaba la diversificación de las universidades en la región. Y, en tercer lugar, con respecto a la acreditación, estos procesos provienen de la empresa privada.

AMB: Claro, el propio concepto de calidad se concibió originalmente en el sector empresarial.

JH: Así es, todo eso proviene de la empresa privada, y en un momento dado, las universidades lo adoptan.

Yo creo que, socialmente, en ese momento, la acreditación no fue vista con claridad. Durante los primeros años, la gente no entendía qué era esto de la acreditación: qué, por qué y para qué. Pero, posteriormente, hubo cierta conciencia al respecto; y con las medidas que se tomaron, una acreditación daba legitimidad a las universidades, y legitimidad en cuanto a algo que también es un tema que ahora está en crisis: el monopolio del saber.

AMB: La evaluación, acreditación y categorización generó muchas tensiones en torno a la autonomía universitaria y a la instauración de un modelo de hipercontrol. ¿Cómo recuerda este proceso?

JH: El tema de la categorización tenía intereses de control y manipulación. Al principio, mediante la increíble capacidad de marketing del gobierno de la época, se le dio toda la trascendencia y la importancia que debía tener, pero la categorización fue hecha con el afán de señalar quiénes eran los mejores y quiénes los peores.

Sobre todo, algo que se buscaba en esa época era que las universidades públicas alcanzaran el primer nivel, mientras las universidades particulares se quedaban en el segundo, porque existía la idea de que las universidades particulares eran instituciones de mercachifles, que lo único que hacían era vender títulos sin ningún esfuerzo de calidad.

Fue un intento de sistematización del saber, de crear un sistema de educación superior, lo cual implícitamente no está mal,

«No todas las universidades pueden homologarse según el mismo patrón, ni la sociedad está buscando ese tipo de universidades»

pero el problema era que se trataba de un sistema demasiado monopolista, centrado en un modelo excesivamente rígido que terminaría por reventar.

Además, pese a las declaraciones del presidente: que se buscaba universidades científicas con alto nivel de producciones en revistas indexadas, y científicos trabajando a tiempo completo, se desconocía la existencia de su diversidad y que no todas las universidades pueden homologarse según el mismo patrón, ni la sociedad está buscando ese tipo de universidades.

AMB: ¿Hay aspectos positivos?

JH: Obviamente: el sistema, la organización... Pero la debilidad intrínseca fue que esa organización dependía, sobre todo, de un modelo rígido, basado en un tipo de universidad en una época de diversidad de instituciones universitarias, de necesidades y de públicos. Un modelo así no podía funcionar.

También había la intención de generar la idea de que las universidades dedicadas a formar profesionales eran de segunda categoría, frente a las que se dedicaban a la investigación... bueno, y ¿qué es lo que quiere la mayor parte de los jóvenes que van a las universidades? Formarse como profesionales, tener un trabajo y salir adelante.

Si además sostenemos que la educación es la única herramienta de transformación de los pueblos, entonces, ¿por qué desmerecer la formación profesional frente a lo otro? Era una contradicción viviente.



Conversando con Joaquín Hernández en el rectorado de la ECOTEC

CZ: Usted ha dirigido importantes universidades privadas en momentos sensibles de transformación del sistema universitario. ¿Cómo trazar la identidad de una universidad? Es decir, frente a la normativa que pretende estandarizar formatos y procedimientos de la educación superior, ¿hay una marca personal que se imponga en la administración por encima de las exigencias y mandatos estatales? ¿Cuáles podrían ser esas coordenadas básicas que usted plantea en el manejo de las instituciones?

JH: Para mí es muy importante la misión para la cual una institución fue creada. Hay que reflexionar, sacar conclusiones y permanecer, por una parte, centrado en eso. Por otra parte, se debe tener la suficiente apertura y objetividad para mirar el presente: cómo se está transformando y cómo se puede conciliar la misión del pasado con la visión del presente y del futuro.

«Todo ese mundo de la acreditación y de los *rankings* nos hizo descubrir el presente de la universidad iberoamericana y mundial»

Pongamos un caso: Aurelio Espinosa Pólit marcó un antes y un después en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Pero la PUCE es más que Aurelio Espinosa Pólit. Entonces, sí, hay rectores relevantes, como también es el caso de Rubén Orellana en la Escuela Politécnica Nacional, pero las instituciones están más allá de los nombres.

Lo que sí hemos adquirido —perdón por hacer esta pequeña referencia—, gracias a esa descomunal medida que se tomó y a ese mundo de persecución y de perjuicio de la autonomía universitaria, son ciertas cuestiones nuevas frente a la década de los noventa. Por ejemplo: profesores dedicados a investigar a tiempo completo, el ámbito de los indicadores de las revistas, *Scopus,* y todo aquello de lo que antes no se conocía su significado. Todo ese mundo de la acreditación y de los *rankings* nos hizo descubrir el presente de la universidad iberoamericana y mundial. La pregunta es si la forma en que se lo hizo fue la más adecuada, si no hubiésemos podido llegar a eso de otra manera.

Entonces, yo sí creo que por ese lado fue positivo; pero, insisto: ¿era necesario dar ese puntapié para que, gracias a ello, llegásemos a ese punto?

AMB: A propósito de los *rankings*, de la investigación y las publicaciones, nuestras universidades han llevado a cabo grandes esfuerzos y cuentan con profesores a tiempo completo, con formación doctoral, con proyectos de investigación y publicaciones. Pero ¿cómo se trasladará eso al mundo social, empresarial y al desarrollo del país?



Campus de la Universidad Tecnológica ECOTEC

JH: Yo creo que estamos en una primera etapa. Hay un tema inconcluso, o que inició con insuficiencia: es el de la relación universidad-empresa. No hablo por Cuenca, ojo, porque allá es otra cosa. Pero en el caso nuestro, en Guayaquil, se necesita un trabajo mucho más en conjunto con la empresa privada.

Incluso, como comentaba hace un momento, la ley de educación dual —que se aprobó la semana pasada [en la Asamblea Nacional]— pretende incorporar ese tipo de formación que es de Alemania, y por la cual, un estudiante o un grupo de estudiantes toman una materia en una empresa; obviamente, con el consentimiento de la empresa y bajo el control de la universidad, y con un plan de trabajo, un pensum, un sílabo, etcétera. Cada vez se necesita más este acercamiento con la empresa privada por un tema urgente: el de la profesionalización.

Cuando ingresa a la universidad, el estudiante realiza un compromiso con ella. El estudiante le dice a la universidad: «Yo creo que usted me va a dar conocimientos, competencias y capacidades que me van a permitir formar parte de la sociedad, tener una ocupación y poder desarrollarla». Y la universidad le dice: «Sí, yo te voy a dar eso, de acuerdo con mi estructura y mi preparación». Es un acto de confianza, un *acuerdo de caballeros*, entre el estudiante que inicia y la institución que concede. Pero

insisto, ahí está en juego un tema muy importante: el monopolio del saber. Se supone que las universidades eran las únicas instituciones que podían conceder títulos eficientes para la sociedad. Ese monopolio se está resquebrajando.

AMB: ¿Cómo preservar la universidad y, a la vez, transformarla?

JH: Es una tarea muy difícil. Yo asumo una frase que no es mía, es del Tecnológico de Monterrey: «Estamos para el florecimiento humano». Desde ese punto de vista tenemos que insertarnos y propiciar que nuestros estudiantes, la gente con la que trabajamos y las tareas que desempeñamos estén para el crecimiento de las personas y el desarrollo de la sociedad.

Hay que tomarlo muy en serio; e insisto en el tema de la empleabilidad, sobre todo porque en un país que no está creciendo en ese nivel y cuyo Código de Trabajo es obsoleto (del año 1938), realmente resulta muy difícil. La universidad tiene que preocuparse por eso y tiene que preocuparse del estudiante, no solo hasta que se gradúa, sino también después, desde todos los puntos de vista: formales e informales. Hay otro síntoma que ya he diagnosticado, pero quisiera explicitarlo, porque es una de las razones por las cuales se está perdiendo el monopolio del saber: lo informal, cada vez, toma más espacio dentro de lo formal.

Lo formal, es decir: usted estudia una carrera de grado por cuatro años, en la mayor parte de los casos —excepto en Medicina o en algunas ingenierías—; al cabo de ese tiempo se le otorga su título y con él va a trabajar a una empresa, a un negocio o al libre ejercicio. Resulta que hoy eso es insuficiente, y no porque haya que añadir más materias —que era la respuesta de las generaciones anteriores: hacer que la carrera dure seis o más años.

Tenemos que insistir mucho en qué significa un título de grado frente a las competencias de las microcredenciales, que están pensadas para fines muy específicos. La visión general de lo que es una profesión, en cambio, será en el nivel formal. Eso nos obliga a revisar los procesos de acreditación y, sobre todo, de aseguramiento de la calidad, que es fundamental. Al fin y al cabo, la acreditación es una fotografía: así está la universidad en este momento; cumple esto, cumple lo otro...

Pero el aseguramiento de calidad es el proceso por el cual una universidad se transforma y, con base en sus principios, se modifica y responde a necesidades cada vez más complejas.

Tenemos nuevas generaciones de estudiantes afectados por problemáticas que nosotros no padecimos. Por ejemplo, actualmente, para un muchacho, elegir una carrera universitaria es un problema. Un tema casi de angustia. Para nosotros —por lo menos para mí— nunca lo fue, ni creo que lo fuera para nuestras generaciones. Pero hoy, para ellos, es un dilema existencial.

Y nosotros tenemos que entender eso, no como una concesión a una «generación de cristal», sino como una forma de simpatizar y de llevar adelante el proceso. Tampoco estoy de acuerdo con que convirtamos a las materias en una especie de juegos para aprender, porque en algún momento va a llegar la realidad. Podemos encantar al estudiante haciéndole jugar, pero cuando salga de la universidad, ¿cuál va a ser su situación y su realidad?

También hay que educar en ese sentido: en la misión de entender qué es el florecimiento humano, qué es educar, qué significa transformar a la gente.

Yo lo repito mucho acá: una universidad tiene que formar profesionales de excelencia, personas de bien y ciudadanos comprometidos con la República. Las tres cosas son fundamentales. Si solo damos títulos, esto se vuelve un negocio. En alguna ocasión, en una graduación, yo les dije a los estudiantes: «Señores, esta universidad no se ha creado para darles títulos; para eso no estamos».

Aparte, eso es un engaño, porque si ahora vas con un título a buscar trabajo tampoco te abren las puertas. Pero sí con lo otro: si eres una persona de bien. Lo que significa que tenemos que dar énfasis en las materias de formación fundamental.

La otra cuestión es encaminar a ciudadanos comprometidos con su República. Si no se forma en la mente ciudadana que se pertenece a una *res pública*, a una cosa pública, va a ser muy difícil salir de todo lo que nos está sucediendo.

En pocas palabras, ¿cuál es el problema del país? El primer problema del país es la seguridad. Y la seguridad es un problema que está relacionado con un tema de corrupción, porque la estrategia de los grandes carteles, como el de Jalisco



Joaquín Hernández nos regala un autógrafo

y el de Sinaloa, es debilitar todo el aparato jurídico mediante la corrupción; por eso debemos formar estudiantes con conciencia y valores. Esa es una de las tareas y compromisos de la universidad.

CZ: Usted ha aludido ya al tema del desempleo. ¿Qué hacer con todos esos profesionales —de excelencia, incluso, en los mejores casos— que producen las universidades, cuando el mercado laboral no responde a la oferta de trabajo? Este es, sin duda, uno de los problemas más graves que enfrenta el país y el mundo actual: el desempleo y el subempleo.



JH: Bueno, la respuesta solamente puede ser formando, trabajando con la infraestructura. O con la infraestructura que permita hacer estos cambios. Al fin y al cabo, el problema de por qué no hay más empleo es el Código de Trabajo.

Si seguimos insistiendo en que la única forma de empleo tiene que ser el trabajo formal, y despreciamos por completo el empleo flexible, vamos a seguir manteniendo esto. Tiene que haber una flexibilidad en la forma de contratación. Y desde la universidad tiene que plantearse cómo transformar el país, con un problema grave que no es el problema de otros países, sino muy nuestro: el narcotráfico. Eso sí es una amenaza brutal. Porque, claro, por ejemplo ¿qué le dicen a los muchachos de catorce o quince años? Les entregan mil dólares semanales por vender droga.

CZ: O por matar, que es más grave.

JH: O por matar, claro. Ellos dicen algo que ya conocemos por toda la cultura narco: «Yo sé que voy a vivir tres años, o cuatro. Me van a matar a los cuatro años. Pero a mi mamá le voy a dar una casa y a los otros les voy a poder devolver lo que les debo».

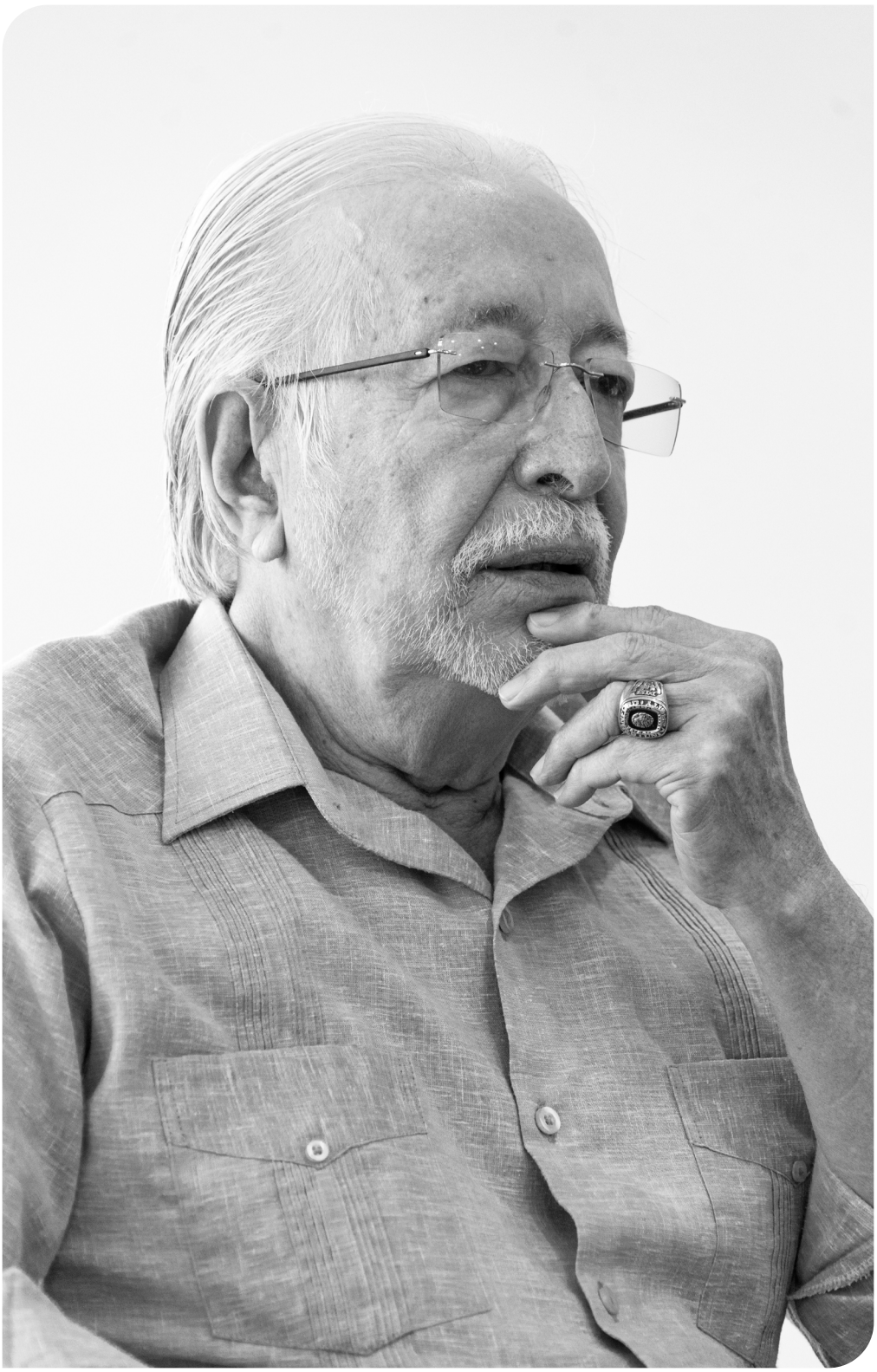
CZ: No hay duda de que el Estado ha abandonado sus responsabilidades.

JH: Exacto. De hecho, en los carteles y en el narcotráfico, en el fondo, lo que hacen es quitarle la legitimidad al Estado y decir: «Yo soy quien te protege». Lo que es evidente es la necesidad de asumir valores éticos, valores de convivencia, valores de sentido humano. ▢



Malecón Simón Bolívar, emblemático paseo fluvial y andador urbano de Guayaquil, visto desde la terraza del Hotel Ibis





«LA UNIVERSIDAD NECESITA CUATRO TIPOS DE AUTONOMÍA PARA SU CORRECTO DESEMPEÑO: AUTONOMÍA FINANCIERA, AUTONOMÍA DE GOBIERNO, AUTONOMÍA ACADÉMICA Y AUTONOMÍA DE CONTRATACIÓN DE PERSONAL»

(Entrevista con Sergio Flores, exrector de la Escuela Superior Politécnica del Litoral)

Jueves, 12 de marzo de 2026, 10:00
ESPOL, Zona Franca del Litoral, Guayaquil

Sergio Flores Macías. de origen riobambeño, ha desarrollado toda su vida personal y profesional en Guayaquil. Es ingeniero eléctrico por Lafayette College (Estados Unidos), máster en Ingeniería Eléctrica por la Universidad de Stanford y máster en Administración de Empresas por la Escuela Politécnica

del Litoral (ESPOL), donde ha ejercido la docencia por más de cincuenta años y ha desempeñado varias direcciones y cargos académicos: decano de la Facultad de Ingeniería en Electricidad y Computación y vicerrector. Fue electo como su rector en dos ocasiones: de 1989 a 1992, y de 2012 a 2017. En su segundo periodo en el rectorado promovió la acreditación internacional de sus carreras de Ingeniería ante el sistema ABET (*Accreditation Board for Engineering and Technology*) de los Estados Unidos, convirtiendo a la ESPOL en la primera universidad ecuatoriana en impulsar y acceder a acreditaciones internacionales. Fue electo vicepresidente del Consejo Nacional de Evaluación y Acreditación de la Educación Superior (CONEA) para el periodo 2009-2011, y en 2015 presidió la Asamblea del Sistema de Educación Superior del Ecuador (ASESEC), liderando la construcción de la Agenda 2035 para la educación superior en el Ecuador.

Ana María Burbano (AMB): Sergio, la evaluación se convirtió en un requisito obligatorio a partir de la Constitución de 2008. ¿Nos puede comentar cómo fue ese momento y qué fue lo que impulsó a concebir al Estado como ente regulador de la garantía de la calidad?

Sergio Flores (SF): Por un lado, en esa época tenía lugar el *boom* de las acreditaciones en el mundo y, por otro, el gobierno empezó a hablar por primera vez de dos temas que no habían estado sobre el tapete en el país: calidad universitaria e investigación.

Estos dos temas salieron a discusión como elementos básicos para el desarrollo del país. Entonces teníamos universidades —todavía las tenemos, en realidad— de todo nivel, como en todas partes del mundo, porque no había un sistema uniforme. Cuando uno habla de Estados Unidos, habla del MIT, de Stanford, de Harvard, que son parte de las trescientas universidades de investigación, pero el sistema universitario tiene más de tres mil. ¿Dónde están las otras? Las otras son universidades buenas, regulares y malas; todo sistema tiene eso. Lo que hay que hacer es elevar la calidad del sistema —que haya un mínimo de calidad— y permitir que las universidades se desarrollen y mejoren. Allí interviene un elemento importante —que lo perdimos,

lamentablemente, y que será difícil recuperarlo—: la autonomía. Bueno, se habló de calidad e investigación; entramos en todo este tema de regulaciones. Se eliminaron algunas universidades que merecían ser eliminadas, a otras se las obligó a mejorar. Se introdujo un elemento que aquí, en el país, solo lo poseía la Politécnica del Litoral, y todavía parece mentira: era el profesor a tiempo completo.

Nosotros teníamos esa visión desde hace décadas, porque así nacimos, con la figura del profesor a tiempo completo. Sin embargo, al analizar la realidad del país nos encontramos con que las universidades no contemplaban ese esquema. Los profesores no tenían oficina, y el concepto del profesor a tiempo completo era que dictaba de veintiocho a treinta horas de clase.

Aquí había universidades particulares, grandes, que no tenían ningún profesor a tiempo completo. Era un sistema totalmente desordenado que tuvo que reorganizarse. Se forzó a las universidades a tener profesores a tiempo completo. Quizá se exageró en que todo el mundo debía tener un doctorado, cuando tampoco funciona así, ya que estamos en un sistema en el que no existe investigación de altísimo nivel como para tener un 100 % de profesores con doctorado, pero sí subió el nivel.

Lamentablemente, todo quedó ahí. Creo que nos estancamos, de algún modo, porque en todas estas regulaciones, y en la nueva reestructuración, las universidades perdieron autonomía. Estoy hablando, ante todo, por las universidades estatales. Perdieron autonomía desde todos los puntos de vista: manejo presupuestario, contratación de profesores, nos impusieron un escalafón, etcétera. Estas universidades, que iban hacia delante, se vieron afectadas por la falta de autonomía en la toma de decisiones y en el poder; y las universidades de menor calidad, que gastaban los recursos de otra manera, subieron un poco y detuvieron a las que estaban bien calificadas. En realidad, esa es una ley diseñada para tener universidades mediocres.

AMB: ¿La ley de 2010?

SF: A la larga, la ley de 2010 termina siendo eso. Hay una teoría que dice que si uno pone dos elementos diferentes a la entrada de un sistema, el resultado, después de un tiempo, va a ser el


espol
6A
espol
espol



Campus de la Escuela Superior Politécnica del Litoral, Guayaquil. Fuente: Página oficial de la ESPOL

mismo, porque el sistema tiende a eso. Es decir, si usted tiene un sistema que tiende a la mediocridad, y pone una universidad buena y una universidad mala, las dos van a ser mediocres con el paso del tiempo.

Cristóbal Zapata (CZ): Una especie de efecto de contagio.

SF: No. Por defecto del sistema, por su alimentación, porque es así. La teoría del sistema dice: si usted quiere mejorarlo, analice cuáles son las causas y efectos que genera, y de esas causas y efectos escoja las tres o cuatro más importantes y solucione esas, no las veinte. Suena fácil, pero, en la práctica, solucionar las tres o cuatro más importantes es difícil; y si usted no trabaja ningún esquema de ese tipo, va a tener una universidad mediocre. ¿Qué han hecho otros países? Han tratado de solucionarlo, en parte, intentando hacer universidades diferentes, cada una con ventajas diferentes.

La falta de autonomía no va a permitir que la universidad avance, pese a todos los esfuerzos que se hagan. No va a avanzar porque la ley no lo permite. La ley no da para más. A menos que usted haga como en el norte: una especie de tema aparte para cinco universidades y les dé otro potencial, otra estructura. Si uno se pone a analizar este tema, para su correcto desempeño, la universidad necesita cuatro tipos de autonomía: financiera, de gobierno, académica y de contratación de personal.

Hay un estudio muy interesante que se hace cada dos años en Europa sobre el tema de la autonomía de las universidades europeas, y muestra un índice claro de que las que tienen mayor autonomía —no siempre, pero sí la mayoría— son las que mejor se desempeñan, porque esa libertad les permite manejarse mejor.

CZ: Como un gerente o un director construyendo su equipo de trabajo.

SF: Otro tema que debe cambiar —algo que está clarísimo en otras partes del mundo— es que se tiene que buscar gente de afuera para conformar los consejos universitarios. Así funciona en Estados Unidos y en Europa.

En un informe que estaba leyendo sobre el tema de la autonomía, sobre cuarenta países más o menos, 35 tienen gente externa en los directorios. ¿Cómo los escogen? En los consejos universitarios —o como se llamen—, usted no elige, usted selecciona. Porque cuando usted elige, ¿quién va a postularse? El vago, el político, el que quiera. Pero no el hombre que debe estar ahí, el exalumno que es un profesional exitoso y que está ocupado, a quien le dicen: «Vea, por favor, ayúdenos con un poquito de su tiempo». Esa persona no va a participar en un proceso de elecciones para que lo elijan. Entonces, es un proceso de selección en el que hay varios mecanismos para conformar esos directorios.

La Universidad de Los Andes, en Colombia, tiene un directorio con treinta personas: dos profesores y dos estudiantes de la universidad, los otros veintiséis son de afuera. Una vez, el rector me dijo que ni los dos profesores representan a los profesores ni los dos estudiantes representan a los estudiantes. Los cuatro representan a la universidad dentro de ese proceso. Funciona muy bien en la Universidad de Los Andes, que está catalogada como la mejor de América Latina.

Entonces, es tema de concepto, tema de mejorar el sistema. Yo creo que aquí, por ejemplo, las universidades estatales deberían convertirse en corporaciones; algunas, por lo menos; algunas que sean responsables. En la ley hay un artículo que habla sobre la autonomía responsable.

El problema es que las universidades no reclaman autonomía. Ustedes se preguntan: «¿Por qué no reclaman autonomía?» ¿Ustedes han escuchado que reclamen autonomía? No. ¿Por qué no? Porque son cómodos. Porque los rectores le pasan la pelota al gobierno. Entonces yo, como rector, no tengo nada que ver con los sueldos ni con la calidad. Como el gobierno es el que paga, yo no asumo la responsabilidad de gobernar administrativamente una universidad, que es lo que debo hacer.

AMB: ¿Autonomía para promover universidades diversas?

SF: En nuestra época, cuando no había nada de esto, en la Politécnica le pagábamos, creo que dos mil dólares a un PhD, porque pensábamos que eso era lo que había que pagarle. Pero

la Universidad de Cuenca le pagaba ochocientos dólares, porque pensaba que eso era lo que había que pagarle. De modo que tiene que haber la autonomía que le permita a cada universidad desarrollarse en función de sus posibilidades, en función de su visión y su misión.

AMB: Y en cuanto a la autonomía y pertinencia ¿Cómo ve el desarrollo del país con una ley que busca estandarizar el actuar de las universidades independientemente de su región y de sus necesidades locales y territoriales?

SF: Cuando hablábamos de todo esto, yo siempre decía: «Hay universidades que hacen investigación y hay universidades que hacen docencia». Y las dos son válidas, son muy válidas en el mundo. Yo soy un ejemplo de eso.

Cuando me fui a Estados Unidos, estuve en un *college*. Se llama Lafayette, se encuentra en Pensilvania. Y obtuve el *bachelor* en ese *college* de 2500 estudiantes. Muy bien rankeado, privado. Ese *college* no da maestrías, no da doctorados; su misión es formar estudiantes, formar ciudadanos. Habrá que recuperar esa prestación.

Luego me fui a Stanford, que tiene 12 000 estudiantes: 4000 en pregrado y 8000 en posgrado. O sea, una universidad casi de posgrado, centrada en la investigación. Ahí, cerca, hay otras universidades que tienen 60 000 estudiantes. Y usted, cuando busque los *rankings* de universidades de investigación, va a encontrar al MIT y a Stanford en los primeros lugares, y las dos tienen 12 000 o 15 000 estudiantes. No tienen nada de alumnos en comparación. Entonces, las misiones son otras.

El MIT no sería el MIT si no tuviera la calidad de profesores y estudiantes que tiene. Porque al MIT, a Stanford o a Harvard aplica gente de todo el mundo, y el porcentaje de éxito de estas aplicaciones es alrededor del 4 %.

¿Y los otros a dónde van? Van a universidades que no poseen ese nivel, pero de las cuales se gradúan buenos ingenieros, buenos profesionales. Cada universidad escoge hacia dónde apuntar, pero aquí todas son buenas en lo que hacen, que es lo importante.



Edifico administrativo de la ESPOL

«Si usted no tiene un sistema académico ágil, que le permita hacer cosas diferentes (por ejemplo, tener cursos más cortos y variados que se puedan ir modificando), la universidad no avanza. A lo largo de cinco años las cosas cambian, uno debería entrar a la universidad como una especie de hoja en blanco, ya que las personas y el mundo cambian»

Usted no puede esperar que una universidad norteamericana haga lo mismo que hace una universidad en Cuenca o en Portoviejo. Usted no puede tener una ley que meta todo en un solo cajón, porque no funciona.

AMB: La ESPOL promovió decididamente la acreditación de sus carreras mediante el sistema ABET como un proceso y experiencia de evaluación de la calidad pionera en el país. ¿Cómo ve a la acreditación internacional con relación al modelo ecuatoriano?

SF: La acreditación internacional es muy importante. Lo de ABET nos regaló una experiencia muy valiosa. La diferencia entre la acreditación internacional —y estoy hablando de la de ABET— y la que teníamos aquí en Ecuador, es la confianza.

Cuando usted hace la acreditación internacional, ellos confían en uno, a menos que encuentren algo malo. La nacional desconfía de todo lo que uno le dice. Si usted dice: «Yo tengo aulas de cuarenta estudiantes», tiene que mostrar, con fotos, las aulas de cuarenta estudiantes. Privilegiamos la cantidad a la calidad.

Después de cinco años no habrá más del 80 % de los trabajos que existen hoy. Va a existir toda una serie de trabajos nuevos.

Si usted no tiene un sistema académico ágil, que le permita hacer cosas diferentes (por ejemplo, tener cursos más cortos y variados que se puedan ir modificando), la universidad no avanza. A lo largo de cinco años las cosas cambian, uno debería entrar a la universidad como una especie de hoja en blanco, ya que las personas y el mundo cambian.

Si no tengo esa autonomía para hacerlo y debo esperar a que los señores se reúnan a tomar decisiones después de seis meses para autorizar el cambio, ya pasó el momento. Claro que quiero un cambio, en seis meses o en ocho meses quiero crear algo nuevo, no esperar eternamente.

Entonces, eso no funciona en este mundo, ya no sirve. Por eso insisto en que el elemento básico es la autonomía. Pero la autonomía no solo entendida como libertad de cátedra; la autonomía es mucho más grande, mucho más amplia conceptualmente.

Esos cuatro pilares: autonomía, agilidad, pertinencia y calidad, son los que requerimos para desempeñarnos adecuadamente.

CZ: Usted presidió la ASESEC. ¿Qué aspectos considera que continúan vigentes?

SF: Yo creo que todos, porque esa agenda, en realidad, fue de las universidades. La SENECSYT [Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación] nos acompañó, aunque un poco a regañadientes. Y de eso, no creo que se haya tomado la posta para haber dicho: «Esto es lo que hay que hacer». Si usted lee, ahí están los diez puntos. No han perdido actualidad... Mi preocupación es ver a las universidades más apáticas, más cómodas, tranquilas, conformes.

CZ: Algunos entrevistados han señalado esa apatía.

SF: En parte es conformismo, pero también es comodidad. A nosotros, los rectores, nos dicen: «Aquí está el escalafón que me mandan de allá», «aquí está el pago que me mandan de allá». Y lo que se hace es ver cómo puede gastarse el dinero a través del SERCOP [Servicio Nacional de Contratación Pública]. Entonces se los gasta en pintura o en lo que sea.

CZ: Es que el entramado legal del SERCOP es una pesadilla.

SF: Claro. Eso es tremendo. Desde esa época hablábamos con la Contraloría para que exista una reglamentación especial para las universidades; algo que nunca se ha hecho. Las universidades, lamentablemente, no están entre las prioridades de los gobiernos. Y las universidades tampoco se plantean estar.

CZ: Sergio, volviendo al tema de la calidad de la educación, de los *rankings* que se han instituido internacionalmente, ¿cómo ve el asunto de los *papers* como un instrumento de investigación y de circulación del conocimiento?

SF: Los *papers* cumplen un papel para cierto tipo de universidades. Hay estudios que muestran que la relación entre los *papers* y la calidad de la docencia es muy baja.

Lo que pasa es que hay varios *rankings* y, lamentablemente, muchas veces no los diferenciamos. No es que los *rankings* sean malos, sino que cada uno tiene una visión diferente de cómo vivir la universidad. Y está bien: hay *rankings* que miden la universidad desde el punto de vista externo, de cómo ve la comunidad a la universidad, de cómo ven los exalumnos a la universidad; hay otros que miden la calidad de la enseñanza, etcétera. Son distintos parámetros.

El que mide la investigación en las universidades es el *ranking* de Shanghái, donde están las primeras quinientas universidades del mundo. Obviamente, ninguno de nosotros está allí. En el *ranking* de Shanghái, la primera pregunta que le realizan a la universidad es: «¿Cuántos premios Nobel hay en su Estado?». La segunda pregunta es: «¿Cuántos premios Nobel hay entre sus

exalumnos?». Pero hay otro *ranking*, por ejemplo, el de la revista *The Times*, la cual pregunta: «¿Qué éxito han tenido sus exalumnos en el mundo?». Es decir: ¿cómo me califico?, ¿qué éxito han tenido en la vida mis graduados?

Lamentablemente, aquí confundimos todo. Entonces empezamos a hablar de los *papers*. Yo pregunto, por ejemplo, respecto a los *papers*: «¿Cuántos se han aplicado?».

AMB: ¿Y cuánto de esa investigación está llegando a nuestras empresas, industrias y comunidades?

SF: Y no solamente aquí, en cualquier parte del mundo: ¿cuántas investigaciones se han convertido en innovaciones, en un producto, en una patente, en algo? Entonces, la aplicabilidad, especialmente en países subdesarrollados como el nuestro, se vuelve más importante. Pero eso no se mide.

AMB: A propósito de este tema, ¿cómo impulsar centros de innovación y de articulación tecnológica y científica con la sociedad?

SF: Pienso que nos falta. Hacemos algo, pero no hacemos mucho. El problema, por un lado, somos los profesores. Pensamos que sabemos más que los empresarios y que podemos decirles lo que hay que hacer.

El otro tema es que cuando los empresarios quieren hacerlo con las universidades es porque no lo han podido hacer solos, y vienen a que lo hagamos para ayer, y piensan que debemos hacerlo gratis porque somos del Estado. Y lo otro es que la empresa aquí no es una empresa que hace innovación.

Esta zona de la ESPOL[1*] fue instaurada con la idea de crear un ecosistema para hacer innovación. Pero la ley no da, porque la

---

1 * La Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL) —cuyo campus principal, «Gustavo Galindo», está ubicado, precisamente, en el sector Prosperina-Los Ceibos— completó su transición para operar oficialmente bajo el régimen de zona franca en Ecuador. Este espacio fue concebido como un polo tecnológico y académico que ofrece exoneraciones tributarias y aduaneras a las empresas que se instalen allí para desarrollar innovación y brindar servicios de exportación.

«La necesidad de la autonomía y la libertad de cátedra surge del imperativo de permitir la universalidad del debate; el hecho de tener esa discusión seria, académica, inteligente de los temas es algo que se está perdiendo en Estados Unidos, con Trump, y que corre el riesgo de extenderse por todo lado»

zona franca no es para innovar, sino para exportar. Usted viene y exporta el 80 % que le pide la ley. Usted viene y exporta papas y está bien. De modo que, como estas zonas francas no son para innovar, es difícil conseguir empresas que quieran formar parte del proyecto. Tampoco tienen un incentivo. Las únicas empresas que son competitivas y con las cuales se puede hacer algo son las del sector de las exportaciones. Por ejemplo, las del sector camaronero.

El sector floricultor tuvo un desarrollo bien interesante. Se trabajó mucho en biotecnología para desarrollar un tallo más grande para que la planta dure más. Pero eso lo hicieron porque tenían que competir y salir al mercado. Entonces, son unos tres o cuatro sectores, pero el resto no compite, está en una zona de confort, no hay desarrollo; por ejemplo, la línea blanca: no han desarrollado un solo tornillo porque lo que hacen es ensamblar.

A través de la minería entran millones de dólares al país, pero no hay un centavo para investigación y desarrollo. Ni uno



Conversando con Sergio Flores en su oficina en la ESPOL

solo. Los redactores de la ley no han puesto nada sobre investigación y desarrollo en el sector de la minería. Nos explotan, se llevan todo y no queda nada de generación de conocimiento.

CZ: Entre las incontables deudas del Estado hacia las universidades, esta es una más que no se saldará, al parecer, por ahora. Y en este contexto crítico que atravesamos, ¿cuál debería ser el rol de la universidad en el futuro?

SF: La universidad tiene un rol principal. Cuando se crea la universidad, más que docencia, se crea como un área para la discusión... para la discusión de ideas y teorías, sabiendo que no existe una verdad absoluta. La necesidad de la autonomía y la libertad de cátedra surge del imperativo de permitir la universalidad del debate; el hecho de tener esa discusión seria, académica, inteligente de los temas es algo que se está perdiendo en Estados Unidos, con Trump, y que corre el riesgo de extenderse por todo lado.

Pero esa libertad de cátedra y ese rol de la universidad como el espacio donde podamos discutir las temáticas de manera académica es algo que hemos perdido. No hay esa discusión, ¿verdad? Y ese es un rol que tienen que recuperar las universidades. No es un rol de ser de izquierda ni de derecha, ni de atacar o defender al gobierno de turno. ◻





GLOSARIO

INSTITUCIONES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

• **Escuela Politécnica Nacional (EPN):** Institución pública de educación superior ubicada en la ciudad de Quito, fundada en 1869.

• **Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL):** Institución pública de educación superior con sede en la ciudad de Guayaquil, creada en 1958.

• **Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE):** Institución privada de educación superior que recibe asignaciones y rentas del Estado, fundada en Quito en 1946 bajo el amparo de la Compañía de Jesús.

• **Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador (UASB):** Institución pública de posgrado, de carácter internacional, forma parte del Sistema Andino de Integración. Fundada en Quito en 1992.

• **Universidad Católica de Santiago de Guayaquil (UCSG):** Institución privada de educación superior que recibe asignaciones y rentas del Estado, fundada en Guayaquil en 1962 bajo el impulso de la Arquidiócesis de Guayaquil.

• **Universidad de Cuenca:** Institución pública de educación superior fundada en Cuenca en 1867.

• **Universidad Central del Ecuador (UCE):** Universidad pública más antigua del Ecuador, fundada originariamente en Quito en 1620 como universidad colonial.

• **Universidad de Especialidades Espíritu Santo (UEES):** Universidad privada fundada en 1994 en Guayaquil, actualmente su sede se ubica en Samborondón.

◂ El teleférico sobre el Malecón Simón Bolívar, Guayaquil

• **Universidad de las Fuerzas Armadas (ESPE):** Institución pública de educación superior con sede principal en Sangolquí, fundada en 1922.

• **Universidad del Azuay (UDA):** Institución de educación superior privada sin fines de lucro que recibe asignaciones y rentas del Estado, amparada bajo el «*Modus Vivendi*» y fundada en Cuenca en 1968 a través de la Arquidiócesis de Cuenca.

• **Universidad Politécnica Salesiana (UPS):** Universidad privada que recibe asignaciones y rentas del Estado, fundada en Cuenca en 1994 por la Congregación Salesiana.

• **Universidad San Francisco de Quito (USFQ):** Institución privada de educación superior fundada en Quito en 1988.

• **Universidad Técnica Particular de Loja (UTPL):** Universidad privada que recibe asignaciones y rentas del Estado, fundada en Loja en 1971 bajo el amparo de la Asociación Marista Ecuatoriana y con el respaldo de la Diócesis de Loja.

• **Universidad Tecnológica ECOTEC:** Universidad privada ubicada en Samborondón y Guayaquil, fundada en 2006.

NORMATIVA Y MARCO LEGAL

• **Constitución de la República del Ecuador (1998):** Carta Magna aprobada en Sangolquí. Introdujo por primera vez en el país el concepto de evaluación y acreditación universitaria como un proceso voluntario para las instituciones de educación superior.

• **Constitución de la República del Ecuador (2008):** Carta Magna aprobada en Montecristi. Dispuso la evaluación y acreditación obligatoria del sistema de educación superior.

• **Ley de Educación Superior del año 2000:** Marco normativo aprobado tras la Reforma de 1998 que reguló el sistema universitario durante la primera década del siglo XXI. Creó el CONEA y sentó las bases institucionales para los primeros procesos de autoevaluación y acreditación universitaria.

• **Ley Orgánica de Educación Superior (LOES):** Normativa promulgada en octubre de 2010 que reestructuró el Sistema de Educación Superior en Ecuador. Creó el CES y el CEAACES. Se han aprobado posteriores reformas en el año 2018 y 2023.

• **Mandato Constituyente N.º 14 (2008):** Disposición de la Asamblea Constituyente de Montecristi que ordenó al CONEA realizar una evaluación técnica e integral de las instituciones que conformaban el sistema de educación superior del país. Culminó en el informe del Mandato N.º 14 en el año 2009 que presentó un diagnóstico técnico sobre el estado de la calidad universitaria y la categorización de las instituciones universitarias del país.

ORGANISMOS DE EDUCACIÓN SUPERIOR, REDES Y PROGRMAS ACADÉMICOS

• **Accreditation Board for Engineering and Technology (ABET):** Organización privada estadounidense especializada en la acreditación internacional de programas académicos de grado y posgrado en ciencias aplicadas, informática, ingeniería y tecnología.

• **Asamblea del Sistema de Educación Superior del Ecuador (ASESEC):** Órgano representativo y consultivo que reúne a los rectores de las universidades y escuelas politécnicas del país.

• **Centro Interuniversitario de Desarrollo (CINDA):** Red académica internacional fundada en 1971 que agrupa a destacadas universidades de Iberoamérica y Europa. Promueve la cooperación internacional, la innovación en la gestión universitaria y el aseguramiento de la calidad.

• **Consejo de Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior (CACES):** Organismo público ecuatoriano de carácter técnico encargado de normar y ejecutar los procesos de evaluación, acreditación y aseguramiento de la calidad en las instituciones de educación superior. Sustituyó al CEAACES, desde 2018.

• **Consejo de Evaluación, Acreditación y Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior (CEAACES):** Entidad estatal técnica que funcionó en Ecuador entre 2011 y 2018. Responsable de la evaluación, categorización y acreditación de la educación superior en la fase posterior al Mandato Constituyente N.º 14.

• **Consejo de Educación Superior (CES):** Órgano de derecho público rector del Sistema de Educación Superior del Ecuador. Encargado de la planificación, regulación y aprobación de carreras, mallas curriculares y estatutos institucionales.

• **Consejo Nacional de Evaluación y Acreditación de la Educación Superior (CONEA):** Organismo técnico autónomo creado a partir de la Ley del 2000. Ente pionero en la evaluación del sistema universitario ecuatoriano y responsable técnico de ejecutar el informe del Mandato Constituyente N.º 14 (2008–2009).

• **Consejo Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas (CONUEP):** Antiguo organismo de coordinación y representación de las universidades y politécnicas ecuatorianas existente antes de las reformas constitucionales y legales de finales de los años noventa.

• **Programa Prometeo:** Iniciativa pública implementada por la SENESCYT durante la década de 2010 para vincular a investigadores (PhD) extranjeros a las universidades ecuatorianas.

• **Red Iberoamericana para el Aseguramiento de la Calidad en la Educación Superior (RIACES):** Asociación internacional integrada por las principales agencias públicas y privadas de evaluación de la calidad universitaria en Iberoamérica.

• **Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación (SENESCYT):** Órgano rector de la política pública de educación superior ecuatoriana creado en 2010. A partir del año 2025 fue fusionado al Ministerio de Educación, Deporte y Cultura, siendo sus funciones asumidas por el Viceministerio de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN: DIÁLOGOS Y REFLEXIONES SOBRE LA CALIDAD UNIVERSITARIA
Ana María Burbano 7

NOTA DEL EDITOR
Cristóbal Zapata 21

«LA FUNCIÓN FUNDAMENTAL DE LA UNIVERSIDAD ES PENSAR, NO OFRECER UNA PROFESIÓN NI UNA CARRERA, SINO ENSEÑARNOS A PENSAR»
(Entrevista con Francisco Salgado, rector de la Universidad del Azuay) 25

«DEBEMOS GENERAR ENDÓGENAMENTE UNA CULTURA DE CALIDAD»
(Entrevista con Álvaro Rojas, director ejecutivo del Centro Interuniversitario de Desarrollo) 49

«TRAER CRITERIOS INTERNACIONALES Y COPIARLOS SIEMPRE ES ABSURDO PORQUE NO TIENE NADA QUE VER CON NUESTRAS REALIDADES»
(Entrevista con el poeta y catedrático Iván Carvajal) 67

«TIENE QUE HABER UNA REINVERSIÓN A TRAVÉS DE LAS EMPRESAS PÚBLICAS UNIVERSITARIAS HACIA LA SOCIEDAD»
(Entrevista al coronel Mauricio González, exrector de la Universidad de las Fuerzas Armadas-ESPE) 83

«LA TECNOLOGÍA Y LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL VAN A CAMBIAR EL MUNDO, NADIE LO PUEDE NEGAR. PERO NO PODEMOS OLVIDAR LOS ESPACIOS PARA LAS HUMANIDADES Y EL ARTE»
(Entrevista con Diego Quiroga, rector de la Universidad San Francisco de Quito) 101

«LOS TRES PRINCIPIOS BÁSICOS SOBRE LOS QUE SE ASIENTA LA UNIVERSIDAD SON LA AUTONOMÍA, EL COGOBIERNO Y LA LIBERTAD DE CÁTEDRA»
(Entrevista con Arturo Villavicencio, académico e investigador) 117

«LA CALIDAD DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR NO PUEDE SER VALORADA SOLO POR PUBLICACIONES O POR LA VINCULACIÓN, SINO POR SU RELACIÓN CON LAS NECESIDADES SOCIALES»
(Entrevista con Mariana Lima-Bandeira, coordinadora académica de la Universidad Andina Simón Bolívar) 135

«LA UNIVERSIDAD NO SOLAMENTE TIENE QUE PREOCUPARSE DEL ESTUDIANTE HASTA GRADUARSE, SINO TAMBIÉN DESPUÉS»
(Entrevista con Joaquín Hernández, rector de la Universidad Tecnológica ECOTEC) 151

«LA UNIVERSIDAD NECESITA CUATRO TIPOS DE AUTONOMÍA PARA SU CORRECTO DESEMPEÑO: AUTONOMÍA FINANCIERA, AUTONOMÍA DE GOBIERNO, AUTONOMÍA ACADÉMICA Y AUTONOMÍA DE CONTRATACIÓN DE PERSONAL»
(Entrevista con Sergio Flores, exrector de la Escuela Superior Politécnica del Litoral) 169

GLOSARIO 185



Esta publicación se terminó de imprimir
y encuadernar en octubre de 2026 en el PrintLab
de la Universidad del Azuay, en Cuenca del Ecuador.

Con el propósito de profundizar y multiplicar las perspectivas en el complejo y controvertido tema de la calidad en la educación superior, la presente publicación recoge nueve entrevistas a destacados académicos y rectores universitarios ecuatorianos y extranjeros, realizadas entre febrero y abril de 2026. Ellos son, en orden de aparición: Francisco Salgado (rector de la Universidad del Azuay), Álvaro Rojas (director ejecutivo del Centro Interuniversitario de Desarrollo, CINDA), el poeta y catedrático Iván Carvajal, el coronel Mauricio González (exrector de la ESPE), Diego Quiroga (rector de la Universidad San Francisco de Quito), Arturo Villavicencio (exrector del Instituto de Altos Estudios Nacionales-IAEN), Mariana Lima-Bandeira (coordinadora académica de la Universidad Andina Simón Bolívar), Joaquín Hernández (rector de la Universidad Tecnológica ECOTEC) y Sergio Flores (exrector de la Escuela Superior Politécnica del Litoral).

Las conversaciones tuvieron lugar en Cuenca, Quito y Guayaquil; por ese motivo, para su presentación, los autores decidieron agruparlas por ciudades, de modo que su lectura reconstruye el viaje que supuso estos encuentros, pero, ante todo, quiere insertar estos diálogos en sus geografías, relacionando los campus visitados y las ciudades, propiciando cierto efecto atmosférico. Como en el cine, aquí, las grandes panorámicas urbanas alternan con planos generales de los campus, hasta llegar al primer plano de los entrevistados, sin olvidar algún *flashback*. Así que estos horizontes están hechos de paisajes interiores y exteriores, y de los retratos de los invitados-anfitriones, cuyas voces y reflexiones fundamentan el libro.

UNIVERSIDAD DEL AZUAY
Casa Editora

ISBN: 978-9942-54-197-0
9 789942 541970